Jesús y su doctrina de la conversión del corazón

Selección de textos, poemas y prefacio por

D. PULMO

Contacto: dpulmo@hotmail.com

Printed in the United States of America

A
mi tía Carmen
(1916 - 2015)

Jesús

Y SU DOCTRINA DE LA CONVERSIÓN DEL CORAZÓN

D. PULMO

"Circunciden su corazón y no sean tercos"
(Dt 10 16)

"Circuncídense para consagrarse al Señor,
quiten el prepucio de su corazón"
(Jr 4 4)

"Pondré mi ley en su interior y la escriberé
en su corazón"
(Jr 31 33)

✦ ✦ ✦

ÍNDICE

PREFACIO

NO SOY EXÉGETA. NI ESTUDIO EN ALGÚN instituto de reflexión y análisis bíblicos. He reunido en este libro una serie de textos y poesías con la intención de acercarme a la doctrina de Jesús.

Es una selección ecléctica. Sabemos que hay muchas personas que han escrito sobre Jesús. Para mí hasta el estado actual de mis conocimientos. No tenemos preferencia por alguno de ellos. Sus escritos son para nosotros de la más alta respetabilidad. Se incluyen filósofos, escritores, poetas y poetisas, místicos, etc. Son lecturas para *insuflar el espíritu*.

Tampoco es nuestro interés en hacer un ejercicio de confrontación por la exposición de sus ideas. Nada de eso. Por el contrario, creo que serán para el lector ampliar el horizonte de su conocimiento en la enseñanza de Jesús.

Del circuncidar el prepucio al circuncidar el prepucio del corazón. De la primera alianza a la segunda. La primera se violó por el pueblo judío, o como le llamaba Jesús, de las “cabezas judías”. Ahora, en la segunda, se trata de penetrar en el corazón. De los corazones endurecidos y torcidos de los judíos. Ir a lo más profundo, del ser humano. Ya no más prepucios de sangre. Tenían arraigado viciosamente un

corazón invertido, apegado a las cosas mudanas. Todo el contenido de la primera alianza estaba podrido, muerto.

“Cambiar el modo de pensar” de la nación judía es el principio de la doctrina de Jesús. Este fue el principio rector de su existencia en la tierra. El contenido de sus enseñanzas se basará en este principio. La primera alianza se rompió porque el modo de pensar ya no concordaba en lo más mínimo con las leyes de moralidad y verdad.

Los escribas, los sacerdotes, los fariseos y todo el pueblo judío no cumplían los preceptos y ordenamientos de la ley y moralidad. Inclusive se llegó hasta la idolatría, con la quema de incienso en los altares de los ídolos como Baal. Estaban entregados en el torbellino del frenesí de la obtención de cosas materiales. Jesús no podía admitir esta tremenda corruptubilidad de las leyes mosaicas. Y sobre todo que provenían de las conductas y hábitos de las autoridades eclesíasticas de esa época.

Si hay algo que conoce muy bien Jesús es el modo de pensar de las “cabezas judías”. Es decir, en otras palabras, el juzgar las cosas de acuerdo al *modo humano.* ¿Y dónde queda la ley divina? La ley del espíritu divino es otra.

Baste citar un sencillo ejemplo de lo que quiere Jesús en su nueva alianza de circuncidar el corazón, de cambiar el modo de pensar. Es de los más hermosos ejemplos de la Biblia. Sí se juzgara a María Magdalena, la prostituta, por la ley de Moisés el pueblo ejercería su autorización, sin mostrar piedad alguna humana, para lapidarla; aquí el modo humano. Ahora, se juzgará con la ley divina, con la razón del corazón, y la razón tornará a su verdad práctica: ¿quién está limpio de pecado?. El rayo fulminante de Jesús caló en la más profundidad. Él quería que se pensara con el corazón antes de actuar, ya que éste nos permitirá actuar correctamente. Las leyes engañan.

Tomemos otro ejemplo: la esclavitud. El pueblo judío fue esclavo y sometido por las naciones poderosas de tiempos inmemoriales como Egipto, Asiria, Babilonia. Pero los judíos también practicaban la esclavitud. Y la enseñaza de Jesús: *"Amarás a tu prójimo como a ti mismo"*, se estrellaba con la realidad concreta de los judíos. Pues ellos también practicaban la esclavitud.

Cambiar el modo de pensar, es un concepto concreto, el cual no admite usar la facultad del intelecto para su confrontación u oposición con la especulación. Eso es lo que menos quiere y desea Jesús. Jesús no acepta el modo de pensar especulativo. Es en alto grado un filosófo racional. Su nueva doctrina es de un carácter dulce y confortante. Si estamos bien con nosotros mismos por nuestro actuar en forma correcta, aplicando la ley de la moralidad y la verdad, entonces estaremos reproduciendo la ley divina.

Y aquí reside el reino del bien, el nuevo reino de los cielos, que no hay que buscarlo por cielo, mar y tierra. No. No. Ahora el reino de la divinidad está y existe en cada uno de nosotros, en nuestro interior, en un excelso espíritu del bien. Siempre ha existido en nuestro interior, y para descubrirlo tenemos que quitarle el prepucio del corazón que estaba obstruyendo su desarrollo armónico; ni más ni menos, nos encontrábamos en una absoluta ceguera espiritual.

La misión de Jesús fue esa: quitarnos el velo que impedía que actuaremos correctamente haciendo el bien. Y en un grado extensivo todas las filosofías de la humanidad, todo el espíritu en su completo desarrollo, ha buscado siempre la verdad. Y con ello, se quiere decir, en una forma simple y sencilla, hacer el bien. ¿O alguna vez hubo una sociedad que hiciera leyes para hacer el mal? Eso sería contrario al espíritu del Creador, de la ley universal infinita y suprema de la sabiduría divina.

En cada una de nuestras actuaciones y comportamientos diarios, en nuestro hogar, con la familia, trabajo, vecinos etc., está sellada esta sabiduría para la eternidad, y si no actuamos siguiendo las leyes de la moralidad y la verdad, tendremos que corregir nuestro camino torcido. No debemos comportarnos de acuerdo al modo humano de pensar. No.

Y si la nación judía por siglos se corrompió hasta la intolerancia y se les dieron muchas oportunidades para corregirse, convertirse, hacer la obediencia de Dios. Y por eso dijo Dios: “Mi enojo no dura para siempre”. Es una infinita misericordia.

Así en la actualidad en la que existimos, sabemos que somos débiles, faltos de voluntad, carecemos de las adecuadas formas de pensar cristianas, de hacer el bien por encima de todas las adversidades. Sepamos que Jesús está allí en esa infinita espera de ver que nos corregimos, de palpar que estamos actuando con un nuevo modo de pensar. El pensar con la sabiduría divina. Y con un nuevo corazón circuncidado.

Cristo es la figura más extraordinaria de todos los tiempos y su doctrina permanecerá por toda la eternidad. Su celestial nacimiento marcó los tiempos de las épocas. Toda la humanidad civilizada empieza a contabilizar sus acontecimientos a partir de su llegada al mundo.

Hoy es el 20 de agosto de 2019. Me pregunto si ¿existe algún otro personaje histórico que, por más significativa que haya sido su vida en aportes relevantes a la humanidad que, por su fecha de nacimiento me diga que no es cierto la fecha que escribí y trate de imponer la suya? No. Mi pensamiento sobre Cristo, invariablemente será siempre el expresado por Kierkegaard: *“mi alma no conoce la pereza cuando se trata de lo grandioso, se siente estimulada”.*

ser hijos de Dios

(fragmento)

L. de Sajonia

LA VERDAD FUE SIEMPRE, no hay duda, la divisa de los profetas enviados por Dios a su pueblo, y cada vez más obstinados los desventurados hijos de Judá, no quisieron creerlos y se complacieron en insultarlos, apedrearlos y matarlos.

Por esto parece, que el Salvador quiso reasumir en este discurso todo lo que en otro tiempo les había dicho por boca de Jeremías [Jr 26 15]: "Sabed y tened por cierto, que si me quitáis la vida, derramaréis la sangre inocente y la haréis recaer sobre vosotros mismos, sobre esta ciudad y sobre sus habitantes, pues el Señor es el que verdaderamente me ha enviado para que os diga al oído todas estas cosas." Yo soy aquella *verdad infalible* que hace libres a los siervos [Jn 14 6] la única que puede librarnos del engaño y del error; porque sólo el hijo de Dios es el que puede romper la cadena con que están atados los hijos del diablo.

Vosotros empero que no oís esta verdad porque no sóis Dios, no tenéis por Maestro al Espíritu Divino; e hichados con vuestra soberbia y corrompidos con vuestras costumbres no os ocupáis sino en las cosas de la tierra, y esta es la señal clara y manifiesta de que no sóis hijos suyos.

El que es hijo de Dios no solo por la naturaleza, sino por la fe, no por la confesión, estéril muchas veces, de la boca, sino por

el amor y por la conformidad de la voluntad; esto es, el que oye las palabras de Dios, no sólo con los oídos del cuerpo sino con los del alma, las oye libremente y con gusto, porque se inclina y lleva el amor, y cada uno con gusto las doctrinas de aquel a quien profesa afecto, porque el oír entonces le es muy conforme y natural: el que no tiene empero ni fe ni amor, como no lo tenían los judíos, no puede oír las palabras de Dios.

Con estas palabras y doctrinas de Jesús, cada uno puede conocer y probar su conciencia para ver si es hijo de Dios ó no.

El que oye con gusto la voz de Dios que manda que suspiremos por la patria, eternamente deliciosa, que no deseemos lo ajeno, que repartamos a los pobres lo propio, que despreciemos las glorias mundanales, que trabajemos incesantamente en la consecución de la eterna, y otras cosas semejantes; el que no sólo todo esto oye, sino que lo cumple con alegría, no dude que es hijo de Dios.

Pero el que duro y obstinado de corazón desprecia oír la palabra de Dios ó la oye sólo con los oídos del cuerpo y de ninguna manera obedece ni cumple lo que por ella se le manda, este no es hijo de Dios.

Y tales eran aquellos contra quienes concluyó el Señor diciendo: Vosotros, que no oís ni queréis oir, daís en público la muestra mas cumplida de que no soís de Dios.

Esta es una sugestión del diablo y vosotros la cumplís por vuestra mala voluntad. Soís hijo del diablo, no por creación, sino por imitación; sobre lo que habla san Agustín cuando dice: No sóis de Dios, no atiendas a la naturaleza, sino al vicio, porque hijos de Dios son por la naturaleza, pero no por el vicio de la mala inclinación y de los torcidos afectos.

LA VOLUNTAD DE DIOS

(fragmentos)

Santa Teresa de Jesús

MORADA CUARTA
CAP. II

ME PARECE BIEN QUE la voluntad debe estar unida en alguna manera con la de Dios; mas en los efectos y obras de después se conocen estas verdades de oración, que no hay mejor crisol para probarse. Harto gran merced es de nuestro Señor, si la conoce quien la recibe, y muy grande si no torna atrás.

Luego querréis, mis hijas, procurar tener esta oración, y tenéis razón; que como he dicho no acaba de entender el alma las que allí la hace el Señor y con el amor que la va acercando más a sí, que cierto está desear saber cómo alcanzaremos esta merced. Yo os diré lo que en esto he entendido.

Dejemos cuando el Señor es servido de hacerla porque Su Majestad quiere y no por más. El sabe el porqué; no nos hemos de meter en eso. Después de hacer lo que los de las moradas pasadas, ¡humildad, humildad! Por ésta se deja vencer el Señor a cuanto de Él queremos; y lo primero en que veréis si la tenéis, es en no pensar que merecéis estas mercedes y gustos del Señor ni los habéis de tener en vuestra vida.

Diréisme que de esta manera que ¿cómo se han de alcanzar no los procurando? A esto respondo que no hay otra mejor de la que os he dicho y no los procurar, por estas razones:

La *primera*, porque lo primero que para esto es menester es amar a Dios sin interés;

La *segunda*, porque es un poco de poca humildad pensar que por nuestros servicios miserables se ha de alcanzar cosa tan grande;

La *tercera*, porque el verdadero aparejo para esto es deseo de padecer y de imitar al Señor y no gustos, los que, en fin, le hemos ofendido;

La *cuarta*, porque no está obligado Su Majestad a dárnoslos, como a darnos la gloria si guardamos sus mandamientos, que sin esto nos podremos salvar y sabe mejor que nosotros lo que nos conviene y quién le ama de verdad; y así es cosa cierta, yo lo sé, y conozco personas que van por el camino del amor como han de ir, por sólo servir a su Cristo crucificado, que no sólo no le piden gustos ni los desean, mas le suplican no se los dé en esta vida. Esto es verdad.

La *quinta* es, porque trabajaremos en balde, que como no se ha de traer esta agua por arcaduces como la pasada, si el manantial no la quiere producir, poco aprovecha que nos cansemos. Quiero decir que aunque más meditación tengamos y aunque más nos estrujemos y tengamos lágrimas, no viene esta agua por aquí. Sólo se da a quien Dios quiere y cuando más descuidada está muchas veces el alma.

Suyas somos, hermanas; haga lo que quisiere de nosotras; llévenos por donde fuere servido. Bien creo que quien de verdad se humillare y desasiere (digo de verdad, porque no ha de ser por nuestros pensamientos, que muchas veces nos

engañan, sino que estemos desasidas del todo), que no dejará el Señor de hacernos esta merced y otras muchas que no sabremos desear. Sea por siempre alabado y bendito, amén.

MORADA QUINTA
CAP. III

¿Qué pensáis, hijas, que es su voluntad?

Que seamos del todo perfectas; que para ser unos con Él y con el Padre, como Su Majestad le pidió, mirad qué nos falta para llegar a esto. Yo os digo que lo estoy escribiendo con harta pena de verme tan lejos, y todo por mi culpa; que no ha menester el Señor hacernos grandes regalos para esto; basta lo que nos ha dado en darnos a su Hijo, que nos enseñase el camino.

No penséis que está la cosa en si se muere mi padre o hermano, conformarme tanto con la voluntad de Dios que no lo sienta; y si hay trabajos y enfermedades, sufrirlos con contento. Bueno es, y a las veces consiste en discreción, porque no podemos más, y hacemos de la necesidad virtud.

¡Cuántas cosas de éstas hacían los filósofos, o aunque no sea de éstas, de otras, de tener mucho saber!

Acá solas estas dos que nos pide el Señor: amor de Su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar. Guardándolas con perfección, hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con Él.

Mas ¡qué lejos estamos de hacer, como debemos a tan gran Dios, estas dos cosas, como tengo dicho! Plega a Su Majestad nos dé gracia para que merezcamos llegar a este estado, que en nuestra mano está, si queremos.

La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo, sí. Y estad ciertas que mientras más en éste os viéreis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos a Su Majestad por mil maneras. En esto yo no puedo dudar.

Impórtanos mucho andar con gran advertencia cómo andamos en esto, que si es con mucha perfección, todo lo tenemos hecho; porque creo yo que según es malo nuestro natural, que si no es naciendo de raíz del amor de Dios, que no llegaremos a tener con perfección el del prójimo. Pues tanto nos importa esto, hermanas, procuremos irnos entendiendo en cosas aun menudas, y no haciendo caso de unas muy grandes, que así por junto vienen en la oración, de parecer que haremos y aconteceremos por los prójimos y por sola un alma que se salve; porque si no vienen después conformes las obras, no hay para qué creer que lo haremos. Así digo de la humildad también y de todas las virtudes.

Son grandes los ardides del demonio, que por hacernos entender que tenemos una, no la teniendo, dará mil vueltas al infierno. Y tiene razón, porque es muy dañoso, que nunca estas virtudes fingidas vienen sin alguna vanagloria, como son de tal raíz; así como las que da Dios están libres de ella ni de soberbia.

Yo gusto algunas veces de ver unas almas, que, cuando están en oración, les parece querrían ser abatidas y públicamente afrentadas por Dios, y después una falta pequeña encubrirían si pudiesen, o que si no la han hecho y se la cargan, Dios nos libre.

Pues mírese mucho quien esto no sufre, para no hacer caso de lo que a solas determinó, a su parecer; que en hecho de verdad no fue determinación de la voluntad, que cuando ésta hay verdadera es otra cosa; sino alguna imaginación, que en ésta hace el demonio sus saltos y engaños; y a mujeres o gente sin letras, podrá hacer muchos, porque no sabemos entender las diferencias de potencias e imaginación y otras mil cosas que hay interiores.

¡Oh, hermanas, cómo se ve claro adónde está de veras el amor del prójimo en algunas de vosotras, y en las que no está con esta perfección! Si entendiéseis lo que nos importa esta virtud, no traeríais otro estudio.

Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen y muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir ni menear el pensamiento porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión, y piensan que allí está todo el negocio.

Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes, porque ella lo coma, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello.

Esta es la verdadera unión con su voluntad, y que si vieres loar mucho a una persona te alegres más mucho que si te loasen

a ti. Esto, a la verdad, fácil es, que si hay humildad, antes tendrá pena de verse loar. Mas esta alegría de que se entiendan las virtudes de las hermanas es gran cosa, y cuando viéremos alguna falta en alguna, sentirla como si fuera en nosotras y encubrirla.

Mucho he dicho en otras partes de esto, porque veo, hermanas, que si hubiese en ello quiebra vamos perdidas. Plega al Señor nunca la haya, que como esto sea, yo os digo que no dejéis de alcanzar de Su Majestad la unión que queda dicha.

Cuando os viéreis faltas en esto, aunque tengáis devoción y regalos, que os parezca habéis llegado ahí, y alguna suspensioncilla en la oración de quietud (que algunas luego les parecerá que está todo hecho), creedme que no habéis llegado a unión, y pedid a nuestro Señor que os dé con perfección este amor del prójimo, y dejad hacer a Su Majestad, que Él os dará más que sepáis desear, como vosotras os esforcéis y procuréis en todo lo que pudiéreis esto; y forzar vuestra voluntad para que se haga en todo la de las hermanas, aunque perdáis de vuestro derecho, y olvidar vuestro bien por el suyo, aunque más contradicción os haga el natural; y procurar tomar trabajo por quitarle al prójimo, cuando se ofreciere.

No penséis que no ha de costar algo y que os lo habéis de hallar hecho. Mirad lo que costó a nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte, la murió tan penosa como muerte de cruz.

DE LA CONVERSIÓN INTERIOR

(fragmento)

T. de Kempis

DICE EL SEÑOR: EL REINO DE DIOS dentro de vosotros está (Lc 7). Conviértete a Dios de todo corazón, y deja este mísero mundo, y hallará tu ánima reposo.

Aprende a menospreciar las cosas exteriores, y date a las interiores, y verás venir a ti el reino de Dios. Ciertamente el reino de Dios es paz y gozo en el Espíritu Santo; lo cual no se da a los malos.

Si aparejares digna morada, Jesucristo vendrá a ti, y te mostrará su consolación. Toda su gloria y hermosura es de dentro, y allí se agrada.

Su continua visitación es con el hombre interior, y con él habla dulcemente, y tiene agradable consolación, mucha paz y admirable familiaridad. Ea pues, ánima fiel, apareja tu corazón a este Esposo, para que quiera venir a ti, y morar contigo; que Él dice así: si alguno me ama, guardará mi palabra, y vendremos a él y moraremos en él. (Jn 14).

Pues así es, da lugar a Cristo, y a todo lo demás cierra la puerta. Si a Cristo tuvieres, estarás rico, y bástate. Él será tu proveedor y fiel procurador en todo, de manera que no tengas necesidad de esperar en los hombres, porque se mudan muy presto, y desfallecen muy ligeramente; mas

Jesucristo permanece para siempre, y está firmísimo hasta el fin.

No es de poner mucha confianza en el hombre quebradizo y mortal, aunque sea provechoso y amado; ni es de tomar mucha pena si alguna vez fuera contrario; porque los que hoy son contigo, mañana te pueden contradecir; y al contrario también. Muchas veces se vuelven como el viento.

Pon en Dios toda tu esperanza, y sea en Él tu temor y amor. Él responderá por ti, y lo hará bien, como mejor sea y convenga.

No tienes aquí ciudad de morada: donde quiera que fueres, serás extraño y peregrino, y no tendrás jamás reposo hasta que seas unido a Cristo entrañablemente. ¿Qué miras aquí, no siendo este lugar de tu reposo? En el celestial ha de ser tu morada, y como de paso has de mirar todo lo terreno.

Todas las cosas pasan, y tú con ellas. Guárdate no te juntes con ellas, porque no seas preso, y perezcas. En el Soberano sea tu pensamiento, y tu oración sea enderezada a Cristo sin cesar.

Si no sabes especular las cosas profundas y celestiales, descansa en la pasión de Jesucristo, y mora muy de gana en sus santísimas llagas; porque si te llegas devotamente a las llagas de Jesucristo, gran consuelo sentirás en la tribulación, y no curarás mucho de los desprecios de los hombres, y fácilmente sufrirás las palabras de los maldicientes; pues que Jesucristo fue en el mundo despreciado y denostado por los hombres, y entre los denuestos fue de los amigos y conocidos desamparado en la mayor necesidad.

Cristo quiso padecer y ser despreciado; ¿y tú osas quejarte?

Cristo tuvo adversarios; ¿y tú quieres tener a todos por amigos? ¿De dónde se coronará tu paciencia, si ninguna adversidad se te ofrece?

Si no quieres sufrir algo por Cristo, ¿cómo serás amigo de Cristo? Sufre con Cristo y por Cristo, si quieres reinar con Cristo.

Si una vez entrases perfectamente en lo secreto de Jesucristo nuestro Redentor, y gustases un poco de su encendido amor, no tendrías mucho cuidado de tu provecho o daño, antes te holgarías más de las injurias que te hiciesen; porque el amor de Dios hace al hombre despreciarse a sí mismo.

El amador entraña al y verdadero de Jesucristo, y libre de las afecciones desordenadas, se puede convertir libremente a Dios, levantarse a sí sobre sí en el espíıritu, y holgar en Él con suavidad.

Aquel a quien saben todas las cosas a lo que son, no como se dicen o estiman, es verderamente sabio y enseñado más de Dios que de los hombres.

El que sabe andar dentro de sí, y tener en muy poco las cosas de fuera, no busca lugares, ni espera tiempos para darse a ejercicios devotos.

El hombre interior presto se corrige, porque nunca se derrama del todo a las cosas exteriores. No le estorba el trabajo exterior, ni la ocupación tomada a tiempos de necesidad; mas como suceden las cosas, así se conforma con ellas el que está de dentro bien ordenado.

Tanto el hombre se estorba y distrae, cuanto atrae a sí las cosas.

Si fueses bueno y limpio de corazón, todo te sucedería en bien y en provecho. Por eso muchas cosas te turban y descontentan, porque aún no estás muerto a ti perfectamente, ni apartado de lo terreno.

No hay cosa que tanto ensucie ni embarace el corazón, cuanto el amor desordenado en las criaturas.

Si desprecias las consolaciones de fuera, podrás contemplar las cosas celestiales, y muchas veces gozarte de dentro.

Cristo y el arte

O. Wilde

Y**O ADVIERTO UNA RELACIÓN** harto más íntima e inmediata entre la verdadera vida de Cristo y la verdadera vida del artista, y es para mí una gran alegría el pensar que mucho antes que el dolor se hubiese apoderado de mis días y me atase a su carro, había yo escrito, en *El alma del hombre*, que "quien pretenda vivir una vida igual a la de Cristo, ha de ser completa y absolutamente Él mismo". Y citaba en ejemplo, no sólo al pastor en su llanura y al preso en su celda, sino también al pintor, para quien el mundo es una mascarada, y al poeta, para quien es una canción.

Recuerdo haberle dicho una vez a André Gide, un día que nos hallábamos juntos en un café de París, que a mí la metafísica en realidad me ofrecía muy escaso interés y la moral absolutamente ninguno, y que todo lo dicho por Platón y por Cristo podía trasponerse inmediatamente a la esfera del arte y hallar en ella su perfecta realización. Era esta generalización tan profunda como nueva.

No sólo es la íntima relación que podemos descubrir entre la personalidad de Cristo y la perfección lo que constituye la verdadera diferencia existente entre el arte clásico y el romántico, y lo que hace aparecer a Cristo como el verdadero precursor del movimiento romántico en la vida, sino que la

esencia de su naturaleza era la misma que la del artista; esto es, una imaginación intensísima, ardiente cual una llama.

Cristo llevó a toda la esfera de las relaciones humanas esa imaginación que es todo el secreto de la creación artística. Comprendió la dolencia del leproso, las tinieblas del ciego, la cruel miseria de los que viven en el placer y la singular miseria de los ricos. Tú, en mi desgracia, me has escrito: "Cuando no te hallas sobre tu pedestal, dejas de ser interesante". ¡Cuán lejos te hallabas de lo que Mathew Arnold llama "el secreto de Jesús"! Ambos te habrían enseñado que lo que a otro acontece le acontece a uno mismo."

No cabe duda de que Cristo cuenta entre los poetas. Su concepción de la humanidad provenía directamente de la imaginación, y sólo a través de ésta puede ser comprendida. El hombre fue para él lo que Dios es para los panteístas. Él fue el primero que concibió la unidad de las diversas razas.

Antes que Él ya existían dioses y hombres. Y Él, sintiendo que en Él se habían hecho carne, gustaba de llamarse unas veces el Hijo de Dios y otras el Hijo del hombre. Más que ningún otro en la Historia, despierta en nosotros esa inclinación hacia lo maravilloso a que siempre se halla dispuesto el romanticismo. Es para mí todavía algo increíble eso de que un joven campesino galileo se imagine que pueda llevar sobre sus hombros todo el peso del mundo: el peso de cuanto hasta entonces se había hecho y sufrido, y de cuanto se tendría que hacer y sufrir: los pecados de Nerón, de César Borgia, de Alejandro VI, del que fue emperador de Roma y sacerdote del sol; los sufrimientos de todos aquellos, cuyo número es legión, que yacen entre ruinas; de los pueblos oprimidos, de los niños de las fábricas, de los ladrones, de los presidiarios, de los desheredados y de aquellos que se hallan sojuzgados y cuyo silencio sólo Dios puede oír. Y no sólo llega a imaginárselo, sino que efectivamente lo realiza; así es que

aún hoy en día todos los que entran en contacto con Él, aunque no se postren ante sus altares, ni se arrodillen ante sus sacerdotes, tienen en cierto modo la impresión de que se les borra la fealdad de sus pecados y se les revela la belleza de sus sufrimientos.

Ya he dicho que Cristo cuenta entre los poetas, y es verdad. Shelley y Sófocles son hermanos suyos. Pero su misma vida constituye el más maravilloso de los poemas, y nada hay, en todo el ciclo de la tragedia griega, que pueda igualar "el temor y la piedad" de esta vida. La inmaculada pureza del protagonista eleva este edificio a una altura de arte romántico, que, a causa de su mismo horror, les está vedada a los sufrimientos de las familias de Tebas y la de los Atridas. Y esta pureza muestra asimismo cuán erróneo era el axioma expuesto por Aristóteles en su Tratado del drama, y que sentaba que no era posible soportar la vista del castigo de un inocente. Ni en Esquilo ni en Dante, el austero maestro de ternura; ni en Shakespeare, el más puramente humano de todos los grandes artistas; ni en todos los mitos y leyendas célticas, en los cuales la gracia del mundo brilla a través de una niebla de lágrimas y la vida de un hombre no vale más que la de una flor, no haya nada que, a causa de su conmovedora sencillez, unida a la sublimidad del efecto trágico de que nace, no hay nada que pueda igualarse, ni siquiera aproximarse, al último acto de la historia de la Pasión de Cristo. Aquella simple Cena, con sus discípulos, uno de los cuales ya le ha vendido por unos cuantos dineros; aquella angustia del alma en el tranquilo jardín iluminado por la luna y en el cual el falso amigo habrá de acercarse a Él para traicionarle con un beso; aquel amigo que todavía creía en Él, y en el cual Él creía poder fundar, como sobre una peña, un refugio para la humanidad, y que lo niega en cuanto el gallo canta el despuntar del día; aquella su soledad absoluta, aquella sumisión suya con que Él todo lo acepta, y junto a estas esas otras escenas en que el gran sacerdote de la

ortodoxia, en su furor, le desgarra sus vestiduras, y el funcionario de la justicia civil manda traer agua con la vana esperanza de poderse limpiar la mancha de sangre inocente que le hace aparecer como la más sangrienta figura de la Historia; la escena – uno de los sucesos más maravillosos de todos los libros de todos los tiempos – en que le es impuesta la corona de espinas; aquella otra de la crucifixión del inocente ante los ojos de su madre y del discípulo a quien amaba; aquella – mientras los soldados se reparten y juegan sus vestiduras – de la horrible muerte por la cual cedió al mundo el más eterno de sus símbolos, y, finalmente, aquella escena de su entierro en la sepultura del rico, la escena en que su cuerpo es embalsamado con especies preciosas y perfumes y envuelto en un sudario egipcio, cual si fuese el hijo de un rey.

Cuando se consideran estas escenas aisladamente y sólo desde el punto de vista artístico, es forzoso agradecer que el más solemne de los oficios de la Iglesia sea, sin efusión de sangre, una representación de la tragedia; la representación mística de la historia de la Pasión del Señor, por medio del diálogo, de los trajes y hasta de los gestos. Para mí es siempre fuente de respetuosa elevación pensar que lo que queda del coro griego, ya perdido para el arte, en otros terrenos, sobrevive en el acólito que ayuda al sacerdote a celebrar la misa.

Y no obstante, la vida de Cristo es en conjunto – a tal punto hállanse fundidos en su significación y en su representación la belleza y el dolor – un verdadero idilio a pesar de acabar por el desgarramiento de las cortinas del templo, por las tinieblas que cubren la faz de la tierra y por el movimiento que levanta la piedra del sepulcro. Uno se representa siempre a Cristo como a un novio entre sus discípulos, cual Él mismo descríbese una vez; como a un pastor recorriendo un valle con sus ovejas en busca de verdes praderas o de frescos

regatos; como un cantor que quisiera levantar con su música los muros de la Ciudad de Dios; como un amante para cuyo amor el mundo todo es demasiado pequeño. Sus milagros parécenme encantadores, cual la llegada de la primavera, y no menos naturales. No me es difícil creer en un encanto tal de su persona, que su sola presencia bastase para inundar las almas de paz y para que los que tocaban sus vestiduras se olvidasen de todos sus dolores. O para que, al pasar Él por el camino real de la vida, gentes para quienes hasta entonces había permanecido secreto el misterio de la existencia, abriesen los ojos a la luz, y para que, aquellos que cerraban sus oídos a toda voz que no fuese la del placer, comprendiesen por vez primera la voz del amor y la hallas en "armoniosa cual la lira de Apolo", o para que, a su llegada, huyesen todas las malas pasiones, y los hombres, cuya vida sórdida y hermética era como una forma de la muerte, se alzaran, como quien dice, de sus tumbas al llamarlos Él; o para que la muchedumbre, a la que predicaba en la falda de la montaña, olvidase su hambre y su sed, y los sufrimientos del mundo, y los amigos a quienes hablaba mientras comían gustasen, como de manjares sabrosos, de los más ordinarios alimentos, y el agua les supiese cual vinos generosos, y por toda la casa se esparciese el dulce perfume de los nardos.

En su *Vida de Jesús* – ese delicioso quinto evengelio, que podría llamarse el Evangelio según Santo Tomás – dice Renan que la obra suprema de Cristo, consiste en haber sabido conservar, aun después de muerto, el amor que había poseído en vida. Y verdad es que, si bien su puesto está entre los poetas, también hacia Él se dirige el cortejo de los amantes. Él reconoció que el amor es el secreto primordial del mundo, el secreto buscado por los sabios, y que únicamente por medio del amor es posible llegar hasta el corazón del leproso y los pies del Señor.

Mas por encima de estas consideraciones, Cristo aparece como el mayor de los individualistas. La humildad, como aceptación artística de todas las experiencias, no es sino un medio de manifestarse. Lo que Él persiguió siempre fue el alma del hombre. La llama "el reino de Dios" y la descubre en cada uno de nosotros. La compara con una muchedumbre de nimiedades: con un grano de semilla, con un puñado de levadura, con una perla, y es porque sólo puede uno formarse su alma desprendiéndose de todas las pasiones extrañas, de toda la cultura adquirida, de todo lo que se posee externamente, lo mismo de lo bueno que de lo malo.

Con la tenacidad de mi voluntad, y más todavía con el espíritu de contradicción ingénito en mí, revelábame contra todo, hasta que no me quedó nada más, absolutamente nada más en el mundo que Cyril. Había perdido mi nombre, mi posición, mi felicidad, mi libertad, mi fortuna. Era un recluso, y era un pobre, pero me quedaba mi bien más preciado: mis hijos. Y de pronto la ley me los arrebata. Fue tan terrible el golpe, que me quedé como aturdido. Me puse de rodillas, incliné la cabeza, lloré y dije: "El cuerpo de un niño es como el cuerpo del Señor; ya no soy digno de ninguno de ellos". Y ese momento fue sin duda el que me salvó. En ese momento comprendí que sólo me cumplía aceptarlo todo. Y desde entonces, – por extraño que esto parezca – soy feliz, pues he llegado hasta lo más hondo de la esencia de mi alma. Había mostrado ser su enemigo en muchos respectos y la encontré esperándome como un amigo. Al entrar en contacto con su alma, uno se vuelve sencillo como un niño, y esto es lo que uno ha de ser, según las palabras de Cristo.

Es verdaderamente trágico pensar cuán pocos son los hombres que se hallan en posesión de su alma antes de la muerte. Emerson dice que "nada hay más raro en un hombre que una acción de su propia voluntad". Esto es una gran verdad, pues la mayoría de las gentes son distintas de ellas

mismas. Piensan con las ideas de otros; su vida es una parodia, y sus pasiones son remembranzas. Cristo fue, no sólo el mayor individualista, sino también el primer individualista de la Historia. Hay quien ha querido presentarle como uno de tantos y abominables filántropos del siglo XIX o como un altruista surgido entre ignorantes y sentimentales. En realidad no fue ni lo uno ni lo otro. Cierto es que tuvo piedad de los pobres, de los presos, de los míseros y de los humildes, pero tuvo todavía más piedad de los ricos, de los hedonistas, de los que sacrifican su libertad y se convierten en esclavos de las cosas, de los que llevan vestiduras finísimas y viven en palacios dignos de reyes. La opulencia y el placer le parecieron tragedias mayores que la pobreza y el dolor. Y en cuanto al altruismo, ¿quién mejor que Él podía saber que la inclinación y no la voluntad es lo que nos impulsa, y que no es posible coger uvas del espino ni higos entre los cardos?

El vivir para los demás no era el fin determinado y consciente de su doctrina. Su base era muy otra. Dice: “Perdonad a vuestros enemigos”, y ello no implica el amor a nuestros enemigos, sino a nosotros mismos. Pues el amor es más hermoso que el odio. Le dice al joven rico: “Vende lo que posees y dáselo a los pobres”, y al decirlo no piensa en la condición de los pobres, sino en el alma del joven, esa alma adorable que la riqueza conducía a su perdición. Su concepción de la vida es pareja de la del artista, que sabe que la ley inevitable del propio desarrollo impulsa al poeta a cantar, al escultor a pensar en el bronce y al pintor a convertir el mundo en espejo de sus estados de alma, cosas tan necesariamente certeras cual el que el espino florezca en primavera, el trigo madure en otoño en frutos de oro y la luna, en su ruta de antemano trazada, pase de la forma de disco a la de hoz y de la hoz a la de disco.

Cristo no les ha dicho a los hombres: “Vivid para los demás”, sino que ha afirmado que no existe ninguna diferencia entre

la vida de los demás y nuestra propia vida, dando con ello a los hombres una dilatadísima y titánica personalidad. Desde su aparición la historia de cada individuo en sí es, o puede llegar a ser, la historia del mundo.

Cierto es que la cultura ha elevado la personalidad del hombre. El arte ha creado el infinito de nuestro espíritu. Quien posee un temperamento de artista acompaña al Dante en el destierro y aprende cuán salado es el pan ajeno, cuán escarpadas son las gradas de su ruta y, aun logrando por un momento la serenidad de Goethe, sabe harto bien que Baudelaire gritóle a Dios:

“Ah, Seigneur! Donnez moi la force et le courage
De contempler mon corps et mon coeur sans dégout!
(¡Oh, Señor! ¡Dáme el valor y la fuerza
para contemplar sin repulsión mi cuerpo y mi corazón!)

Busca – tal vez para su propio daño – el secreto del amor de los sonetos de Shakespeare y se lo apropia; contempla con ojos nuevos la vida moderna, porque ha oído uno de los nocturnos de Chopin, porque ha penetrado en las artes helenas o porque ha leído la historia de la pasión de un hombre muerto por una mujer, cuyos cabellos semejaban finas hebras de oro, y que tenía la boca como una granada. Mas la efusión del temperamento del artista dirígese forzosamente hacia cuanto ha logrado su expresión. Lo mismo en las palabras que en los colores, y en los colores que en el mármol, tras las pintadas carátulas de un drama de Esquilo, o por medio de los perforados y unidos caramillos de un pastor siciliano, manifiéstanse el hombre y su misión.

Para el artista, la expresión es la única forma por la cual le es dado comprender la vida. Para él, lo que no habla está muerto. Más no así para Cristo. Con una imaginación maravillosamente vasta, que infunde el verdadero pavor,

eligió para su reino el universo de lo inexpresado, el mundo silencioso del dolor, y quiso ser su eterno intérprete. Aquellos de quienes ya he hablado, que yacen callados bajo la opresión y "cuyo silencio sólo de Dios es oído", los eligió por hermanos.

Quiso llegar a ser el ojo del ciego, el oído del sordo y el grito de angustia brotado de los labios de quienes tienen la lengua trabada. Anheló ser la trompeta de las muchedumbres que no habían hallado modo ninguno de expresarse, la trompeta con la cual pudiesen éstas llamar al cielo. Con las dotes artísticas de quien ve en el sufrimiento y el dolor las formas que han de permitirle realizar su concepción de la belleza, comprendió que una idea carece de valor hasta que se encarna y convierte en imagen, y por esto hizo de sí mismo la imagen del sufrimiento, y como tal ha impulsado y dominado el arte en un grado que jamás pudo conseguir una divinidad griega.

Y es que los dioses griegos, pese al tono blanco y rosado y a la agilidad de sus armoniosos y flexibles miembros, en realidad no eran lo que parecían ser. El arco de la frente de Apolo semejaba el disco solar cuando en el crepúsculo domina una colina, y sus pies las alas de la mañana; pero él mismo había sido cruel con Marsias, y había robado los hijos de Niobe. En el escudo de acero de los ojos de Atenea no apareció ningún destello de piedad para con Aracné; la pompa y los pavos reales de Hera constituían cuanto esta diosa poseía de verdaderamente noble, y el mismo padre de los dioses había amado demasiado a las hijas de los hombres. Las dos figuras más hondamente significativas de toda la mitología griega, era, para la religión, Demeter, aquella Diosa de la Tierra que nunca fue admitida en el Olimpo; y para el arte, Dionisios, ese hijo de un mortal, para la cual el momento en que lo dio al mundo, hubo de ser el de su muerte. Pero la misma vida sacó de su capa más profunda y humilde una figura harto más espléndida que la de la madre de Proserpina

o la del hijo de Semelé. Del taller de carpintero de Nazareth surgió una personalidad infinitamente más grande que cualquiera de las creadas por el mito o la leyenda, una personalidad que estaba – cosa extraña – destinada a revelar al mundo el misterioso sentido del vino y la verdadera belleza del lirio de los campos, cual nadie aún había sabido explicarlo ni en el Citerón ni en el Etna.

Aquellas palabras de Isaías: "Era el más despreciado y el más indigno de los hombres, estaba lleno de dolor y de enfermedades. Tan despreciado era, que uno se cubría la faz ante él", habíanle sonado a Cristo cual anuncio de su llegada, y en Él hubo de cumplirse la profecía. No tenemos por qué asustarnos ante esta frase: toda obra de arte es la realización de una profecía, pues toda obra de arte es la transformación de una idea en imagen. Y toda criatura humana debería ser igualmente la realización de una profecía, ya que toda criatura humana debería ser la realización de un ideal, bien fuese a los ojos de Dios o a los de los hombres.

Cristo halló el modelo perfecto y lo definió para siempre, y así el sueño de un poeta virgiliano, en Jerusalén o en Babilonia, encarnóse en Él, cuya venida era esperada por el mundo a través de los siglos.

"Su rostro era más feo que el de los demás hombres, y su aspecto más feo que el de los hijos de los hombres"; de este modo indicaba Isaías los signos distintivos del nuevo ideal. En cuanto el arte hubo comprendido lo que estas palabras significaban, abrióse como el cáliz de una flor ante aquellos en quienes aparecía la verdad en el arte cual nunca hasta entonces había aparecido. Pues, ¿no es acaso, como yo ya dije, la verdad en el arte, "la expresión exterior de lo interior, en que el alma se hace carne y el cuerpo se halla animado por el espíritu", aquello que en la forma se proyecta?

Para mí, uno de los hechos más lamentables de la Historia es que el verdadero renacimiento cristiano, el que produjo la catedral de Chartres, el ciclo de leyendas del rey Arturo, la vida de San Francisco de Asís, el arte de Giotto y la *Divina Comedia* del Dante, no pudiese continuar desarrollándose en su propio camino, sino que hubo de ser detenido y desvirtuado por el triste renacimiento clásico, que nos ha legado a Petrarca, los frescos de Rafael, la arquitectura de Palladio, las rígidas formas de la tragedia francesa, la catedral de San Pablo, la poesía de Pope, y cuanto está creado exteriormente conforme a cánones muertos, en vez de brotar de un espíritu que lo anime desde dentro. En todas partes donde se produzca el arte un movimiento romántico, sea cual fuere la forma que éste revista, allí aparece Cristo o el alma de Cristo. Está en *Romeo y Julieta*, y en el *Cuento de invierno*, en la poesía provenzal y en *El viejo marinero*, en la *Bella despiadada* y en la *Balada de la misericordia*, de Chatterton.

Le debemos las cosas y los seres más diversos: *Los miserables*, de Víctor Hugo; *Las flores del mal*, de Baudelaire; el matiz de piedad de las novelas rusas, Verlaine y sus poesías; las vidrieras polícromas, los tapices y las obras prerrafaelistas de Burne Jones y de Morris, le pertenecen lo mismo que el campanario de Giotto, el romance de Lancelot y Ginebra, Tannhauser, los torturados y románticos mármoles de Miguel Ángel y el estilo ojival. Y asimismo el amor a los niños y a las flores. Para ellos quedó muy poco espacio en el arte clásico, apenas el suficiente para que pudiesen crecer y jugar. Empero, desde el siglo XII hasta nuestros días, bajo las más diversas formas y en las más diversas épocas, han aparecido de continuo, manifestando caprichosa y obstinadamente su significación. La primavera dábale a uno siempre la impresión de que las flores se mantenían ocultas, y salían a la luz del sol, únicamente por temor a que los hombres se cansasen de buscarlas y cesasen en sus pesquisas. Y la vida de un niño era un día de abril en que el narciso tan pronto aparece bajo la

lluvia como inundado de sol. El imperio de la imaginación en el temperamento de Cristo es lo que le convierte en el centro e impulso del romanticismo. Otros habrán de crear con su fantasía las formas singulares del drama poético y la balada; pero Jesús de Nazareth creóse a sí mismo por su propia imaginación. En realidad, el grito profético de Isaías no tuvo más relación con su venida que la que tiene el canto del ruiseñor con la salida de la luna. Nada más que eso, pero tal vez nada menos. Vino a ser por igual la negación y la confirmación de las palabras del profeta, pues cada esperanza por Él satisfecha acompañábase de otra por Él destruida. *"Toda belleza* – dice Bacon – *tiene alguna desproporción"*; de los que nacen de la inteligencia, o sea de aquellos que son como Él fuerzas dinámicas, dice Cristo que se parecen al viento, que "sopla donde quiere, pero sin que nadie sepa de dónde viene ni a dónde va". Y he aquí por qué fascina de tal modo a los artistas; todos los elementos que animan la vida, el enigma, la novedad, lo raro, la sugestión, el éxtasis, el amor, todos los posee. Produce condiciones propicias al milagro y esa disposición de ánimo necesaria para llegar a comprenderla.

Es para mí una alegría el pensar que si Él es "únicamente imaginación", de igual materia se compone el mundo. Ya he dicho en *Dorian Gray* que todos los grandes pecados del mundo se realizan en el cerebro. Y es que en el cerebro es donde se realiza todo. Ya sabemos que no vemos con la vista ni oímos con el oído. Que en realidad a la vista y el oído no son sino canales conductores, y más o menos fieles transmisores, de las impresiones de los sentidos. En el cerebro es donde está roja la amapola y perfumada la manzana, y donde canta la alondra.

Llevo ya algún tiempo ardientemente ocupado con los cuatro poemas en prosa que tratan de Cristo. Por Navidad conseguí exhumar una Biblia griega, y todas las mañanas, después de

haber barrido mi celda y fregado mis cacharros de estaño, leo algún trozo de los Evangelios, una docena de versículos elegidos al azar. Este es un modo delicioso de comenzar el día. Todos, aún aquellos que llevan una vida agitada y desordenada, deberían hacer lo mismo. La constante, monótona e intempestiva repetición de los Evangelios, ha desvirtuado para nosotros su romántico encanto, su lozanía, su ingenuidad, su sencillez. Su lectura nos es hecha con demasiada frecuencia y demasiado mal, y las repeticiones acaban siempre por hastiar. Volviendo a tomar el texto griego, parece como si uno saliese de una habitación lóbrega y estrecha y penetrase en un jardín lleno de lirios.

Y mi alegría se duplica con la idea de que lo más probable es que aquellas sean las verdaderas palabras de Cristo: *ipsissima verba*. Antaño, era idea corriente el suponer que Cristo había hablado en arameo. El mismo Renan lo creía todavía. Mas ahora sabemos que los campesinos de Galilea hablaban dos lenguas, como hoy día los campesinos irlandeses, y que el griego era el idioma corriente en toda Palestina, mejor dicho, en todo el Oriente. Siempre me fue desagradable pensar que sólo podíamos conocer las palabras de Cristo a través de la traducción de una traducción. Y ahora me embelesa el pensar que Carmides podía haber entendido lo que Él decía, Sócrates filosofando con Él, y que Platón podía haberle entendido; que Él realmente pronunció el "Εγωειμ σ ποιλην σ χαλσς griego; y que al acordarse de los lirios del campo que no trabajan ni tejen, dijo exactamente que: "καταμαθετε τα χινα τον αγρον πως ανςανει ον χοπια ονδε νηθει". Y que aquella última palabra suya cuando gritó: "Mi vida llega a su término. Ha alcanzado su perfección, ya se ha consumado", es exactamente lo que nos ha transmitido San Juan: "Τετελεται", y nada más.

Al leer los Evangelios – el escrito por el propio San Juan o por un gnóstico de los primeros tiempos que se encubrió con su

nombre – observo cómo resalta en ellos constantemente la imaginación, y como es esta la esencia de toda vida espiritual y material; y además que para Cristo la imaginación fue simplemente una forma del amor, siendo para Él el amor soberano, en el sentido más completo de la palabra.

Hará cosa de unas seis semanas, el médico me autorizó a comer pan blanco, en vez de tosco pan negro o moreno que constituye el alimento corriente de la cárcel. Esto es una golosina. Podrá parecer extraño que el pan seco pueda ser una golosina. Mas a tal punto lo es para mí que, después de cada comida, recojo cuidadosamente todas las migajas que quedan en mi plato de estaño, o que han caído sobre la burda servilleta con que uno cubre la mesa para no mancharla; y esto no por hambre, pues ahora me dan lo suficiente, sino para evitar que se desperdicie nada de lo que me dan. (Y así debe uno obrar con el amor).

Cristo, cual todos los que saben cautivar, poseía el don, no sólo de decir cosas bellas, sino también de hacer que otros las dijeran. Siento predilección por esa historia que nos cuenta Marcos de una mujer griega que, al decirle Jesús, para probar su fe, que no podía darle el pan de los hijos de Israel, le respondió: “El perrito que está debajo de la mesa se alimenta con las migajas que dejan caer los niños”. La mayoría de los hombres viven para el amor y la admiración. De amor y admiración deberíamos vivir nosotros. Y, cuando se nos demostrase amor, reconocer que somos indignos de Él. Nadie merece ser amado. El que Dios ame a los hombres nos prueba que en el orden divino de los bienes ideales está escrito que el amor eterno le será otorgado a quien es eternamente indigno de él, y si estas palabras parecen demasiado amargas, digamos, en su lugar, que todos son dignos de amor, salvo aquellos que creen serlo.

El amor es un sacramento que debería recibirse de rodillas con estas palabras: *Domine non sum dignus (Señor, yo noy digno)* en los labios y en el corazón.

Cuando yo vuelva a escribir, o sea cuando cree una nueva obra de arte, quisiera precisamente tratar a fondo estos dos temas: “Cristo como precursor del movimiento romántico en la vida” y “La vida del artista y el arte de la vida”. El primero es, desde luego, extraordinariamente seductor, pues yo veo en Cristo, no sólo las características esenciales del tipo romántico por excelencia, sino también todo lo accidental, e incluso todas las arbitrariedades del temperamento romántico. Él fue el primero que invitó a los hombres a llevar “una vida igual a la de las flores”. Él sentó esta expresión. Él vio en los niños el modelo que debemos intentar copiar. Él los dio como ejemplo a los hombres. Y este ha sido también siempre para mí el fin principal de los niños, si es que lo perfecto puede tener un fin.

Dante nos ha descrito cómo el alma del hombre sale de entre las manos del Creador “llorando y riendo cual un niño pequeño”, y asimismo reconoció Cristo que el alma de todo hombre debía ser *“a guisa di fanciulla che piangendo o ridendo pargoleggia*”.

Comprendió que la vida se halla sujeta a cambios frecuentes, que es fluida y activa, y que el comprimirla dentro de una forma rígida sería la muerte. Comprendió que los hombres no deben preocuparse demasiado de sus intereses materiales de cada día; que el no ser práctico es cosa muy grande, y que no es posible formarse demasiadas ideas acerca de la marcha del mundo. Si los pájaros no se ocupan de ello, ¿por qué habrían de preocuparse los hombres? Y es verdaderamente deliciosa aquella frase suya, que dice: “No os preocupéis del mañana. ¿Es acaso la vida sólo el alimento? ¿Acaso el cuerpo son sólo las ropas?” Esto último también podía haberlo dicho un

griego, pues expresa en verdad el sentir heleno. Pero las dos cosas reunidas, sólo Cristo pudo decirlas, condensando en ellas para nosotros la suma de la vida.

Su moral sólo es amor; justo lo que la moral debiera ser. Conque sólo hubiese dicho "le serán perdonados sus muchos pecados por lo mucho que amó", valía la pena morir por estas palabras. Su justicia es esencialmente una justicia poética, o sea verdaderamente lo que debe ser la justicia. El pobre llega al cielo porque ha sido desgraciado. Me es imposible concebir para ello un motivo mejor. Los que en el viñedo no sólo han trabajado una hora durante el frescor de la tarde, reciben el mismo salario que los que se han agotado trabajando durante todo el día bajo el sol ardiente. ¿Por qué no? Probablemente ni unos ni otros merecían nada, o tal vez eran seres de dos clases distintas.

Cristo no podía soportar los sistemas rutinarios, mecánicos e inanimados, que consideran a los hombres como objetos, y, por tanto, les tratan a todos por igual. No reconocía leyes, sino únicamente excepciones, cual si cada ser y cada cosa no tuvieran parejos en el mundo.

Lo que constituye la base fundamental del arte romántico era para Él la base esencial de la vida natural. No veía otra. Cuando le llevaron una mujer que había sido sorprendida perpetrando el delito de adulterio, y le indicaron el castigo que le correspondía según la ley, preguntándole lo que convenía hacer, se puso a escribir con el dedo en la arena, cual si no oyese lo que le decían, y, como le seguían apremiando, alzó la cabeza y dijo simplemente: "Aquel de entre vosotros que se halle libre de pecado, que arroje la primera piedra". Sólo por estas palabras vale la pena vivir. Como todos los poetas, amaba a los ignorantes, pues sabía que en el alma de un ignorante hay siempre espacio para una gran idea. Pero no podía resistir a los necios, en particular a

aquellos embrutecidos por la educación, o sea a esas gentes que tienen juicios dispuestos para todo, pero sin comprender ninguno: un tipo, éste, especialmente moderno, y que Cristo describe bajo la forma de aquel que tiene la llave de la sabiduría y no la sabe utilizar, ni permite que la utilicen los demás, a pesar de que esta llave sirva tal vez para abrir la puerta del reino de Dios.

Hubo de luchar principalmente contra los filisteos. Es esta una lucha que todo hijo de la luz vése obligado a proseguir. El filisteísmo era la característica de la época y del pueblo en que él vivía. Por su hermética mentalidad, su inflexible rectitud, su monótona ortodoxia, su adoración a los ídolos del día, su exclusiva preocupación por las cosas groseras de la vida material, su risible engreímiento y su suficiencia, los judíos de Jerusalén, contemporáneos de Cristo, eran exactamente iguales a los filisteos británicos de nuestros días. Cristo clamó contra "los sepulcros blanqueados" de la respetabilidad, y ha dejado esta expresión grabada para siempre. El éxito mundano era para Él algo absolutamente despreciable, que carecía totalmente de significación, y la riqueza, una carga abrumadora.

No quiso saber nada de una vida sacrificada en aras de un sistema de filosofía o de moral. Explicó que las formas y los usos habían sido hechos para el hombre, y no el hombre para ellos. El descanso del séptimo día no tenía para Él ninguna importancia, y fustigó con el más terrible e inquebrantable desprecio la filantropía, la caridad pública, el enojoso formalismo a que tan aficionada es la mentalidad del pequeño burgués. Para nosotros, la ortodoxia significa simplemente una aquiescencia cómoda y desprovista de espíritu; pero, para los judíos, y en sus manos, fue una tiranía terrible y paralizadora. Cristo la rechazó, demostrando que únicamente tiene valor el espíritu. Fue para Él una gran satisfacción probarles que, si bien leían constantemente la

Ley y los profetas, en realidad no tenían la menor idea de lo que esto significaba. Es más, y al contrario de ellos, que cada día masticaban, cual hojas de menta o de ruda, sus inflexibles rutinas, los deberes de antemano prescriptos, predicó que lo único importante es vivir plenamente cada momento.

Aquellos a quienes absolvió de sus pecados, obtuvieron esta absolución únicamente a causa de los momentos hermosos de su vida. María Magdalena, al verle, rompe la preciosa copa de alabastro que le había regalado uno de sus siete amantes, y vierte sobre sus cansados y polvorientos pies el perfumado ungüento, y este único momento basta para que se sienta por siempre en el Paraíso, junto a Ruth y a Beatriz, entre guirnaldas de rosas blancas como la nieve.

Cristo, lo único que nos dice, con tono quedo e insinuante, es que cada momento ha de ser hermoso, que el alma ha de estar siempre preparada para la llegada del esposo y siempre dispuesta a oír la voz del amante, y el filisteísmo es sencillamente aquella parte de la naturaleza humana que no puede ser iluminada por la imaginación. Para Cristo, todas las influencias que agrandan a los sentidos son como luces: la misma imaginación es la luz del mundo. Ella lo ha creado, y, sin embargo, no puede comprenderlo. Y es que la imaginación no es sino una manifestación del amor, y el amor y la facultad de amar es lo que distingue entre sí a las criaturas.

Pero, con los pecadores, Cristo es aún más romántico, en el más estrecho sentido de la palabra. El mundo siempre había amado a los santos, viendo en ellos la primera etapa inmediatamente posible hacia la perfección de Dios. Cristo, guiado por un instinto divino, parece desde un principio haber amado a los pecadores, viendo en ellos la primera etapa posible hacia la perfección del hombre. No era su objeto esencial el mejorar a los hombres, ni tampoco el

mitigar sus sufrimientos. No le importaba convertir un interesante ladrón en un aburrido hombre de bien. No habría, sin duda, prestado gran atención a la “Sociedad para la protección de los antiguos delincuentes”, ni a las demás instituciones modernas similares. No hubiera, seguramente, considerado como una acción heroica la transformación de un publicano en un fariseo. Comprendía el pecado y el dolor cual aún no han sido comprendidos, como algo bello y santo en sí, como etapas de la perfección.

Es esta una idea que parece muy peligrosa, y que efectivamente lo es. Todas las grandes ideas son peligrosas. Y no es posible poner en duda que esta era verdaderamente la fe de Cristo. Para mí no cabe la menor duda de que sea esta la verdadera fe.

Claro que es preciso que el pecador se arrepienta. Mas, ¿por qué? Pues por la sencilla razón de que de otro modo no se hallaría en condiciones de comprender lo que ha hecho. El momento del arrepentimiento es el de la iniciación. Más aún: es el medio por el cual puede uno deshacer el pasado.

Para los griegos, esto era imposible. Sus sentencias nos dicen con frecuencia que “jamás pueden los dioses cambiar el pasado”. Cristo demostró que esto está al alcance del más vulgar de los pecadores; que es lo único que se halla a su alcance. Si a Cristo se le hubiera preguntado acerca de ello, hubiese contestado – estoy completamente seguro – que el hijo pródigo, después de haber disipado su hacienda con prostitutas, y de haber guardado los cerdos, y sufrido hambre, y pedido los desperdicios que comían los cerdos, en el mismo instante que cayó de rodillas y lloró convirtió todos estos hechos en momentos santos y hermosos de su vida. A la mayoría de los hombres les será difícil comprenderlo. Quizás sea preciso para ello haber estado en la cárcel. Si así

fuese, merecía, en verdad, la pena de haber estado en la cárcel.

En la figura de Cristo hay algo único. Cierto es que, así como la aurora es precedida por engañosos fulgores que parecen anunciarla, y hay días de invierno en los que el sol brilla de pronto con tal claridad que el azafrán, equivocado, disipa su oro antes de tiempo, y que algún pájaro llama cándidamente a su hembra, para construir el nido sobre las ramas desnudas, así hubo también cristos antes de Cristo. Merecen nuestra gratitud. Por desgracia, desde entonces no ha habido ninguno más. Una sola excepción: Francisco de Asís. Pero Dios le dio al nacer un alma de poeta; él mismo, siendo aún muy joven, desposóse místicamente con la pobreza, y así, con un alma de poeta y un cuerpo de mendigo, no podía serle muy arduo el camino de la perfección. Supo comprender a Cristo y llegó por esto a asemejarse a Él. No precisamos el *liber conformitatum* para saber que la vida de San Francisco fue la verdadera Imitación de Cristo: una poesía junto a la cual el libro de este nombre es prosa vulgar.

Y es que, en el fondo, el encanto que mana de Cristo está en que Él se asemeja en absoluto a una obra de arte. En realidad, Él no nos enseña nada; mas, si algo llegamos a ser, es porque entramos en contacto con Él. Y todos estamos predestinados a ello, y una vez siquiera en su vida cada hombre se dirige con Cristo hacia Emmaus.

En cuanto al segundo tema, o sea “La vida del artista y el arte de la vida”, su elección te parecerá sin duda extraña. Hoy la gente señala hacia la cárcel de Reading y dice: “Ahí es donde le conduce a uno la vida de artista”. Bueno; podía llevarle a sitios aún peores. La gente vulgar, aquellos para quienes la vida es como hábil especulación, fruto de un cuidadoso cálculo de posibilidades, saben siempre adónde van, y van derechos hacia su objeto. Propónense como fin ideal el llegar

a ser mayordomo de cofradía, y, en efecto, lo consiguen, sea cual fuere la situación en que hayan sido colocados. Y esto es todo. Y el que aspira a ser algo exterior a sí mismo: miembro del Parlamento, rico tendero, eminente abogado, juez u otra cosa igualmente aburrida, ve siempre sus esfuerzos coronados por el éxito. Y éste es su castigo. El que anhela una careta, no tiene más remedio que llevarla.

Las cosas suceden muy de otro modo con las fuerzas dinámicas de la vida y con los que las encarnan. Aquellos que sólo piensan en el desarrollo de su propia personalidad nunca saben adónde les conduce su camino. No pueden saberlo. En una palabra: es indispensable, cual pedía el oráculo griego, conocerse a sí mismo. He aquí el primer paso hacia la sabiduría. Pero la última etapa de la sabiduría estriba en penetrarse de lo insondable del alma humana. Nosotros mismos somos el misterio final, y aún después de haberse averiguado el peso del sol, y medido las fases de la luna, y seguido sobre el mapa, estrella por estrella, las siete constelaciones, aún nos falta conocernos a nosotros mismos.

¿Quién podría calcular la órbita de su propia alma?

Aquel hijo que salió a buscar los asnos de su padre, no sabía que le esperaba el hombre de Dios para ungirle, y que su alma ya era el alma de un rey.

LA INTRODUCCIÓN DEL CORAZÓN EN LA REALIDAD

G.W.F. Hegel

EL INDIVIDUO CUMPLE, pues, la ley de su corazón: ésta deviene orden universal, y el placer se convierte en una realidad en y para sí conforme a la ley. Pero, en esta realización, la ley ha huido, de hecho, del corazón; se ha convertido de modo inmediato simplemente en la relación que debía ser superada. La ley del corazón deja de ser ley del corazón precisamente al realizarse.

En efecto, cobra en esta relación la forma del ser y es ahora una potencia universal para la que este corazón es indiferente, por donde el individuo, por el hecho de establecer su propio orden, deja de encontrarlo como orden suyo. Por tanto, con la realización de su ley no hace surgir su ley, sino que, en tanto que la realización es en sí la suya y es, no obstante, para él una realización extraña, sino incluso hostil.

Con su obrar, el individuo se pone en o, mejor dicho, como el elemento universal de la realidad que es, y sus actos deben ellos mismos, con arreglo a su sentido, tener el valor de un orden universal. Pero, con ello, el individuo queda libre de sí mismo, se desarrolla para sí como universalidad y se depura

de la singularidad; el individuo que solo quiere reconocer la universalidad bajo la forma de su ser inmediato para sí no se reconoce, por tanto, en esta libre universalidad, a la vez que, sin embargo, pertenece a ella, pues es su obrar.

Este obrar tiene, por tanto, la significación inversa de contradecir al orden universal, pues sus actos deben ser actos de su propio corazón singular, y no una realidad universal libre; y, al mismo tiempo, el individuo ha reconocido, de hecho, esta realidad universal, ya que el obrar tiene el sentido de poner su esencia como realidad libre, es decir, de reconocer la realidad como su propia esencia.

Mediante el concepto de su obrar, el individuo ha determinado más de cerca el modo como se vuelve contra él la universalidad real a la que se ha entregado; pero el contenido de ellos es la propia individualidad, que pretende mantenerse como este singular contrapuesto a lo universal.

No se trata, aquí, de establecer una ley determinada cualquiera, sino que es la unidad inmediata del corazón singular con la universalidad lo que debe elevarse a ley y el pensamiento que debe tener validez: en lo que es ley tiene que reconocerse a sí mismo todo corazón. Pero, solamente el corazón de este individuo ha puesto su realidad en sus actos, que expresan para él su ser para sí o su placer.

Estos actos deben valer de un modo inmediato como lo universal; es decir, son en verdad algo particular, que reviste solamente la forma de la universalidad: su contenido particular debe, como tal, valer en tanto universal. De ahí que los demás no encuentren plasmada en este contenido la ley de su corazón, sino más bien la de otro; y precisamente con arreglo a la ley universal según la cual todos deben encontrar su corazón en lo que es la ley, se vuelven contra la realidad que este individuo propone lo mismo que se volvían contra la

suya propia. Y así como, primeramente, el individuo abominaba solamente la ley rígida, ahora encuentra contrarios a sus excelentes intenciones los corazones mismos de los hombres, y abominaba de ellos.

En cuanto que esta conciencia sólo conoce la universalidad como inmediata y la necesidad como necesidad del corazón, desconoce la naturaleza de la realización y de la eficiencia, desconoce que la realización, como lo que es, es en su verdad más bien lo universal en sí, en lo que desaparece la singularidad de la conciencia que se confía a ella para ser esta singularidad inmediata; por tanto, en vez de este su ser en el ser la enajenación de sí misma.

Pero, aquello en que no se reconoce no es ya la necesidad muerta, sino la necesidad como animada por la individualidad universal.

Tomaba este orden divino y humano que encontraba vigente por una realidad muerta en la cual, no sólo ella misma, que se fija como este corazón que es para sí y contrapuesto a lo universal, sino tampoco los otros, pertenecientes a este orden, tendrían la conciencia de ellos mismos; por el contrario, encuentra a este orden animado por la conciencia de todos y como ley de todos los corazones.

Hace la experiencia de que la realidad es un orden animado, y lo experimenta precisamente en el obrar, precisamente por el hecho de que realiza la ley de su corazón; en efecto, esto no significa que la individualidad se convierte ella misma en objeto como universal, pero un objeto en el que no se reconoce.

EL ESPÍRITU DIVINO Y EL ESPÍRITU HUMANO

G.W.F. Hegel

AMBOS TIENEN EN COMÚN que son en sí y por sí espíritu general, absoluto. Éste es espíritu, pero abarca al mismo tiempo la naturaleza en sí; él es él mismo y el concebir en sí de la misma. No es idéntico a ella en el sentido superficial de lo químicamente neutral, sino idéntico a ella (la naturaleza) en sí mismo o uno consigo mismo en ella.

Está en tal identidad con la naturaleza, que ella, su negativo, lo real (*reelle*), es supuesta solamente como ideal. Esto es el idealismo del espíritu.

La filosofía y la religión refieren no a una universalidad exterior, sino a la universalidad absoluta del espíritu, que lo penetra todo y en todo está presente. Nosotros debemos concebir como libre al espíritu y su libertad significa que el espíritu es por sí y se percibe a sí mismo. Su naturaleza es trascender sobre lo otro y en ello encontrarse a sí mismo, reunirse consigo mismo en lo otro, poseerse y complacerse en lo otro.

De aquí resultará ahora la relación del espíritu (divino) con el humano. Si se representa todavía la individualidad tan

áspera, tan aisladamente, entonces se debe abstraer, sin embargo, de este atomismo.

El espíritu, representado en su verdad, es solamente lo que se percibe a sí mismo. La diferencia de lo particular y de lo universal se ha de expresar de manera que el espíritu subjetivo, singular, es el espíritu universal divino en tanto que éste es percibido, en tanto que éste se manifiesta en cada sujeto, en cada hombre. El espíritu que percibe al espíritu absoluto es así el espíritu objetivo.

El hombre debe seguir una religión. ¿Cuál es el fundamento de su creencia? ¡El testimonio del espíritu del contenido de la religión! También esto se ha expresado explícitamente en la religión cristiana; Cristo mismo echó en cara a los fariseos la fe en los milagros; el creyente es solamente el que da testimonio del espíritu.

Determinemos con más atención lo que es el testimonio del espíritu; entonces tendremos que decir que solamente el espíritu percibe al espíritu.

Los milagros, etc., son solamente un vislumbre del espíritu; el milagro es lo otro de la naturaleza, es una interrupción del curso de la naturaleza. Pero es únicamente el espíritu lo que se constituye en la interrupción absoluta del decurso natural, el genuino milagro que se afirma verdaderamente ante la naturaleza.

El espíritu, por lo tanto, sólo se percibe a sí mismo. En lugar de Dios, podemos hablar de un espíritu universal divino, puesto que Él es ahora ese espíritu universal. La universalidad del espíritu no debe ser concebida como simple continuidad, sino como lo penetrante en sentido de la unidad, en la determinación de sí mismo y en la determinación de lo otro.

Ésta es la verdadera universalidad. El espíritu universal es: a) universal; b) es objeto para sí mismo; y de ésta manera el espíritu se determina, deviene un espíritu particular. Expresado de manera vulgar, entonces, el espíritu tiene dos componentes: lo universal y lo particular; la universalidad verdadera no existe solamente en lo uno, en lo que se contrapone a lo otro, sino que está en los dos momentos; pero de manera que lo uno trascienda sobre lo otro, lo penetre, se alcance a sí mismo en lo otro.

Lo otro es su otro, y su otro y él mismo existen en lo uno. En el percibir de sí existe una dualidad, ya que el espíritu se percibe a sí mismo, es decir, él es tanto lo que se percibe como lo percibido; pero el espíritu es esto solamente como una unidad de aquello que percibe y de aquello que es percibido.

El espíritu divino percibido es el objetivo, pero el perceptor es el espíritu subjetivo. El espíritu divino no consiste solamente en la pasividad del ser percibido; en su movimiento esta pasividad puede ser solamente un momento, ser solamente momentánea. El espíritu divino es la cancelación de esta diferencia del espíritu subjetivo activo y del espíritu objetivo pasivo. El espíritu divino es la única unidad sustancial, es la actividad misma del autopercibirse. El subjetivo que percibe al espíritu divino, es mismamente este espíritu divino. Ésta es la verdadera determinación fundamental del proceder del espíritu para consigo mismo.

Desde esta concepción tendremos, por lo tanto, sólo formas diferentes de este percibir. La fe será entonces el espíritu divino percibido universal y sustancialmente. Además, para la fe el espíritu divino no es lo que enseña la doctrina de la Iglesia.

El espíritu divino no es en sí, sino que él está presente en el espíritu del hombre, en el espíritu de aquéllos que pertenecen a su comunión; y entonces es el espíritu individual percibe el espíritu divino, esto es, percibe la esencia de su espíritu, su esencia, lo sustancial de sí; y esta esencia es precisamente lo universal, lo permanente en sí y por sí.

Ésta no es una fe histórica, una fe en cosas históricas, sino que es la fe de la Iglesia evangélica, es la fe luterana del espíritu mismo, de la conciencia y el percibir lo sustancial del espíritu. Una moderna doctrina de la fe sostiene que si yo creo o sé inmediatamente que poseo un cuerpo, entonces tengo fe en algo determinado y producido en nosotros de modo inmediato y se encuentra contenido en nuestra conciencia.

Pero esto sólo refiere a la fe en un sentido externo. El sentido interior (religioso) de la fe, consiste en este saber del espíritu absoluto; y este saber tal como existe en el espíritu humano, tal como existe de inmediato y, por consiguiente, en la certeza inmediata. Este saber es solamente un testimonio de su espíritu; y esta es la raíz profunda de la identidad del espíritu en general.

El espíritu se produce, se manifiesta a sí mismo, y da testimonio de sí mismo, de su unidad consigo; y posee también la conciencia de sí mismo, la conciencia de su unidad con su objeto al ser él mismo su objeto. Si después surge la conciencia de esta objeto y se desarrolla, se configura, entonces este contenido puede aparecer como la dado por la sensación (sentimiento), como sensiblemente representado, como procedente del exterior; así aparece en la mitología la forma histórica del origen. Ésta es la forma externa. Pero a la fe pertenece el testimonio del espíritu. El contenido puede, sin duda, haber llegado, haberse percibido, haberse dado del

exterior; pero el espíritu tiene que dar testimonio de él. Éste percibir de sí mismo es lo que se llama fe.

Pero no es una fe simple, meramente histórica, como la de la antigua Iglesia; sino que nosotros, los luteranos, creemos mejor. En la fe nos conducimos con el espíritu divino como con nosotros mismos. En esta fe existe solamente una diferencia de forma, pero que se asume a sí misma; o antes bien, la fe es el eterno asumir (cancelar) de la mismo (de la diferencia misma); en cuanto al contenido, no existe allí ninguna diferencia, ninguna división.

Este comportamiento del espíritu para consigo mismo no es, por eso, la unidad original, abstracta, la sustancia de Spinoza, lo sustancial objetivo, sino que es la sustancia cognoscente, individual, la autoconciencia, que se conoce en el espíritu divino y allí se hace infinita. Ésta es la determinación que hemos de poner por fundamento al comportamiento del espíritu consigo mismo en la religión.

Tenemos que desdeñar la pretendida humildad que sugiere la imposibilidad de llegar a tener algún tipo de conocimiento acerca de Dios. Conocer a Dios es, justamente, el único fin de la religión. Si nosotros tenemos obligación de tener religión, tenemos que tenerla en espíritu, es decir, conocer. El hombre natural, ignorante, no tiene religión porque él no "percibe nada del espíritu de Dios".

El contenido de la religión está dado por el testimonio del espíritu, y ese testimonio de su contenido es la religión misma. Éste es un testimonio que da fe. Este atestiguar es, al mismo tiempo, un mostrar y un manifestar del espíritu, puesto que el espíritu existe solamente en tanto se produce, mostrándose y dando testimonio de sí.

En su testimonio se produce a sí mismo. Ésta es la idea fundamental. El resto es entonces que este testimonio del espíritu en su íntima autoconciencia, su movimiento en sí, la vida en la interioridad de su devoción, una única, oculta conciencia en sí, una conciencia en la que no se ha alcanzado la propia conciencia y, además, no se ha llegado a la objetividad, porque aún no está puesta la determinación, la división (separación) de sujeto y objeto.

Por consiguiente, lo que queda es que este espíritu recogido en sí se decide, se distingue de sí, se convierte en objeto, en cosa.

Expresado en la representación: Dios es espíritu o amor (esto es, uno); es decir, Dios se enajena (se aliena) a sí mismo, se comunica, se entrega a lo otro. Y aquí sobrevienen de repente todas las apariencias del ser dado, del haber percibido, etc., que se presentan también en la mitología. Aquí tiene su puesto todo lo histórico y lo que se llama positivo en la religión.

Por lo que concierne directamente al Cristianismo, sabemos que Cristo llegó al mundo hace unos dos mil años. Sin embargo, él dijo: “Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”, “Donde dos o tres se junten, allí estaré yo con ustedes”, si bien no de manera sensible, como persona; y si yo no estuviera con “ustedes, el espíritu los ha de conducir a la verdad”.

Para explicar lo dicho debe, antes que nada, anularse esa relación de exterioridad, que no es la verdadera. Por un lado, hay una conciencia representativa, donde el contenido es objetivo y está afuera, separado de nosotros. Lo otro es la devoción, el culto, el sentimiento de unidad con este objeto. Existe en eso una vacilación; pronto la exterioridad es más fuerte, pronto aparece la devoción.

Una vez ha venido el Cristo inmanente a Palestina, hace unos dos mil años; pero solamente como persona histórica ha estado en este país, en este medio ambiente; pero de nuevo, en la oración, en el culto, es preponderante el sentimiento de su actualidad. Por consiguiente, aquí en la religión, se encuentra aún una contradicción.

Debemos distinguir aquí dos estadios. El primero es el de la oración y el culto, como el caso en el que se recibe la sagrada Eucaristía, la Comunión, donde el Cristo está inmediatamente presente. Éste es el percibir del espíritu divino, el espíritu viviente, el cual tiene su conciencia de sí y su realidad en la comunidad.

Jesús y el reino de Dios
(fragmentos)

E. Renan

XVII

S**UPONGAMOS QUE ESTA ÚLTIMA** fase de la actividad de Jesús duró aproximadamente dieciocho meses, desde su regreso de la peregrinación de la Pascua del año 31 hasta su viaje con ocasión de la fiesta de los Tabernáculos del año 32 *(Jn 5 1)*.

En este espacio de tiempo, el pensamiento de Jesús no se enriqueció con ningún elemento nuevo; pero todo cuanto estaba en Él se desarrolló y se produjo con un grado siempre creciente de poder y de audacia.

La idea fundamental de Jesús desde el primer día fue el establecimiento del reino de Dios. Pero tal como ya hemos dicho, este reino de Dios, Jesús parece haberlo entendido en muy diversos sentidos. En algunos momentos se le tomaría por un jefe democrático que desea simplemente el reinado de los pobres y los desheredados. Otras veces, el reino de Dios es el cumplimiento literal de las visiones apocalípticas relativas al Mesías. Otras, en fin, el reino de Dios es el reino de las almas y la liberación próxima es la liberación por el espíritu. La revolución deseada por Jesús es, en tal caso, la que ha tenido lugar en realidad, el establecimiento de un nuevo culto, más puro que el de Moisés.

Todos estos pensamientos parecen haber existido a la vez en la conciencia de Jesús. Sin embargo, el primero, el de una revolución temporal, no parece haberle detenido mucho.

Jesús nunca consideró la tierra ni las riquezas de la tierra, ni el poder material como merecedores de su atención. No tuvo ambición exterior alguna. Algunas veces, por una consecuencia natural, su gran importancia religiosa estaba a punto de cambiarse en importancia social. Las gentes venían a pedirle que actuara de juez o árbitro en asuntos de intereses. Jesús rechazaba orgullosamente estas proposiciones, casi como si se tratase de injurias *(Lc 12 13-14)*.

Ocupado por sus ideas celestiales nunca salió de su desdeñosa pobreza. En cuanto a las otras dos concepciones del reino de Dios, Jesús parece haberlas condenado siempre simultáneamente. Si no hubiese sido más que un entusiasta, obsesionado por las ideas apocalípticas de que se alimentaba la imaginación popular, hubiese quedado como un oscuro sectario, inferior a aquellos cuyas ideas seguía. Si no hubiese sido más que un puritano, una especie de Channing o de *Vicario saboyano*, indudablemente no hubiera obtenido ningún éxito. Las dos partes de su sistema, o, mejor dicho, sus dos concepciones del reino de Dios, se han apoyado entre sí, y este apoyo recíproco ha contribuido a su éxito incomparable. Los primeros cristianos son visionarios que se agitan en un círculo de ideas que calificaríamos de delirantes, pero al mismo tiempo son los héroes de la guerra social que ha desembocado en la emancipación de la conciencia y en el establecimiento de una religión de la que acabará, tarde o temprano, por salir el culto puro anunciado por el fundador.
Las ideas apocalípticas de Jesús en su forma más completa pueden resumirse así:

El orden actual de la humanidad toca a su fin. Este fin será una inmensa revolución, «una angustia» parecida a los

dolores del alumbramiento; una *palingenesia* o «renacimiento» (según la expresión del mismo Jesús) *(Mt 19 28)*, precedida de sombrías calamidades y anunciada por extraños fenómenos *(Mt 24 3)*. En el gran día brillará en el cielo la señal del Hijo del hombre; será una visión clamorosa y luminosa como la del Sinaí, una gran tempestad desgarrando las nubes, una flecha de fuego saltando, en un abrir y cerrar de ojos, de Oriente a Occidente. El Mesías llegará sobre las nubes *(Dn 7 13)*, cubierto de gloria y de majestad, al son de las trompetas, rodeado de ángeles. Los discípulos estarán sentados sobre tronos junto a Él. Los muertos resucitarán entonces y el Mesías procederá al juicio *(Mt 16 27.)*

En ese juicio los hombres serán distribuidos en dos categorías, según sus obras *(Mt 13 38)*. Los ángeles serán los ejecutores de la sentencia *(Mt 13 39, 41-49)*. Los elegidos entrarán en una morada deliciosa que les ha sido preparada desde el comienzo del mundo *(Mt 25 34)*; allí se sentarán, vestidos de luz, en un festín presidido por Abraham *(Mt 8 11)*, los patriarcas y los profetas. Esta será la minoría *(Lc 13 23)*. Los demás irán a la Gehena. La Gehena era el valle occidental de Jerusalén. En diferentes épocas se había practicado en él el culto del fuego, y el lugar había llegado a ser una especie de cloaca. La Gehena es, pues, en el pensamiento de Jesús, un valle tenebroso, obsceno, una sima subterránea llena de fuego *(Cfr. Talm, de Babilonia)*. Los excluídos del reino se abrasarán en él y serán comidos por los gusanos, en compañía de Satán y de sus ángeles rebeldes *(Mt 25 41)*. Se escucharán los gemidos y el rechinar de dientes *(Mt 5 22)*. El reino de Dios será como una sala cerrada, luminosa en su interior, en medio de ese mundo de tinieblas y de tormentos *(Mt 7 12)*.

Este nuevo orden de cosas será eterno. El paraíso y la Gehena no tendrán fin. Un abismo infranqueable separará a uno y

otra *(Lc 16 28)*. El Hijo del hombre, sentando a la diestra de Dios, presidirá este estado definitivo del mundo y de la humanidad *(Mc 3 29)*. Todo esto fue tomado al pie de la letra por los discípulos y por el propio Maestro en ciertos momentos, según se desprende de los escritos de la época con una evidencia absoluta. Si existe una creencia profunda y constante en la primera generación cristiana, esta creencia es que el mundo está a punto de acabar *(Lc 8 8)* y que la gran «revelación» *(Lc 17 30)* de Cristo va a tener lugar muy pronto. Aquella proclamación: «¡El tiempo está cerca!» *(Apoc 1 3)* que abre y cierra el Apocalipsis, aquella llamada repetida sin cesar: «¡Que aquel que tenga oídos escuche!» *(Mt 11 15; Mc 4 9)* son los gritos de esperanza y de reunión de toda la era apostólica. La expresión siríaca *Maran atha*, «¡Nuestro Señor llega!» *(I Cor 16 22)*, llegó a ser una especie de santo y seña que los creyentes se cruzaban entre sí para fortalecerse en su fe y en sus esperanzas. El Apocalipsis, escrito en el año 68 de nuestra era *(Apoc 17)*, fija el fin del mundo en un plazo de tres años y medio *(Apoc 11 2-3)*. La Ascensión de Isaías *(Comp. Cedrenus p.68)*, adopta un cálculo muy parecido a éste.

Jesús no llegó nunca a semejante precisión. Cuando se le preguntaba sobre la fecha de su advenimiento se negaba siempre a responder; incluso declara una vez que la fecha de ese gran día sólo la conoce el Padre, que no la ha revelado ni a los ángeles ni al Hijo *(Mt 24 36)*. Decía que el momento en que se acechaba el reino de Dios con una curiosidad inquieta era precisamente aquel momento en que no vendría (*Lc 17 20)*. Repetía sin cesar que sería una sorpresa, como en los tiempos de Noé y de Loth; que había que estar a la espera, siempre dispuestos a partir; que cada uno debía velar y tener su lámpara encendida, como para un cortejo de bodas que llega de improviso *(Mc 13 32)*; que el Hijo del hombre vendría del mismo modo que un ladrón, en el momento en que no se le aguarda *(Lc 12 40)*; que aparecería como un relámpago, corriendo de un extremo al otro del horizonte *(Lc 17 24)*. Pero

sus declaraciones sobre la proximidad de la catástrofe no dejan lugar a ningún equívoco *(Mt 10 23)*. «La generación presente – decía – no pasará sin que todo esto se cumpla. Algunos de los que están aquí presentes no conocerán la muerte sin haber visto llegar el reinado del Hijo del hombre» *(Mt 16 28; Mc 8 39)*. Reprocha a quienes no creen en Él que no sepan leer los pronósticos del reino futuro. «Cuando véis el rojo del atardecer – decía – prevéis que hará buen tiempo; cuando véis el rojo del amanecer anunciáis la tempestad. ¿Cómo vosotros, que entendéis la faz del cielo, no sabéis reconocer los signos del tiempo venidero?» *(Mt 16 2-4; Lc 12 54-56)*.

Por culpa de un espejismo común a todos los grandes reformadores, Jesús imaginaba el fin mucho más próximo de lo que en realidad estaba; no tenía en cuenta la lentitud de los movimientos de la humanidad; creía poder realizar en un día lo que mil ochocientos años más tarde no iba a estar todavía terminado.

Aquellas declaraciones, tan terminantes, obsesionaron a la familia cristiana durante cerca de setenta años. Se pensaba que algunos de sus discípulos verían el día de la revelación final antes de morir. Juan, especialmente, era incluido entre ellos *(Jn 21 22-23)*. Algunos creían que no moriría nunca. Posiblemente fue ésta una idea tardía producida hacia fines del siglo primero por la avanzada edad a que Juan parece haber llegado, al haber dado esta edad ocasión de creer que Dios quería conservarle indefinidamente hasta el gran día, con objeto de que realizara la palabra de Jesús. Cuando Juan murió, a su vez la fe de algunos quedó quebrantada, y sus discípulos dieron a la predicación de Cristo un sentido más atenuado *(Jn 21)*.

Al mismo tiempo que Jesús admitía plenamente las creencias apocalípticas, tal como se encuentran en los libros apócrifos

judíos, admitía el dogma, que es el complemento de ellas, o más bien su condición, la resurrección de los muertos. Esta doctrina, como hemos dicho ya *(2 Mac 7 9, 14)*, era todavía bastante nueva en Israel; infinidad de personas la desconocía o no creía en ella *(Mc 11 9; Lc 22 30)*. Era dogma de fe para los fariseos y para los fervientes adeptos de las creencias mesiánicas *(Dn 12 2; Hch 23 6, 8)*. Jesús la aceptó sin reservas, pero siempre en el sentido más idealista. Algunos imaginaban que en el mundo de los resucitados se comería, se bebería y se celebrarían matrimonios. Jesús admite indudablemente en su reino una nueva pascua, una mesa con vino nuevo *(Mt 26 29; Lc 22 30)*; pero excluye el matrimonio de un modo explícito. Los saduceos tenían a este respecto un argumento burdo en apariencia, pero en el fondo bastante conforme con la vieja teología. Se recordaba que, según los antiguos sabios, el hombre sobreviviría sólo en sus hijos. El código mosaico había consagrado esta teoría patriarcal gracias a una extravagante institución: el levirat. Los saduceos extraían de ella sutiles consecuencias en contra de la resurrección. Jesús la evitaba declarando terminantemente que en la vida eterna no existiría ninguna diferencia de sexo y que el hombre sería semejante a los ángeles *(Lc 34 38)*. Algunas veces parece prometer la resurrección sólo a los justos *(Lc 14 14)*, consintiendo el castigo de los impíos en morir eternamente y en permanecer en la nada *(Esd 9 22)*. Con más frecuencia, sin embargo, Jesús quiere que la resurrección se aplique a los malos para su eterna confusión *(Mt 25 32)*.

Como se ve, nada de todas estas teorías era absolutamente nuevo. Los Evangelios y los escritos de los apóstoles contienen, en cuanto a doctrinas apocalípticas, poco más de lo que se encuentra ya en Daniel, Enoch, los Oráculos sibilinos o la Asunción de Moisés, que son de origen judío. Jesús aceptó estas ideas generalmente extendidas entre sus contemporáneos. Hizo de ellas el punto de apoyo de su acción, o, mejor dicho, uno de sus puntos de apoyo; porque

tenía una idea demasiado profunda de su auténtica obra para establecerla únicamente sobre principios tan frágiles, tan expuestos a recibir de los hechos una fulminante refutación.

Es evidente, en efecto, que semejante doctrina, tomada al pie de la letra, no tenía ningún porvenir. Si el mundo se obstinaba en durar, pondría de manifiesto sus deficiencias. Como mucho, le estaba reservada una generación. La fe de la primera generación cristiana se explica; pero la fe de la segunda generación ya no se explica. Después de la muerte de Juan, o del último superviviente, cualquiera que fuese, del grupo que había conocido al Maestro, la palabra de éste se miraba como mentira *(2 Pe 3 8)*. Si la doctrina de Jesús no hubiese sido más que la creencia en un próximo fin del mundo, hoy dormiría seguramente en el olvido. ¿Qué es, pues, lo que la ha salvado? La gran amplitud de las concepciones evangélicas, que ha permitido reconocer bajo el mismo símbolo ideas adecuadas a estados intelectuales muy diversos. El mundo no ha terminado, como había anunciado Jesús, como creían sus discípulos. Pero ha sido renovado y, en cierto modo, renovado como quería Jesús. Su pensamiento ha sido fecundo, porque tenía dos caras. Su quimera no ha corrido la suerte de tantas otras que han atravesado el espíritu humano, porque contenía un germen de vida que, introducido gracias a una apariencia fabulosa en el seno de la humanidad, ha producido a ésta frutos eternos.

Y no se diga que es ésta una interpretación benévola inventada para lavar el honor de nuestro gran Maestro del cruel mentís infligido a sus sueños por la realidad. No, no. Aquel verdadero reino de Dios, aquel verdadero reino del espíritu, que hace a cada uno rey y sacerdote; aquel reino que, como el grano de mostaza, ha llegado a engendrar un árbol que da sombra al mundo y bajo cuyas ramas los pájaros hacen su nido, Jesús lo ha comprendido, lo ha querido, lo ha

fundado. Junto a la idea falsa, fría, imposible, de un advenimiento de teatro, Jesús ha concebido la auténtica ciudad de Dios, la verdadera «*palingenesia*», el Sermón de la Montaña, la apoteosis del débil, el amor del pueblo, la predilección por el pobre, la rehabilitación de todo cuanto es auténtico y sencillo. Esta rehabilitación la ha llevado a cabo como un artista incomparable, con rasgos que durarán eternamente.

Cada uno de nosotros le es deudor de cuanto tiene de mejor en sí mismo. Perdonémosle su esperanza en un vano apocalipsis, en una venida triunfal sobre las nubes del cielo. Posiblemente era éste un error de los demás antes que suyo, y, si es cierto que ha compartido la ilusión de todos, qué importa, puesto que su sueño le ha hecho fuerte contra la muerte y le ha apoyado en una lucha que posiblemente hubiera sido desigual si ese sueño no le hubiese acompañado.

Es preciso, pues, sostener varios sentidos a la ciudad divina concebida por Jesús. Si su único pensamiento hubiera sido que el fin de los tiempos estaba próximo y que había que prepararse para él, no hubiera ido más allá de Juan Bautista. Renunciar a un mundo a punto de hundirse, apartarse poco a poco de la vida presente, aspirar al reino que va a venir, tal hubiera sido la última palabra de su predicación.

La enseñanza de Jesús tuvo siempre un alcance mucho mayor. Jesús se propuso crear un nuevo estado de la humanidad y no solamente preparar el fin del existente. Si Elías o Jeremías hubieran reaparecido para preparar a los hombres a las crisis supremas no hubieran predicado como Él. Esto es tan cierto, que aquella pretendida moral de los últimos días se ha reconocido como la moral eterna, como la que ha salvado a la humanidad. El mismo Jesús se sirve en muchos casos de formas de hablar que no encajan del todo en la teoría apocalíptica. Declara frecuentemente que el reino

de Dios ha comenzado ya, que todo hombre lo lleva en sí mismo y puede, si es digno, gozar de él, que ese reino lo crea cada uno sin bullicio, gracias a la verdadera conversión del corazón *(Mt 6 10, 33; Mc 12 34; Lc 11 2; 12 31; 17 20-21)*.

El reino de Dios no es en tal caso sino el bien *(Mc 12 34)*, un orden de cosas mejor que el existente, el reino de la justicia que el fiel, según su medida, debe contribuir a fundar, o incluso la libertad del alma, algo parecido a la «redención» búdica, fruto del desprendimiento. Aquellas verdades, que son para nosotros puramente abstractas, eran para Jesús realidades vivientes. Todo es en su pensamiento concreto y sustancial: Jesús es el hombre que más enérgicamente ha creído en la realidad de lo ideal.

Al aceptar las utopías de su tiempo y de su raza, Jesús supo, pues, crear sublimes verdades gracias a fecundos malentendidos.

Su reino de Dios era, sin duda, el apocalipsis que muy pronto iba a desarrollarse en el cielo. Pero era también, y era probablemente, sobre todo, el reino del alma, creado por la libertad y por el sentimiento filial que el hombre virtuoso profesa en el seno de su Padre. Era la religión pura, sin prácticas, sin templo, sin sacerdote; era el juicio moral del mundo otorgado a la conciencia del hombre justo y al brazo del pueblo. Es esto lo que estaba hecho para perdurar, es esto lo que ha perdurado.

Cuando al cabo de un siglo de vana espera la esperanza materialista en un próximo fin del mundo se hubo agotado, se abrió paso el verdadero reino de Dios. Se arroja un velo de complacientes explicaciones sobre el reino real que no quiere venir. Los espíritus obstinados que, como Papías, se atienen al pie de la letra a las palabras de Jesús, son tachados de hombres estrechos y atrasados *(Eusebio Hist. Eccles.3 39)*. El

Apocalipsis de Juan, el primer libro propiamente dicho del Nuevo Testamento *(Justino Dial. cum Tryph 81)*, está demasiado explícitamente impregnado por la idea de una catástrofe inmediata: es relegado a un segundo plano, tenido por ininteligible, violentado de mil maneras y casi rechazado *(Eusebio op.cit III 25, 28, 39)*. Al menos se aplaza el cumplimiento de esa catástrofe hasta un futuro indefinido.

Algunos atrasados que conservan aún, en plena época reflexiva, las esperanzas de los primeros discípulos, se convierten en herejes (ebionistas, milenarios) perdidos en los bajos fondos del Cristianismo. La humanidad había pasado a otro reino de Dios. La parte de verdad contenido en el pensamiento de Jesús había triunfado sobre la quimera que la ofuscaba.

No despreciemos, sin embargo, aquella quimera que ha sido la tosca corteza de ese bulbo sagrado del que nosotros vivimos. Aquel fantástico reino de los cielos, aquella búsqueda incesante de una ciudad de Dios que siempre ha preocupado al Cristianismo en su larga carrera, ha sido el germen del gran instinto de porvenir que ha animado a todos los reformadores, discípulos obstinados del Apocalipsis, desde Joaquín de Flora hasta el sectario protestante de nuestros días.

Aquel esfuerzo impotente para fundar una sociedad perfecta ha sido el origen de la tensión extraordinaria que ha hecho siempre del verdadero cristiano un atleta en lucha contra el presente. La idea del «reino de Dios» y el Apocalipsis, que es la perfecta imagen de aquélla, son así, en cierto sentido, la expresión más elevada y más poética del progreso humano. Cierto que de ella debían nacer también grandes aberraciones. Suspendido como una amenaza permanente por encima de la humanidad, el fin del mundo, por culpa de los periódicos terrores que causó durante siglos, perjudicó

mucho a todo crecimiento profano *(G. Tours Hist. eccl. de Francs, prólogo)*. Al no estar ya segura de su existencia, la sociedad contrajo una especie de estremecimiento y aquellos hábitos de baja humildad que hacen la Edad Media tan inferior a los tiempos antiguos y a los tiempos modernos.

Por otra parte, se había operado un profundo cambio en la forma de mirar la venida de Cristo. La primera vez que se anunció a la humanidad que su planeta iba a desaparecer, experimentó, como el niño que acoge la muerte con una sonrisa, el más vivo acceso de júbilo que hubiera sentido nunca. Al envejecer, el mundo se había aferrado a la vida. El día de gracia, esperado durante tanto tiempo por las almas puras de Galilea, se había convertido para esos siglos de hierro en un día de cólera: *¡Dies irae, dies illa!* Pero en el seno mismo de la barbarie, la idea del reino de Dios conservó su fecundidad.

Algunos de los actos de la primera mitad de la Edad Media, que comienzan con la fórmula «En las proximidades del anochecer del mundo», son cartas de emancipación. Pese a la Iglesia feudal, a las sectas, a las órdenes religiosas, algunos santos personajes continuaron protestando en nombre del Evangelio contra la iniquidad del mundo. Incluso en nuestros días, días confusos en los que Jesús no tiene más auténticos continuadores que aquellos que parecen repudiarle los sueños de organización ideal de la sociedad, que tanta analogía guardan con las aspiraciones de las sectas cristianas primitivas, no son, en cierto sentido, sino el florecimiento de la misma idea, una de las ramas de ese árbol inmenso donde germina toda idea sobre el futuro, y del que el «reino de Dios» será eternamente el tronco y la raíz.

Todas las revoluciones sociales de la humanidad estarán injertadas en aquellas palabras. Pero impregnadas de un burdo materialismo, aspirando a lo imposible, es decir, a

basar la felicidad universal en medidas políticas y económicas, las tentativas «socialistas» de nuestro tiempo continuarán siendo infecundas hasta que tomen como regla el verdadero espíritu de Jesús, es decir, el idealismo absoluto, el principio de que para poseer la tierra hay que renunciar a ella.

La palabra «reino de Dios» expresa, por otra parte, con una rara fortuna la necesidad que experimenta el alma de un destino suplementario, de una compensación a la vida actual.

Aquellos que no quieren concebir al hombre como un compuesto de dos sustancias y encuentran el dogma deísta de la inmortalidad del alma en contradicción con la fisiología, gustan de descansar en la esperanza de una reparación final que, bajo una forma desconocida, satisfará las necesidades del corazón humano. ¡Quién sabe si el último término del progreso, dentro de millones de siglos, no traerá consigo la conciencia absoluta del universo, y, en esta conciencia, el despertar de todo lo que ha vivido!.

Un sueño de un millón de años no es más largo que un sueño de una hora. En esta hipótesis, San Pablo habría tenido aún razón al decir: *Inictu oculi (1 Cr 15 52)*. Es indudable que la humanidad moral y virtuosa conocerá su revancha, que un día el sentimiento del honrado pobre hombre juzgará al mundo y que en ese día la figura ideal de Jesús producirá la confusión del hombre frío, el que no ha creído en la virtud, del hombre egoísta que no ha sabido alcanzarla.

La palabra predilecta de Jesús continúa conservando, pues, toda su eterna belleza. Una especie de grandiosa adivinación parace haber guiado en esto al incomparable Maestro y haberle mantenido en una sublime vaguedad que abraza a la vez diversos órdenes de verdades.

CAP. XIX
PROGRESIÓN CRECIENTE DE ENTUSIASMO Y EXALTACIÓN

Es evidente que semejante sociedad religiosa, basada únicamente en la espera del reino de Dios, debía ser en sí misma muy incompleta. La primera generación cristiana vivió completamente de esperanza y de sueños. En vísperas del fin del mundo se consideraba inútil todo cuanto servía tan sólo para la continuación del mundo. El apego a la propiedad se consideraba como una imperfección *(Mt 19 21; Lc 14 33)*. Todo cuanto ata al hombre a la tierra, todo cuanto le aparta del cielo, debía desaparecer. Aunque varios discípulos estuviesen casados, desde el momento en que se entraba en la secta no se contraían, al parecer, más matrimonios *(Mt 19 10; Lc 18 29)*. El celibato gozaba de gran predilección *(Apoc 14 4)*. En una ocasión, el Maestro parece aprobar a los que se mutilen con vistas al reino de Dios *(Mt 19 12)*. En esto era consecuente con su principio: «Si tu mano o tu pie son para ti ocasión de pecado, córtalos y arrójalos lejos de ti, porque vale más que entres cojo o manco en la vida eterna que ser arrojado con tus dos pies y tus dos manos en la Gehena. Si tu ojo es para ti ocasión de pecado, arráncale y arrójale lejos de ti, porque más vale entrar tuerto en la vida eterna que conservar los dos ojos y ser arrojado a la gehena» *(Mt 18 8-9)*. El cese de la procreación fue considerado frecuentemente como señal y condición del reino de Dios *(Mt 22 30; Mc 12 25)*.

Según se advierte, aquella Iglesia primitiva no hubiese formado nunca una sociedad perdurable sin la gran variedad de gérmenes depositados por Jesús en sus enseñanzas. Será necesario aún más de un siglo para que la verdadera Iglesia cristiana, la que ha convertido al mundo, se desligue de esta pequeña secta de los «santos del último día» y llegue a constituir un movimiento aplicable a toda la sociedad

humana. Lo mismo ocurrió por lo demás con el budismo, que en un principio no fue fundado más que por monjes. Lo mismo hubiera sucedido en la Orden de San Francisco si esta Orden hubiese conseguido convertirse, como pretendía, en regla de toda la sociedad humana.

Nacidas en estado de utopías, triunfando gracias a su propia exageración, las grandes fundaciones de que acabamos de hablar no ocuparon el mundo sino después de haberse modificado profundamente y de haberse despojado de sus excesos.

Jesús no sobrepasó aquel período completamente monacal en el que se cree poder intentar impunemente lo imposible. No hizo ninguna concesión a la necesidad. Predicó audazmente la guerra a la naturaleza, la total ruptura con la sangre. «En verdad os digo – decía – que cualquiera que abandone su casa, su mujer, sus hermanos, sus parientes, sus hijos por el reino de Dios, recibirá el céntuplo en este mundo y, en el mundo por venir, la vida eterna» *(Lc 18 29-30)*.

Las instrucciones que, se supone, Jesús ha dado a sus discípulos respiran la misma exaltación *(Mt 10; Mc 6 8; Lc 9 3)*. Él, tan complaciente para los de fuera; Él, que se contenta a veces con semiadhesiones *(Mc 9 38)*, es para los suyos de un rigor extremado. No quería términos medios. Se diría que formaban una «orden» constituida con las reglas más austeras.

Fiel a su pensamiento de que las preocupaciones de la vida confunden al hombre y le rebajan, Jesús exige a sus discípulos un completo despego de la tierra, una entrega absoluta a su obra. No deben llevar consigo ni dinero ni provisiones para el camino, incluso ni alforjas, ni un vestido para cambiarse. Deben practicar la pobreza absoluta, vivir de limosnas y de hospitalidad. «Lo que habéis recibido gratuitamente,

transmitidlo gratuitamente» *(Mt 10 8)*, decía en su bello lenguaje. Si son detenidos, si son trasladados ante los jueces, que no preparen su defensa; el abogado celestial les inspirará lo que deben decir. El Padre les enviará su Espíritu desde el cielo. Este Espíritu será el origen de todos sus actos, el director de sus pensamientos, su guía a través del mundo *(Mt 10 20; Jn 14 16)*. Si son expulsados de una ciudad, que sacudan sobre ella el polvo de su calzado, dándola cuenta, sin embargo, para que no pueda alegar ignorancia, de la proximidad del reino de Dios. «Antes de que hayáis agotado las ciudades de Israel – añadía Jesús –, el Hijo del hombre aparecerá.»

Una extraña exaltación anima todos estos discursos que pueden estar creados, en parte, por el entusiasmo de los discípulos *(Mt 10 38; Mc 8 34; Lc 14 27)*, pero que, incluso en este caso, proceden indirectamente de Jesús, puesto que tal entusiasmo era obra suya.

Jesús anuncia grandes persecuciones y el odio del género humano a aquellos que le quieren seguir. Los envía como corderos en medio de lobos. Serán flagelados en las sinagogas, arrastrados a prisión. El hermano será entregado por su hermano, el hijo por su padre. Cuando se les persiga en un país, que huyan a otro. «El discípulo – decía – no es más que su Maestro, ni el criado más que su amo. Nada temáis de aquellos que quitan la vida del cuerpo y que nada pueden sobre el alma. Se compran dos pájaros por un óbolo y, sin embargo, ni uno de estos pájaros cae sin permiso de vuestro Padre. Los cabellos de vuestra cabeza están contados. Nada tenéis; vosotros valéis más que muchos pájaros» *(Mt 10 24-31; Lc 12 4-7)*. «A todo aquel que me reconozca ante los hombres – añadía –, yo le reconoceré ante mi Padre; pero a todo aquel que se avergüence de mí ante los hombres, yo le negaré ante los ángeles cuando yo venga rodeado de la gloria

de mi Padre, que está en los cielos» *(Mt 10 32-33; Mc 8 38; Lc 9 26)*.

En estos accesos de rigor llegaba hasta suprimir la carne. Sus exigencias ya no tenían límite. Despreciaba los sanos límites de la naturaleza del hombre: quería que no se existiese más que para Él, que sólo se le amase a Él. «Si alguno viene a mí – decía – y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, e incluso a su propia vida, no puede ser mi discípulo» *(Lc 14 26)*. «Si no renuncia a cuanto se posee, no se puede ser mi discípulo» *(Lc 14 33)*.

Algo sobrehumano y extraño se mezclaba entonces a sus palabras; era como un fuego que devorase la vida en su raíz y redujese todo a un espantoso desierto. El sentimiento áspero y triste de aversión hacia el mundo, de irritada abnegación que caracteriza la perfección cristiana tuvo por fundador no al agudo y jovial moralista de los primeros días, sino al gigante sombrío al que una especie de presentimiento grandioso apartaba cada vez más lejos de la humanidad. Se diría que en esos momentos de guerra contra las necesidades más legítimas del corazón había olvidado el placer de vivir, de amar, de ver, de sentir. Sobrepasando toda medida, se atrevía a decir: «Si alguno quiere ser mi discípulo, que renuncie a sí mismo y me siga. Aquel que ama a su padre y a su madre más que a mí, no es digno de mí; aquel que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. Conservar la vida es perderse; sacrificar la vida por mí y por la buena nueva es salvarse. ¿De qué vale a un hombre ganar el mundo entero y perderse a sí mismo?» *(Mt 10 37-39; Mc 8 34-37)*.

Hay dos anécdotas del tipo de las que no se pueden aceptar como historias, pero que tratan de precisar un rasgo de su carácter al exagerarlo y que pintan bien este desafío lanzado a la naturaleza. Jesús dice a un hombre: «Sígueme.» «Señor – le responde el hombre –, deja primero que vaya a enterrar a

mi padre.» Jesús contesta: «Deja a los muertos enterrar a sus muertos; tú ve y anuncia el reino de Dios.» Otro le dice: «Te seguiré, Señor, pero antes permíteme ir a poner en orden los asuntos de mi casa.» Jesús le responde: «Aquel que pone la mano en el arado y mira tras de sí, no está hecho para el reino de Dios» *(Mt 8 21-22; Lc 9 56-62)*. Una seguridad extraordinaria, y a veces acentos de singular dulzura que trastornan todas nuestras ideas, hacían tolerables aquellas exageraciones. «Venid a mí – gritaba – todos los que estáis fatigados y cargados y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vuestras espaldas; aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón y encontraréis la paz de vuestro espíritu, porque mi yugo es dulce y mi peso ligero» *(Mt 11 28-30)*.

De aquella moral exaltada, expresada en un lenguaje hiperbólico y de una espantosa energía, se desprendía un gran peligro para el porvenir. A fuerza de apartar al hombre de la tierra se destruía la vida. Se alabará al cristiano si es mal hijo y mal patriota, si resiste a su padre y combate a su patria por Cristo. La ciudad antigua, la república, madre de todos; el Estado, ley común de todos, se encuentran en contradicción con el reino de Dios. Un germen fatal de teocracia se ha introducido en el mundo. También se puede prever otra consecuencia desde ahora. Trasladada a un Estado en paz y al seno de una sociedad convencida de su propia duración, aquella moral, concebida para una época de crisis, llegaría a parecer imposible.

El Evangelio estaba así destinado a convertirse para los cristianos en una utopía que muy pocos se preocuparían de realizar. Aquellas fulminantes máximas dormirían en un profundo olvido para la mayoría, olvido mantenido por el propio clero; el hombre evangélico será un hombre peligroso. El más interesado, el más orgulloso, el más cruel, el más desnudo de poesía de todos los humanos, un Luis XIV, por ejemplo, encontraría sacerdotes para persuadirle, a

despecho del Evangelio, de que era cristiano. Pero también se podrían encontrar siempre santos que tomaran al pie de la letra las sublimes paradojas de Jesús.

Al estar colocada la perfección fuera de las habituales condiciones de la sociedad, al no poder llevarse una auténtica vida evangélica más que fuera del mundo, quedaba planteado el principio del ascetismo y del estado monacal. Las sociedades cristianas tendrán dos reglas morales: una medianamente heroica para la mayoría de los hombres; otra, exaltada hasta el exceso, para el hombre perfecto; y el hombre perfecto será el monje, sometido a reglas que tienen la pretensión de realizar el ideal evangélico.

Es cierto que este ideal, aunque no fuese más que por la obligación del celibato y de la pobreza, no podía ser de derecho común. De este modo el monje es, en ciertos aspectos, el único cristiano auténtico. El sentido común se rebela ante estos excesos; a su parecer, lo imposible es señal de debilidad y de error. Pero el sentido común es mal juez cuando se trata de grandes cosas. Para obtener menos de la humanidad es necesario pedirla más. El inmenso progreso moral debido al Evangelio procede de sus exageraciones. Por eso ha sido como el estoicismo, pero con una amplitud infinitamente mayor, un argumento viviente de las fuerzas divinas que existen en el hombre, un monumento erigido al poder de la voluntad.

Es fácil imaginar que para Jesús, en el momento a que hemos llegado, todo lo que no era el reino de Dios había desaparecido absolutamente. Estaba, por así decirlo, completamente fuera de la naturaleza: la familia, la amistad, la patria no tenían ya ningún sentido para Él. Sin duda, ya entonces había hecho el sacrificio de su vida. A veces uno se inclina a creer que, viendo en su propia muerte un medio de fundar su reino, concibió deliberadamente el plan de hacerse

matar *(Mt 16 21-23)*. Otras veces (aunque tal idea no haya sido convertida en dogma hasta más tarde), la muerte se presenta para Él como un sacrificio destinado a aplacar a su Padre y a salvar a los hombres *(Mc 10 45)*. Estaba poseído por una afición singular a la persecución y a los suplicios *(Lc 6 22)*. Su sangre le parecía como el agua de un segundo bautismo que debía recibir y parecía dominado por una extraña prisa en ir al encuentro de este bautismo, el único que podía apagar su sed *(Lc 12 50)*.

La grandeza de sus ideas sobre el porvenir era sorprendente en algunos momentos. No se ocultaba la espantosa tempestad que iba a provocar en el mundo. «Quizás creáis – decía, con audacia y belleza – que he venido a traer la paz a la tierra; no, he venido para arrojar la espada. En una casa de cinco personas, tres estarán contra dos, y dos contra tres. He venido a separar al hijo y al padre, a la hija y a la madre, a la nuera y a la suegra. De hoy en adelante, los enemigos de cada uno estarán en su casa» *(Mt 10 34-36; Lc 12 51-58)*. «He venido para traer el fuego a la tierra; ¡tanto mejor si la tierra arde ya!» *(Lc 12 49)*. «Os expulsarán de las sinagogas – añadía – y llegará el día en que se creerá rendir un culto a Dios matándoos *(Jn 16 2)*. Si el mundo os aborreciera, sabed que me ha aborrecido antes que a vosotros. Acordaos de mis palabras: el servidor no es más grande que su amo. Si me persiguieran, también os perseguirían a vosotros» *(Jn 15 18-20)*.

Arrastrado por aquella espantosa progresión de entusiasmo, dominado por las necesidades de una predicación cada vez más exaltada, Jesús no era ya libre; pertenecía a su papel y, en cierto sentido, a la humanidad. Se hubiera dicho algunas veces que su razón se trastornaba. Tenía como angustias y agitaciones interiores *(Jn 12 27)*.

La gran visión del reino de Dios, resplandeciente sin cesar ante sus ojos, le producía vértigo. Hay que recordar que sus allegados le habían creído loco en algunos momentos *(Mc 3 21)*, que sus enemigos declararon que estaba poseído *(Mc 3 22; Jn 7 20)*. Su temperamento, excesivamente apasionado, le llevaba en cada instante fuera de los límites de la naturaleza humana.

Al no ser su obra una obra de razón y al burlarse de todas las reglas del espíritu humano, lo que exigía más imperiosamente era la «fe» *(Mt 8 10; Jn 6 29)*. Ésta era la palabra que con más frecuencia se repetía en el pequeño cenáculo. Ésta es la palabra de todos los movimientos populares. Es evidente que ninguno de estos movimientos se llevaría a cabo si fuese necesario que aquel que los estimula ganase uno tras otro a sus discípulos por medio de correctas demostraciones deducidas lógicamente.

La reflexión no lleva más que a la duda, y si los autores de la Revolución Francesa, por ejemplo, hubiesen debido ser convencidos previamente por reflexiones suficientemente largas, todos hubiesen llegado a la vejez sin hacer nada. Por eso Jesús aspiraba menos a convencer que a seducir. Apremiante, imperativo, no sufría ninguna oposición: había que convertirse, esperaba. Su natural dulzura parecía haberle abandonado; a veces era rudo y extravagante *(Mt 17 7; Mc 3 5; Lc 8 45)*. En ciertos momentos sus discípulos ya no le comprendían y experimentaban ante Él una especie de sentimiento de temor *(Mc 4 40; 5 15; 9 31)*. Su mal humor contra toda resistencia le arrastraba a actos inexplicables y en apariencia absurdos *(Mc 11 12-14)*.

Esto no significa que su virtud decreciese; pero su lucha contra la realidad en nombre de lo ideal llegaba a ser insostenible. Se martirizaba y se rebelaba ante el contacto con la tierra. El obstáculo le irritaba. Su concepto de Hijo de

Dios se confundía y se exageraba. La divinidad tiene sus intermitencias; no se es Hijo de Dios toda la vida y de un modo continuo. Se es en determinados momentos, por iluminaciones súbitas, perdidas en medio de largas oscuridades.

La ley fatal que condena a la idea de decaer cuando trata de convertir a los hombres se aplicaba a Jesús. Al tocarle, los hombres le hacían descender a su nivel. El tono que había adoptado no podía ser sostenido sino algunos meses; era ya tiempo de que la muerte viniese a desanudar una situación tirante hasta el exceso, a apartarle de las imposibilidades de un camino sin salida y a librarle de un sufrimiento demasiado prolongado, a depositarle impecable para siempre en su celestial serenidad.

NATURALEZA DE DIOS

B. Spinoza

HE EXPLICADO LA NATURALEZA DE DIOS y sus propiedades, a saber: que existe necesariamente; que es único; que es y obra en virtud de la sola necesidad de su naturaleza; que es causa libre de todas las cosas, y de qué modo lo es; que todas las cosas son en Dios y dependen de Él, de suerte que sin Él no pueden ser ni concebirse; y, por último, que todas han sido predeterminadas por Dios, no, ciertamente, en virtud de la libertad de su voluntad o por su capricho absoluto, sino en virtud de la naturaleza de Dios, o sea, su infinita potencia, tomada absolutamente.

Además, siempre que he tenido ocasión, he procurado remover los prejuicios que hubieran podido impedir que mis demostraciones se percibiesen bien, pero, como aún quedan no pocos prejuicios que podrían y pueden, en el más alto grado, impedir que los hombres comprendan la concatenación de las cosas en el orden en que la he explicado, he pensado que valía la pena someterlos aquí al examen de la razón.

Todos los prejuicios que intento indicar aquí dependen de uno solo, a saber: el hecho de que los hombres supongan, comúnmente, que todas las cosas de la naturaleza actúan, al igual que ellos mismos, por razón de un fin, e incluso tienen por cierto que Dios mismo dirige todas las cosas hacia un cierto fin, pues dicen que Dios ha hecho todas las cosas con vistas al hombre, y ha creado al hombre para que le rinda

culto. Consideraré, pues, este solo prejuicio, buscando, en primer lugar, la causa por la que le presta su asentimiento la mayoría, y por la que todos son tan propensos, naturalmente, a darle acogida. Después mostraré su falsedad y, finalmente, cómo han surgido de él los prejuicios acerca del bien y el mal, el mérito y el pecado, la alabanza y el vituperio, el orden y la confusión, la belleza y la fealdad, y otros de este género.

Ahora bien: deducir todo ello a partir de la naturaleza del alma humana no es de este lugar.

Aquí me bastará con tomar como fundamento lo que todos deben reconocer, a saber: que todos los hombres nacen ignorantes de las causas de las cosas, y que todos los hombres poseen apetito de buscar lo que les es útil, y de ello son conscientes.

De ahí se sigue, primero, que los hombres se imaginan ser libres, puesto que son conscientes de sus voliciones y de su apetito, y ni soñando piensan en las causas que les disponen a apetecer y querer, porque las ignoran. Se sigue, segundo, que los hombres actúan siempre con vistas a un fin, a saber: con vistas a la utilidad que apetecen, de lo que resulta que sólo anhelan siempre saber las causas finales de las cosas que se llevan a cabo, y, una vez que se han enterado de ellas, se tranquilizan, pues ya no les queda motivo alguno de duda. Si no pueden enterarse de ellas por otra persona, no les queda otra salida que volver sobren sí mismos y reflexionar sobre los fines en vista de los cuales suelen ellos determinarse en casos semejantes, y así juzgan necesariamente de la índole ajena a partir de la propia.

Además, como encuentran, dentro y fuera de sí mismos, no pocos medios que cooperan en gran medida a la consecución de lo que les es útil, como, por ejemplo, los ojos para ver, los dientes para masticar, las hierbas y los animales para

alimentarse, el sol para iluminar, el mar para criar peces, ello hace que consideren todas las cosas de la naturaleza como si fuesen medios para conseguir lo que les es útil.

Y puesto que saben que esos medios han sido encontrados, pero no organizados por ellos, han tenido así un motivo para creer que hay algún otro que ha organizado dichos medios con vistas a que ellos los usen. Pues una vez que han considerado las cosas como medios, no han podido creer que se hayan hecho a sí mismas, sino que han tenido que concluir, basándose en el hecho de que ellos mismos suelen servirse de medios, que hay algún o algunos rectores de la naturaleza, provistos de libertad humana, que les han proporcionado todo y han hecho todas las cosas para que ellos las usen.

Ahora bien: dado que no han tenido nunca noticia de la índole de tales rectores, se han visto obligados a juzgar de ella a partir de la suya, y así han afirmado que los dioses enderezan todas las cosas a la humana utilidad, con el fin de atraer a los hombres y ser tenidos por ellos en el más alto honor; de donde resulta que todos, según su propia índole, hayan excogitado diversos modos de dar culto a Dios, con el fin de que Dios los amara más que a los otros, y dirigiese la naturaleza entera en provecho de su ciego deseo e insaciable avaricia.

Y así, este prejuicio se ha trocado en superstición, echando profundas raíces en las almas, lo que ha sido causa de que todos se hayan esforzado al máximo por entender y explicar las causas finales de todas las cosas. Pero al pretender mostrar que la naturaleza no hace nada en vano (esto es: no hace nada que no sea útil a los hombres), no han mostrado – parece – otra cosa sino que la naturaleza y los dioses deliran lo mismo que los hombres. Os ruego consideréis en qué ha parado el asunto.

En medio de tantas ventajas naturales no han podido dejar de hallar muchas desventajas, como tempestades, terremotos, enfermedades, etc.; entonces han afirmado que ello ocurría porque los dioses estaban airados a causa de las ofensas que los hombres les inferían o a causa de los errores cometidos en el culto. Y aunque la experiencia proclamase cada día, y patentizase con infinitos ejemplos, que los beneficios y las desgracias acaecían indistintamente a piadosos y a impíos, no por ello han desistido de su inveterado prejuicio: situar este hecho entre otras cosas desconocidas, cuya utilidad ignoraban (conservando así su presente e innato estado de ignorancia) les ha sido más fácil que destruir todo aquel edificio y planear otro nuevo. Y de ahí que afirmasen como cosa cierta que los juicios de los dioses superaban con mucho la capacidad humana, afirmación que habría sido, sin duda, la única causa de que la verdad permaneciese eternamente oculta para el género humano, si la Matemática, que versa no sobre los fines, sino sólo sobre las esencias y propiedades de las figuras, no hubiese mostrado a los hombres otra norma de verdad; y, además de la Matemática, pueden también señalarse otras causas (cuya enumeración es aquí superflua) responsables de que los hombres se diesen cuenta de estos vulgares prejuicios y se orientasen hacia el verdadero conocimiento de las cosas.

Con esto he explicado suficientemente lo que prometí en primer lugar.

Mas para mostrar ahora que la naturaleza no tiene fin alguno prefijado, y que todas las causan finales son, sencillamente, ficciones humanas, no harán falta muchas palabras. Creo, en efecto, que ello ya consta suficientemente, tanto en virtud de los fundamentos y causas de donde he mostrado que este prejuicio tomó su origen, cuanto en virtud de la Proposición 16 y los Corolarios de la Proposición 32, y, además, en virtud de todo aquello por lo que he mostrado que las cosas de la

naturaleza acontecen todas con una necesidad eterna y una suprema perfección.

Sin embargo, añadiré aún que esta doctrina acerca del fin trastorna por completo la naturaleza, pues considera como efecto lo que es en realidad causa, y viceversa. Además, convierte en posterior lo que es, por naturaleza, anterior. Y, por último, trueca en imperfectísimo lo que es supremo y perfectísimo. Pues (omitiendo los dos primeros puntos, ya que son manifiestos por sí), según consta en virtud de las Proposiciones 21, 22 y 23, el efecto producido inmediatamente por Dios es el más perfecto, y una cosa es tanto más imperfecta cuantas más causas intermedias necesita para ser producida. Pero, si las cosas inmediatamente producidas por Dios hubieran sido hechas para que Dios alcanzase su fin propio, entonces las últimas, por cuya causa se han hecho las anteriores, serían necesariamente las más excelentes de todas.

Además, esta doctrina priva de perfección a Dios: pues, si Dios actúa con vistas a un fin, es que – necesariamente – apetece algo de lo que carece. Y, aunque los teólogos y los metafísicos distingan entre fin de carencia y fin de asimilación, confiesan, sin embargo, que Dios ha hecho todas las cosas por causa de sí mismo, y no por causa de las cosas que iban a ser creadas, pues, aparte de Dios, no pueden señalar antes de la creación nada en cuya virtud Dios obrase; y así se ven forzados a confesar que Dios carecía de aquellas cosas para cuya consecución quiso disponer los medios, y que las deseaba, como es claro por sí mismo. Y no debe olvidarse aquí que los secuaces de esta doctrina, que han querido exhibir su ingenio señalando fines a las cosas, han introducido, para probar esta doctrina suya, una nueva manera de argumentar, a saber: la reducción, no a lo imposible, sino a la ignorancia, lo que muestra que no había ningún otro medio de probarla. Pues si, por ejemplo, cayese

una piedra desde lo alto sobre la cabeza de alguien, y lo matase, demostrarán que la piedra ha caído para matar a ese hombre, de la manera siguiente: Si no ha caído con dicho fin, queriéndolo Dios, ¿cómo han podido juntarse al azar tantas circunstancias? (y, efectivamente, a menudo concurren muchas a la vez). Acaso responderéis que ello ha sucedido porque el viento soplaba y el hombre pasaba por allí. Pero – insistirán – ¿por qué soplaba entonces el viento? ¿Por qué el hombre pasaba por allí entonces? Si respondéis, de nuevo, que el viento se levantó porque el mar, estando el tiempo aún tranquilo, había empezado a agitarse el día anterior, y que el hombre había sido invitado por un amigo, insistirán de nuevo, a su vez – ya que el preguntar no tiene fin –: ¿y por qué se agitaba el mar?, ¿por qué el hombre fue invitado en aquel momento? Y, de tal suerte, no cesarán de preguntar las causas de las causas, hasta que os refugiéis en la voluntad de Dios, ese asilo de la ignorancia.

Así también, cuando contemplan la fábrica del cuerpo humano, quedan estupefactos, y concluyen, puesto que ignoran las causas de algo tan bien hecho, que es obra no mecánica, sino divina o sobrenatural, y constituida de modo tal que ninguna parte perjudica a otra. Y de aquí proviene que quien investiga las verdaderas causas de los milagros, y procura, tocante a las cosas naturales, entenderlas como sabio, y no admirarlas como necio, sea considerado hereje e impío, y proclamado tal por aquellos a quien el vulgo adora como intérpretes de la naturaleza y de los dioses. Porque ellos saben que, suprimida la ignorancia, se suprime, la estúpida admiración, esto es, se les quita el único medio que tienen de argumentar y de preservar su autoridad. Pero voy a dejar este asunto, y pasar al que he decidido tratar aquí en tercer lugar.

Una vez que los hombres se han persuadido de que todo lo que ocurre ocurre por causa de ellos, han debido juzgar como

lo principal en toda cosa aquello que les resultaba más útil, y estimar como las más excelentes de todas aquellas cosas que les afectaban del mejor modo. De donde han debido formar nociones, con las que intentan explicar la naturaleza de las cosas, tales como Bien, Mal, Orden, Confusión, Calor, Frío, Belleza y Fealdad; y, dado que se consideran a sí mismos como libres, de ahí han salido nociones tales como Alabanza, Vituperio, Pecado y Mérito; estas últimas las explicaré más adelante, después que trate de la naturaleza humana; a las primeras me referiré ahora brevemente.

Han llamado Bien a todo lo que se encamina a la salud y al culto de Dios, y Mal a lo contrario de esas cosas. Y como aquellos que no entienden la naturaleza de las cosas nada afirman realmente acerca de ellas, sino que sólo se las imaginan, y confunden la imaginación con el entendimiento, creen por ello firmemente que en las cosas hay un Orden, ignorantes como son de la naturaleza de las cosas y de la suya propia. Pues decimos que están bien ordenadas cuando están dispuestas de tal manera que, al representárnoslas por medio de los sentidos, podemos imaginarlas fácilmente y, por consiguiente, recordarlas con facilidad; y, si no es así, decimos que están mal ordenadas o que son confusas.

Y puesto que las cosas que más nos agradan son las que podemos imaginar fácilmente, los hombres prefieren, por ello, el orden a la confusión, como si, en la naturaleza, el orden fuese algo independiente de nuestra imaginación; y dicen que Dios ha creado todo según un orden, atribuyendo de ese modo, sin darse cuenta, imaginación a Dios, a no ser quizá que prefieran creer que Dios, providente con la humana imaginación, ha dispuesto todas las cosas de manera tal que ellos puedan imaginarlas muy fácilmente. Y acaso no sería óbice para ellos el hecho de que se encuentran infinitas cosas que sobrepasan con mucho nuestra imaginación, y

muchísimas que la confunden a causa de su debilidad. Pero de esto ya he dicho bastante.

Por lo que toca a las otras nociones, tampoco son otra cosa que modos de imaginar, por los que la imaginación es afectada de diversas maneras, y, sin embargo, son consideradas por los ignorantes como si fuesen los principales atributos de las cosas; porque, como ya hemos dicho, creen que todas las cosas han sido hechas con vistas a ellos, y a la naturaleza de una cosa la llaman buena o mala, sana o pútrida y corrompida, según son afectados por ella. Por ejemplo, si el movimiento que los nervios reciben de los objetos captados por los ojos conviene a la salud, los objetos por los que es causado son llamados bellos; y feos, los que provocan un movimiento contrario. Los que actúan sobre el sentido por medio de la nariz son llamados aromáticos o fétidos; los que actúan por medio de la lengua, dulces o amargos, sabrosos o insípidos, etc.; los que actúan por medio del tacto, duros o blandos, ásperos o lisos, etc. Y, por último, los que excitan el oído se dice que producen ruido, sonido o armonía, y esta última ha enloquecido a los hombres hasta el punto de creer que también Dios se complace con la armonía; y no faltan filósofos persuadidos de que los movimientos celestes componen una armonía.

Todo ello muestra suficientemente que cada cual juzga de las cosas según la disposición de su cerebro, o, más bien, toma por realidades las afecciones de su imaginación. Por ello, no es de admirar (notémoslo de pasada) que hayan surgido entre los hombres tantas controversias como conocemos, y de ellas, por último, el escepticismo. Pues, aunque los cuerpos humanos concuerdan en muchas cosas, difieren, con todo, en muchas más, y por eso lo que a uno le parece bueno, parece malo a otro; lo que ordenado a uno, a otro confuso; lo agradable para uno es desagradable para otro; y así ocurre con las demás cosas, que omito aquí no sólo por no ser éste

lugar para tratar expresamente de ellas, sino porque todos tienen suficiente experiencia del caso.

En efecto, en boca de todos están estas sentencias: hay tantas opiniones como cabezas; cada cual abunda en su opinión; no hay menos desacuerdo entre cerebros que entre paladares. Ellas muestran suficientemente que los hombres juzgan de las cosas según la disposición de su cerebro, y que más bien las imaginan que las entienden. Pues si las entendiesen – y de ello es testigo la Matemática –, al menos las cosas serían igualmente convincentes para todos, ya que no igualmente atractivas.

Vemos, pues, que todas las nociones por las cuales suele el vulgo explicar la naturaleza son sólo modos de imaginar, y no indican la naturaleza de cosa alguna, sino sólo la contextura de la imaginación; y, pues tienen nombres como los que tendrían entidades existentes fuera de la imaginación, no las llamo entes de razón, sino de imaginación, y así, todos los argumentos que contra nosotros se han obtenido de tales nociones, pueden rechazarse fácilmente.

En efecto, muchos suelen argumentar así: si todas las cosas se han seguido en virtud de la necesidad de la perfectísima naturaleza de Dios, ¿de dónde han surgido entonces tantas imperfecciones en la naturaleza, a saber: la corrupción de las cosas hasta el hedor, la fealdad que provoca náuseas, la confusión, el mal, el pecado, etc.? Pero, como acabo de decir, esto se refuta fácilmente. Pues la perfección de las cosas debe estimarse por su sola naturaleza y potencia, y no son más o menos perfectas porque deleiten u ofendan los sentidos de los hombres, ni porque convengan o repugnen a la naturaleza humana. Y a quienes preguntan: ¿por qué Dios no ha creado a todos los hombres de manera que se gobiernen por la sola guía de la razón? respondo sencillamente: porque no le ha faltado materia para crearlo todo, desde el más alto al más

bajo grado de perfección; o, hablando con más propiedad, porque las leyes de su naturaleza han sido lo bastante amplias como para producir todo lo que puede ser concebido por un entendimiento infinito, según he demostrado en la Proposición 16.

Estos son los prejuicios que aquí he pretendido señalar. Si todavía quedan algunos de la misma estofa, cada cual podrá corregirlos a poco que medite.

El Salvador

(fragmentos)

F. Nietzsche

Es el tipo psicológico del Salvador lo que a mí me importa. Este podría estar contenido en los Evangelios a despecho de los Evangelios, por cuanto estos son mutilados o sobrecargados de rasgos extraños: como el tipo de Francisco de Asís está contenido en sus leyendas a despecho de sus leyendas.

No se trata de la verdad sobre aquello que Él ha hecho o dicho, sobre el modo como murió realmente, sino del problema de si su tipo puede ser en general representado aún, si es tradicional. Las tentativas que yo conozco de leer en los Evangelios hasta la historia de un alma, me parecen pruebas de una ligereza psicológica abominable. El señor Renan, este payaso *in psicologicis*, ha aportado para su explicación del tipo de Jesús las dos ideas más inadecuadas que a este propósito se pudieran imaginar: la idea de genio y la idea de héroe. Pero si hay una idea poco evangélica, es la idea de héroe. Aquí se ha convertido en instinto precisamente lo contrario de toda lucha, de todo sentimiento de lucha; aquí, la incapacidad de resistir se hace moral (no resistir al mal es la más profunda palabra del Evangelio, en cierto sentido es su clave), la beatitud está en la paz, en la dulzura del ánimo, en la imposibilidad de ser enemigos. ¿Qué significa la buena nueva? Significa que se ha hallado la verdadera vida, la vida eterna, no en una promesa, sino que

ya existe, está en nosotros; como un vivir en el amor, en el amor sin detracción o exclusión, sin distancia. Cada uno de nosotros es hijo de Dios. Jesús no pretende absolutamente nada por sí solo; cada uno de nosotros es igual a otro como hijo de Dios.

¡Hacer de Jesús un héroe! ¡Y qué error la palabra genio! Todo nuestro concepto, todo concepto de espíritu propio de nuestra cultura carece de sentido en el mundo en que vive Jesús. Para hablar con el rigor del fisiólogo, aquí estaría en su puesto otra palabra. Nosotros conocemos un estado de morbosa excitabilidad del sentido del tacto, que retrocede ante todo contacto, ante la idea de apresar cualquier objeto sólido. Transportemos a su última lógica semejante *habitus* fisiológico, como odio instintivo de toda realidad, como una fuga a lo intangible, a lo incomprensible, como repugnancia a toda fórmula, a toda noción de tiempo y de espacio, a todo lo que es fijo, costumbre, institución, Iglesia; como un habitar en un mundo no tocado de ninguna especie de realidad, en un mundo simplemente interior, verdadero, eterno: “El reino de Dios está en vosotros”.

XXX

El odio instintivo contra la realidad es consecuencia de una extrema incapacidad de sufrimiento y de irritación, que no quiere ya ser en general tocada, porque de todo contacto recibe una impresión demasiado profunda.

La exclusión instintiva de todo lo que nos repugna, de toda enemistad, de todo límite y distancia en el sentimiento, es consecuencia de una extrema incapacidad de sufrimiento y de irritación, que siente ya como un dolor intolerable (o sea como nocivo, como desaconsejado por el instinto de conservación) toda resistencia, toda necesidad de resistir, y

solo conoce la beatitud (el placer) en no oponerse ya a nada, ni al alma ni al bien, y considerar el amor como la única, como la última posibilidad de vida.

Estas son las dos realidades fisiológicas sobre las cuales y de las cuales ha crecido la doctrina de la redención. La llamo un sublime ulterior desarrollo del hedonismo sobre bases completamente morbosas. Contiguo a este, si bien con fuerte adición de vitalidad y fuerza nerviosa griega, está el epicureísmo, la doctrina pagana de la redención. Epicuro fue un decadente típico: yo fui el primero en reconocerle como tal. El miedo al dolor, hasta de lo que en el dolor hay de infinitamente pequeño, no puede fundar otra cosa que una religión del amor.

XXXI

Por anticipado he dado mi respuesta al problema. Su premisa es esta: que el tipo del Redentor nos ha sido transmitido de un modo completamente desfigurado. Esta desfiguración tiene en sí mucha verosímilitud: semejante tipo no podía, por muchas razones, subsistir puro, entero. El ambiente en que se movió esta extraña figura debió dejar huellas en él, y aún más la historia, la índole de las primeras comunidades cristianas; esta índole, reaccionando sobre el tipo, lo enriqueció con rasgos que se deben interpretar como motivados por el proselitismo y con fines de propaganda. Aquel mundo extraño y enfermizo en que nos introducen los Evangelios, un mundo que parece salido de una novela rusa, en que los desechos de la sociedad, las enfermedades nerviosas y un pueril idiotismo parecen darse cita, debe en todo caso haber formado el tipo más grosero: particularmente los primeros discípulos traducen en su propia crudeza un ser ondulante constantemente entre símbolos y cosas incomprensibles, para poder comprender de

ellos alguna cosa; para ellos, el tipo no existió hasta que pudo ser adaptado a otras formas más conocidas.

El profeta, el Mesías, el futuro juez, el maestro de moral, el taumaturgo, Juan Bautista, fueron otras tantas ocasiones para hacer que variase el tipo. Finalmente, no despreciemos lo que es propio de toda gran veneración, especialmente de una veneración sectaria; esta borra en la criatura venerada los rasgos originales, a menudo penosamente extraños, y las idiosincrasias: ni los ve siquiera. Habría que lamentar que un Dostoyevsky no hubiera vivido cerca de este interesantísimo decadente, o sea un hombre que supiera sentir precisamente el encanto irresistible de semejante mezcla de sublimidad, de enfermedad y de puerilidad. Un último punto de vista: el tipo podría, en calidad de tipo de decadencia, haber sido efectivamente múltiple y contradictorio de modo particular: no se puede excluir totalmente tal posibilidad. Sin embargo, todo nos induce a negarla: precisamente en este caso la tradición debería ser notablemente fiel y objetiva; pero nosotros tenemos razón para admitir lo contrario de esto. Entretanto es manifiesta una contradicción entre el predicador de la montaña, del lago y de los campos, cuya aparición exige una especie de Buda sobre un terreno mucho menos indio, y aquel fanático del ataque, aquel enemigo mortal de los teólogos y de los sacerdotes, que la malignidad de Renan glorificó como *le grand maitre dans ironie (el gran maestro de la ironía)*. Yo mismo no dudo que una cantidad copiosa de bilis (y hasta de *esprit*) se haya vertido sobre el tipo del maestro por el estado de ánimo excitado de la propaganda cristiana: se conoce muy bien la falta de escrúpulos de todos los sectarios cuando hacen la propia apología partiendo de su maestro. Cuando la primera comunidad necesitó de un teólogo judicante, litigante, furioso, malignamente sutil, contra los teólogos, se creó su Dios según sus necesidades: y sin ambagues puso en su boca aquellos conceptos totalmente no evangélicos de que no

podía prescindir, los del retorno, del juicio final, de toda clase de expectaciones y promesas temporales.

XXXII

Insisto que no admito que se introduzca el fanático en el tipo del Redentor: la palabra *impérieux*, de que se sirve Renan, ya basta por sí sola para anular el tipo. La buena nueva es precisamente esta, que ya no hay contradicciones; el reino de los cielos pertenece a los niños; la fe que se hace sentir no es una fe conquistada, existe, es desde el principio, es, por decirlo así, una puerilidad referida al campo espiritual. El caso de la pubertad retrasada y no desarrollada, en el organismo, como lógica consecuencia de la degeneración, es familiar por lo menos a los fisiólogos.

Semejante fe no se encoleriza, no censura, no se defiende, no empuña la espada, no sospecha siquiera en qué medida podría un día dividir a los hombres. No se demuestra ni con los milagros, ni con premios, ni con promesas, y mucho menos con la escritura: ella misma es en todo momento su milagro, su premio, su demostración, su reino de Dios. Esta fe no se formula siquiera, vive y se guarda de las fórmulas.

Ciertamente, el caso del ambiente, de la lengua, de la educación, determina cierto círculo de ideas: el cristianismo primitivo manipula únicamente ideas semíticojudaicas (el comer y beber en la Santa Cena forma parte de tales ideas; de esta idea abusó malamente la Iglesia, como de todo lo judaico). Pero cuidémonos de ver en esto más que un lenguaje figurado, una semiótica, una ocasión de crear símbolos.

Para este antirrealista el hecho de que ninguna palabra fuera tomada a la letra era la condición preliminar para poder hablar en general.

Entre los indios se habría servido de las ideas de Sankhyam, entre los chinos, de las de Laotsé, sin encontrar diferencias entre éstas. Con una cierta tolerancia en la expresión, podríamos decir de Jesús que era un espíritu libre, rechazaba todo lo dogmático: la letra mata, todo lo que es dogmático mata. El concepto, la experiencia, la vida, como solo Él la conoce, se opone para Él a toda especie de palabra, de fórmula, de ley, de fe, de dogma. Sólo habla de lo más entrañable: vida, o verdad, o luz son las palabras de que se sirve para indicar las cosas más íntimas; todo lo demás, toda la realidad, toda la naturaleza, la lengua misma, solo tiene, para Él el valor de un signo, de un símbolo.

En este punto no debemos engañarnos, por grande que sea la seducción que existe en el prejuicio cristiano, o, mejor, eclesiástico: semejante simbolista por excelencia está fuera de toda religión, de toda idea de culto, de toda historia, de toda ciencia natural, de toda experiencia del mundo, de toda ciencia, de toda política, de toda psicología, de todos los libros y de todas las artes; su sabiduría consiste precisamente en que creer que existan cosas de este género es pura locura.

La cultura no le es conocida ni de oídas, no tiene necesidad de luchar contra ella, no la niega. Lo mismo se puede decir del Estado, de toda organización y de la sociedad burguesa, del trabajo, de la guerra; no tuvo nunca motivo para negar el mundo, ni siquiera sospechó el concepto eclesiástico del mundo; precisamente lo que no puede hacer es negar.

También falta la dialéctica, falta la idea de que una fe, una verdad, puede ser demostrada con argumentos (sus pruebas son luces internas, sentimientos internos de placer y

afirmaciones internas de sí mismo, simples pruebas de Fuerza). Semejante doctrina no puede ni siquiera contradecir; no comprende que haya otras doctrinas, que pueda haberlas: no sabe imaginar un criterio opuesto. Cuando lo encuentra se entristece, por íntima compasión, de la ceguera – porque ve la luz –, pero no hace objeciones.

XXXIII

En toda la psicología del Evangelio falta el concepto de culpa y castigo y asimismo el de recompensa. El pecado, cualquier relación de distancia entre Dios y el hombre, es abolido; precisamente esta es la buena nueva. La felicidad no es prometida, no está sujeta a condiciones, es la única realidad; lo demás son signos que sirven para hablar de ella.

La consecuencia de tal estado de ánimo se proyecta en una nueva práctica, en la verdadera práctica evangélica. Lo que distingue al cristiano no es una fe: el cristiano obra, se distingue, por otro modo de obrar. Se distingue en que no ofrece resistencia, ni con sus palabras ni con su corazón, a quien le hace daño; no hace diferencia entre extranjero y conciudadano, entre hebreos y no hebreos (el prójimo es realmente el compañero de fe, el hebreo); el que no se encoleriza contra nadie ni desprecia a nadie; el que no se deja ver en los tribunales ni reclama cosa alguna (no jurar); el que en ningún caso, ni siquiera cuando está demostrada la infidelidad de la mujer, se separa de su mujer. Todo esto, en el fondo es un solo principio, es consecuencia de un solo instinto.

La vida del Salvador no fue otra cosa que esta práctica, su misma muerte no fue nada más. No tenía ya necesidad de fórmulas ni de ritos en sus relaciones para con Dios, ni siquiera de la oración. Quiso prescindir de toda la doctrina

judaica, de la penitencia y de la reconciliación: sabe que únicamente la práctica de la vida es la que hace que el hombre se sienta divino, bienaventurado, evangélico, en todo tiempo hijo de Dios. No penitencia, no la "oración" para obtener el "perdón" son las vías que conducen a Dios: únicamente la práctica evangélica conduce a Dios, ¡ella es precisamente "Dios"!

Lo que suprimió el evangelio fue el judaísmo de las ideas de pecado, perdón de pecado, fe, salvación mediante la fe; toda la doctrina eclesiástica judía fue negada en la buena nueva. El profundo instinto del modo como se debe vivir para sentirse en el cielo, para sentirse eterno, mientras que con toda otra actitud no se siente uno en el cielo: esta únicamente es la realidad psicológica de la redención. Una nueva conducta, no una nueva fe.

XXXIV

Si yo entiendo algo de este gran simbolista, es el hecho de que tomó como realidades, como verdades, únicamente las realidades interiores, que comprendió todo lo demás, todo lo que es natural: el tiempo, el espacio, la historia, como signos, como ocasiones para imágenes.

La idea de hijo del hombre no es la de una persona concreta, perteneciente a la historia, algo de singular, de único, sino un hecho eterno, un símbolo psicológico separado de la noción de tiempo. Lo mismo puedo decir, y en el más alto sentido, del Dios de este simbolista típico, del reino de Dios, del reino de los cielos, de la cualidad de hijos de Dios.

Nada menos cristiano que la crudeza de la Iglesia, que imagina un Dios como una persona, un reino de Dios que viene, un reino de los cielos puesto más allá, un hijo de Dios que es la segunda persona de la trinidad. Todo esto es –

perdóneseme la expresión – un puñetazo en los ojos (¡oh, y sobre que ojos!) del Evangelio: un cinismo histórico mundial en la irrisión del símbolo. Y, sin embargo, es evidente lo indicado con los signos de padre y de hijo (no es evidente para todos, lo admito); con la palabra hijo se expresa la introducción en un sentimiento de transfiguración de todas las cosas (la beatitud); con la palabra padre se expresa este mismo sentimiento: el sentimiento de la eternidad y de la perfección.

Me avergüenzo de pensar lo que la Iglesia ha hecho de este símbolo: ¿No ha puesto en el umbral de la fe cristiana una historia de Anfitrión? ¿Y no ha añadido un dogma de la inmaculada concepción? Pero de este modo ha maculado la concepción.

El reino de los cielos es un estado del corazón, no una cosa que advierte en la tierra o después de la muerte.

Todo el concepto de la muerte natural falta en el Evangelio: la muerte no es un puente, un paso; falta porque es propia de un mundo completamente diverso, puramente aparente, útil sólo para fabricar signos con que expresarnos. La hora de la muerte no es un concepto cristiano: la hora, el tiempo, la vida física y sus crisis no existen para el maestro de la buena nueva.

El reino de Dios no es cosa esperada: no tiene un ayer ni un mañana, no llegará dentro de mil años, es una esperanza de un corazón, está en todas partes y en ninguna.

XXXV

Este dulce mensajero murió como vivió, como enseñó, no para redimir a los hombres, sino para mostrar cómo se debe vivir.

Lo que dejó como legado a la humanidad es una práctica: su actitud frente a los jueces, esbirros, acusadores y cualquier clase de calumnia y de escarnio, su actitud en la cruz. No resiste, no defiende su derecho, no da un paso para alejar de si la ruda suerte, antes por el contrario, la provoca. Y ruega, sufre, ama con aquello, en aquellos que hacen el mal. No defenderse, no indignarse, no atribuir responsabilidad. Pero igualmente no resistir al mal, sino amarlo.

Lo único cristiano es la práctica cristiana, una vida como la que vivió Jesús de Nazareth. Todavía en nuestros días esta vida es posible y hasta necesaria para ciertos hombres.

El cristianismo primitivo, el verdadero, es posible en todas las épocas.

Lo esencial no es una fe diferente, sino una manera de obrar diferente, no hacer ciertas cosas y, sobre todo, llevar otra vida.

JESÚS Y EL DESIERTO

G. Papini

J**ESÚS APENAS SALIDO DEL AGUA** se encaminaba al desierto: de la muchedumbre a la soledad. Hasta entonces había permanecido entre las aguas y los campos de Galilea y por la verde cuenca del Jordán; ahora sube a los montes roqueños donde no brota la fuente, donde el trigo no espiga, donde solamente crecen reptiles y zarzales.

Hasta entonces había estado entre los braceros de Nazareth, entre los penitentes de Juan; ahora sube a los montes solitarios donde no se ven caras ni se oyen voces humanas.

El hombre nuevo pone, entre ellos y él, el desierto. El que dijo: "¡Ay del hombre solo!" no midió más que el propio miedo. La sociedad es un sacrificio tanto más meritorio cuanto más repugnante. La soledad para los de alma selecta es premio y no expiación. Una antevigilia de un bien cierto y seguro, una creación de la belleza interior, un libre reconciliarse con todos los ausentes. Sólo en la soledad vivimos con nuestros iguales: con aquellos que hallaron, solos, los pensamientos sublimes que nos consuelen de todo otro bien abandonado.

El mediocre, el pequeño, no puede soportar la soledad. El mediocre: quien tiene qué ofrecer, quien tiene miedo de sí y de su vacío interior, quien está condenado a la eterna soledad del propio espíritu, desolado desierto interior donde no crecen más que las hierbas venenosas de los terrenos incultos, quien está intranquilo, hastiado, acobardado cuando no puede olvidarse en los otros, atolondrarse con las

palabras de los que se ilusionan en él y como él; quien no puede vivir sin mezclarse, átomo pasivo, en los caños por donde desaguan todas las mañanas las cloacas de la ciudad.

Jesús ha estado entre los hombres y volverá a los hombres porque los ama. Pero con frecuencia se esconderá para estar solo, lejos también de sus discípulos. Para amar a los hombres hay que abandonarlos de vez en cuando. Lejos de ellos nos aproximaremos a ellos.

El pequeño sólo recuerda el mal que le han hecho; su noche pasa agitada por el rencor y su boca está atosigada por la ira. El grande no recuerda sino lo bueno, y por ese pequeño bien olvida lo mucho de malo que ha recibido. Hasta lo que no fué perdonado en el acto se borra de corazón. Y vuelve a sus hermanos con el mismo amor de antes.

Estos cuarenta días de soledad son para Jesús la última preparación. Durante cuarenta años el pueblo hebreo – figuración profética de Cristo – tuvo que andar errante por el desierto antes de entrar en el reino prometido por Dios; durante cuarenta días Moisés tuvo que permanecer en el monte junto a Dios para escuchar sus leyes; durante cuarenta días tuvo que caminar Elías a través del desierto para escapar a la venganza de la perversa reina.

También el nuevo libertador debe esperar cuarenta días antes de anunciar al reino prometido, y permanece con Dios cuarenta días, para recibir de Él las supremas inspiraciones. Pero no estará completamente solo. Con él están las fieras y los ángeles. Los seres inferiores al hombre y los seres superiores al hombre. Los que arrastran hacia abajo y los que llevan a lo alto. Los vivientes que son toda materia y los vivientes que son todo espíritu.

El hombre es una bestia que debe convertirse en ángel. Es materia que está transformándose en espíritu. Si la bestia priva sobre el hombre, el hombre desciende más bajo que las bestias, porque pone los restos de su entendimiento al servicio de la bestialidad; si el ángel vence al hombre, lo iguala a él y en vez de ser simple soldado de Dios, participa de la misma divinidad. Pero el ángel caído, condenado a tomar forma de bestia, es el enemigo rencoroso y tenaz de los hombres que se hacen ángeles y quieren remontarse a la altura de la cual él fué arrojado.

Jesús es el enemigo del mundo, de la vida bestial de los más. Ha venido con el fin de que las bestias se conviertan en hombres y los hombres en ángeles. Ha nacido para cambiar el mundo y vencerlo. Es decir, para combatir al rey del mundo, al adversario de Dios y de los hombres, al maligno, al tentador, al seductor.

Ha nacido para arrojar a Satanás de la tierra, como el Padre lo arrojó del cielo. Y Satanás, al terminar los cuarenta días, se presenta en el desierto para tentar a su enemigo.

La necesidad de llenar cada día el propio saco es la primera marca de servidumbre para con la materia. Y Jesús quería vencer también la materia. Cuando se halle entre los hombres comerá y beberá para acompañar a sus amigos, y también porque se debe dar a la carne lo que es de la carne y, finalmente, como protesta visible contra los hipócritas ayunos, de los fariseos.

El último acto de la misión de Jesús será una cena; pero el primero, después del bautismo, un ayuno. Ahora que está solo y no humilla a sus compañeros de vida sencilla ni puede ser confundido con los pietistas, se olvida de comer.

Pero después de cuarenta días tuvo hambre. Satanás esperaba, escondido e invisible, ese momento.

Y el adversario habla:
—Si tú eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. *(Mt. 4 3)*
La réplica está pronta:
—"No sólo de pan vive el hombre, más de toda palabra de Dios." *(Mt. 4 4)*.
Satanás no se da por vencido y, desde la cima de un monte, le muestra los reinos de la tierra:
—Te daré todo este poder y la gloria de aquéllos; a mí fueron dados y yo los doy a quien quiero. Si te inclinas ante mí, todo será tuyo. *(Lc 4 2, 5, 6)*
Y Jesús contesta:
—Vete, Satanás, porque escrito está: "Adorarás al Señor tu Dios, y a Él sólo servirás." *(Mt. 4 16)*.
Entonces Satanás lo lleva a Jerusalén y lo coloca sobre el pináculo del templo:
—Si eres hijo de Dios, ¡échate de aquí abajo! *(Lc 4 9)*
Y Jesús, inmediatamente:
—Ha sido dicho: "No tentarás al Señor, tu Dios". *(Lc 4 12)*
Y acabada toda tentación; prosigue Lucas, el demonio se alejó de Él por un tiempo". *(Lc 4 13)*

Veremos también su vuelta y su última tentativa. Este diálogo ternario no parece, a primera vista, sino un pelotear de textos bíblicos. Satanás y Jesús no hablan con palabras propias suyas, sino que rivalizan en tomarlas de los libros. Parécenos presenciar una escaramuza teológica: y es, en cambio, la primera parábola, representada y no hablada del Evangelio.

No debe sorprendemos que Satanás se haya presentado con la absurda esperanza de hacer caer a Jesús. No debe sorprendernos que Jesús, en cuanto hombre, esté sujeto a la tentación. Satanás no tienta sino a los grandes y a los puros.

Para los otros no necesita ni siquiera susurrarles una palabra de invitación. Son ya suyos desde el fin de la niñéz, en la juventud. No tiene que trabajar para que le obedezcan. Están en sus brazos antes de que él los llame. Los más ni advierten siquiera que él existe. Más, no habiéndolo conocido, se sienten inclinados a negarlo. Los diabólicos no creen en el diablo.

Se ha escrito que la última astucia del demonio es echar a volar la especie de su muerte. Toma todas las formas tan hermosas, a veces, que no se diría ser él quien es. Los Griegos, por ejemplo, monstruos de inteligencia y de elegancia, no tienen puesto para Satanás en su mitología. Porque todos sus dioses, si se los estudia bien, muestran los cuerpos de Satanás bajo las coronas de laurel y de pámpanos. Satánico es Júpiter prepotente y lascivo, Venus adúltera, Apolo pedante, Marte homicida, Dionisio borracho. Son de tal suerte astutos los dioses de Grecia que dan al pueblo pociones afrodisíacas y destilaciones perfumadas para que no se advierta la hediondez del mal que agusana la tierra.

Pero si los más no se dan cuenta de las existencias de él y se ríen a mandíbula batiente, como de un espectro inventado en la Iglesia para las necesidades de la penitencia, es que él se encarniza precisamente en aquellos que lo conocen, pero no lo siguen.

El seduce la inocencia de las dos primeras criaturas humanas; tienta a David el fuerte; corrompe a Salomón el sabio; acusa ante el Altísimo a Job, el justo. Todos los santos que se esconden, en el desierto, todos los amantes de Dios, serán tentados por Satanás. Cuanto uno más se aleja de él, tanto más trata él de aproximársele. Cuanto más alto nos hallamos, tanto más se encarniza él en traernos abajo. No puede ensuciar sino al limpio; no se cuida de la indumentaria que de

suyo fermenta en el mal, bajo el cálido aliento de la voluptuosidad.

Ser tentados por Satanás es indicio de pureza, señal de grandeza, prueba evidente de la ascensión. Quien ha conocido a Satanás y lo ha mirado a la cara, puede esperar en sí mismo.

Jesús merecía más que nadie esta consagración. Satanás lo desafía dos veces y le hace un ofrecimiento. Le pide que cambie la materia muerta en materia que da vida, y que se arroje de lo alto para que Dios, salvándolo, lo declare su vedadero Hijo. Le ofrece la posesión y la gloria de los reinos de la tierra, con tal que Jesús, en vez de servir a Dios, prometa servir al demonio. Le pide el pan material y el milagro material y le promete el poder material. Jesús no acepta esos desafíos y rehusa el ofrecimiento.

No es él el Mesías carnal y material esperado por la plebe judía, el Mesías de la materia, tal como se lo imagina el Tentador en su bajeza.

No ha venido a traer el alimento a los cuerpos sino el alimento del alma: aquel alimento único que es la Verdad. Cuando sus hermanos, alejados de los hogares, no tengan pan suficiente para acallar el hambre, partirá los pocos panes que tienen los suyos y todos quedarán satisfechos y sobrarán espuertas repletas. Pero fuera de los casos de necesidad, no será distribuidor del pan que viene de la tierra y a la tierra vuelve. Si cambiara en panes las piedras de las calles, todo el mundo lo seguiría por amor, cada uno, de su propio cuerpo, y fingiría creer todo lo que Él dice; hasta los perros acudirían a su banquete. Pero Él no quiere esto.

Quien cree en Él, debe creer en su palabra, a despecho del hambre, del dolor, de la miseria. Más, quien quiera seguirlo,

tendrá que dejar los campos que producen trigo, los dineros que se pueden cambiar por pan. Debe seguirlo sin saco y sin sueldo, con una sola túnica, vivir como las aves del aire, desgranando espigas en los campos o pidiendo lismona en las puertas de las casas. Se puede prescindir del pan terrestre; un higo olvidado entre las hojas, un pez pescado en el lago pueden suplirlo. Pero nadie puede prescindir del pan celestial, a no ser que quiera morir para siempre, como aquellos que nunca lo gustaron. El hombre no vive solamente de pan, sino de amor, de entusiasmo y de verdad.

Jesús está pronto para transformar el reino de la tierra en reino de los cielos, la loca bestialidad en feliz santidad; pero no se digna transformar las piedras en pan, la materia en otra materia.

Por razones de la misma naturaleza, Jesús rechaza el otro desafío. Los hombres aman lo maravilloso. Lo maravilloso exterior, el prodigio, la imposibilidad física hecha posible ante sus ojos. Tienen hambre y sed de portentos. Están prontos para postrarse ante el taumaturgo, así sea diabólico o charlatán. Todos pedirán a Jesús un milagro o lo que es lo mismo para ellos, un gigantesco juego de prestidigitación. Pero Jesús se negará siempre.

No quiere seducir con maravillas. Sanará a los enfermos, especialmente a los enfermos de espíritu y a los pecadores; con frecuencia evitará también la ocasión de estos milagros y pedirá a los sanados que no digan quién los sanó. Los hombres deberán creer a despecho de todas las evidencias contrarias; creer en su grandeza aun en la hora más atroz de su humillación; creer en su divinidad aún en presencia del visible ultraje a su humanidad.

Arrojarse del templo abajo, no habiendo necesidad absoluta de mitigar una pena ajena, con el único objeto de subyugar a

los hombres con el prestigio del estupor y del terror; comprometer a Dios; forzarlo, casi, a obrar un milagro superfluo y temerario, sólo para que Satanás no resulte vencedor en la apuesta infame, fundada en el sarcasmo y en la perversidad, no es propio de Jesús.

Corazón, quiere hablar a los corazones; sublime, quiere sublimar; espíritu puro, quiere purificar a los espíritus; amor, quiere encender a los otros en amor; alma grande, quiere engrandecer las almas pequeñas y abandonadas. En cambio de arrojarse, como un mago vulgar, al precipicio que está bajo el templo, del templo subirá a la montaña para narrar desde lo alto las bienaventuranzas del reino de los cielos.

El ofrecimiento de los reinos de la tierra debe horrorizarlo y más aún el precio que Satanás le pone. Satanás tiene derecho de ofrecer lo que es suyo. Los reinos de la tierra están fundados en la fuerza y se sostienen con el engaño; allí está su campo y el paraíso hallado de nuevo; Satanás duerme todas las noches a la cabecera de los poderosos; ellos lo adoran con los hechos y le pagan el tributo diario de pensamientos y de obras.

Pero si Jesús ofreciera a todos el pan sin trabajar; si Jesús, funámbulo prestigioso, abriera un teatro de milagros populares, podría arrebatar los reinos a los reyes sin necesidad de doblegarse al adversario.

Si quisiera parecer el Mesías con que sueñan los judíos en sus pesadillas nostálgicas de esclavos, sabe el camino: podría corromperlos con la abundancia y las maravillas; hacer de cada tierra un país de ganancias y de sortilegios e inmediatamente ocuparía todos los sillones de los procuradores de Satanás.

Pero Jesús no quiere ser el que levante de nuevo el reino decaído, el conquistador de los reinos enemigos. El mando no le importa y menos aún la gloria. El reino que anuncia y prepara nada tiene que ver con los reinos de la tierra; antes bien, su reino está destinado a anular los reinos de la tierra.

El reino de los cielos está en nosotros; cada día, convertida un alma, se extiende, porque adquiere un nuevo ciudadano, arrebatado a los reinos terrenales.

Cuando cada cual sea bueno y justo: cuando todos amen a los hermanos como los padres aman a los hijos; cuando sean amados también los enemigos; cuando ninguno piense en acumular tesoros y, en vez de quitar a los otros, dé pan a quien tiene hambre, y vestido a, quien tiene frío, ¿dónde estarán, ese día, los reinos de la tierra? ¿Qué necesidad habrá de soldados cuando nadie aspire a ensanchar su propia tierra usurpando la del vecino? ¿Qué necesidad de reyes, cuando uno tenga su ley en la conciencia y no habrá ejércitos que mandar ni jueces que escoger? ¿Qué necesidad de moneda y de tributo cuando cada uno esté seguro de su pan y se contente con él y no habrá que pagar salario a soldados y sirvientes? Cuando el alma de todos esté cambiada, esos tablados que se llaman sociedad, patria, justicia, se derrumbarían como alucinaciones de una larga noche.

La palabra de Cristo no necesita de dinero ni de armas y si se convierte en acción en todos y siempre, lo que ata y ciega al hombre – el poder injusto y necesario, la gloria criminal de las batallas – caerá, como se disipa la niebla matutina a los rayos del sol y al soplo del viento.

El reino de los cielos, que es uno, ocupará el lugar de los reinos de la tierra, que son muchos.

Los hombres no estarán más divididos en reyes y en súbditos, en patrones y en esclavos, en ricos y en pobres, en pecadores hipócritas y pecadores cínicos, en virtuosos soberbios y pecadores humillados, en libres y prisioneros.

El sol de Dios brillará por encima de todos.

Los ciudadanos del reino constituirán una sola familia de padres y hermanos y las puertas del paraíso se abrirán de nuevo ante los hijos de Adán, hechos ya, en verdad, semejantes a dioses.

Jesús ha vencido a Satanás en sí mismo; ahora sale del desierto para vencerlo entre los hombres.

Jesús el hijo del hombre

G. J. Gibrán

Juan, el discípulo bienamado
(en su vejez)

Jesús, el Verbo.

Me pedís que os hable de Jesús, pero ¿cómo puedo engañar o ahogar la canción del amor divino que llenó el universo, con esta caña hueca?

En cada suceso de los diversos aspectos del día, Jesús veía al Padre presente ante Él.

Lo vio en las nubes y en la sombra de las nubes que flotaban sobre la tierra. Vio el rostro del Padre reflejado en las albercas quietas y las huellas de sus pies marcados sobre los médanos. Y muchas veces cerraba sus ojos para contemplar aquellos ojos divinos.

La noche le hablaba, con la Voz del Padre y en su soledad sentía a los ángeles que lo llamaban, y cuando buscaba descanso en el sueño oía el cuchicheo de los cielos en esas horas.

A menudo se sentía muy feliz en nuestra compañía y nos llamaba hermanos. Mirad, pues, cómo el Verbo, que en el

principio era con Dios nos llama hermanos a nosotros, que apenas somos ciertas humildes sílabas pronunciadas ayer.

Tal vez me preguntéis por qué lo llamé Verbo primordial; pues oíd: en el principio se movió Dios en el espacio y de su movimiento inconmensurable nació la Tierra y sus Estaciones. Por segunda vez se movió Dios y brotó la vida, y el anhelo de la Vida buscó ansiosamente la Altura y la Profundidad para que Dios posea la Mayor de toda Mayor cantidad de sí mismo.

Y después habló Dios, y el hombre fue una de sus palabras, un espíritu hecho del Espíritu de Dios.

Y cuando hubo hablado así, el Mesías fue su primer Verbo, un Verbo Perfecto.

Y al advenir Jesús el Nazareno al mundo, se supo del nacimiento del primer Verbo salido de la boca de Dios. Y fue concebido en carne y sangre la Voz del Verbo.

De este modo, Jesús el Ungido es el Verbo Primordial con que Dios habló al mundo. Del mismo modo que el manzano de un jardín, que florece y da frutos, antes que los demás árboles, por un día; y en el jardín de Dios, en aquel único día, había un ciclo completo.

Sí, todos somos hijos del Altísimo, mas el Ungido era su primer hijo, que, encarnando en el cuerpo de Jesús el Nazareno, vivió entre nosotros y a quien hemos visto con nuestros propios ojos.

Os digo todo esto para que lo comprendáis, no tan sólo con el pensamiento, sino también con el alma. El pensamiento pesa y mide, pero el espíritu llega al corazón de la vida y

abraza sus misterios, porque la simiente del espíritu no muere.

El viento sopla y luego acalla, y el mar tiene su flujo y reflujo; mas el corazón de la vida es un círculo sereno iluminado por astros firmes y eternos.

Colaboración de Dios y los hombres

Ch. Fourier

"¿**NO BASTA DIOS PARA OBRAR**?, dirán los teólogos, y ¿para qué entremeter a un gusano de la tierra, que no es más que ceniza y polvo?"

Esta suficiencia de Dios es una herejía en movimiento. Es dar a Dios una esencia incoherente, atribuciones simples; quiere asociados en todo género de funciones.

Debemos pues, para juzgar sanamente sus actos, especular primero sobre la acción compuesta o intervención del asociado, infinitamente pequeño, en las operaciones universales que se refieren a un efecto infinitamente pequeño.

¿Puede uno dudar de que este cooperador de Dios en sus funciones mínimas no deba ser el hombre o el agente mínimo de armonía?

He demostrado que Dios es enemigo del despotismo y de la exclusividad, y que, en movimiento, deja siempre la mitad para que la ejecuten las criaturas de las cuales quiere ser asociados y no esclavos.

Quiere dejar a nuestra industria a nuestra razón, el honor de intervenir concurrentemente con Él; y para prueba, abandónese un carnero en los bosques, dejándolo al cuidado de la simple naturaleza y de Dios solos, y ya no dará las finas lanas de Cachemira o de Segovia; su vellón se volverá áspero y grosero.

Es preciso, pues, que la razón, la industria humana, intervenga de acuerdo con Dios.

LA RELACIÓN DEL HOMBRE Y LA MUJER

K. Marx

SUPONGAMOS QUE EL HOMBRE es hombre y que su relación con el mundo es una relación humana. Entonces el amor sólo puede intercambiarse por amor, la confianza por la confianza, etc.

Si quieres influir en otras personas debes ser una persona que estimule e impulse realmente a otros hombres.

Cada una de tus relaciones con el hombre y la naturaleza debe ser una expresión específica, correspondiente al objeto de tu voluntad, de tu verdera vida individual.

Si amas sin evocar el amor como respuesta, es decir, si no eres capaz, mediante la manifestación de ti mismo como hombre amante, de convertirte en otra persona amada, tu amor es impotente y una desgracia.

En la relación con la mujer, como presa y sierva del placer de la comunidad, se expresa la infinita degradación en la que el hombre existe para sí mismo; porque el secreto de esta relación encuentra su expresión inequívoca indudable, abierta y manifiesta en la relación del hombre con la mujer y en la forma en que se concibe la relación directa y natural de la especie.

La relación inmediata, natural y necesaria del ser humano con el ser humano es también la relación del hombre con la mujer. En esta relación natural de la especie, la relación del hombre con la naturaleza es directamente su relación con el hombre y su relación con el hombre es directamente su relación con la naturaleza, con su propia función natural.

Así, en esta relación se revela en forma sensible, reducida a un hecho observable, la medida en que la naturaleza humana se ha convertido en naturaleza para el hombre y en que la naturaleza se ha convertido para él en naturaleza humana.

Todo el nivel de desarrollo del hombre puede determinarse a partir de ésta relación. Del carácter de esta relación se desprende hasta dónde el hombre se ha convertido y se ha concebido como especie como ser humano.

La relación del hombre con la mujer es la relación más natural del ser humano con el ser humano. Indica, pues, hasta que punto la conducta natural del hombre se ha hecho humana y hasta dónde su esencia humana se ha convertido en esencia natural para él, hasta dónde su naturaleza humana se ha convertido en naturaleza para él.

También demuestra hasta dónde las necesidades del hombre se han convertido en necesidades humanas y, en consecuencia, hasta qué punto la otra persona, como persona, se ha convertido en una de sus necesidades y en qué medida es en su existencia individual, al mismo tiempo, un ser social.

EL ARREPENTIMIENTO

S. Kierkegaard

PERO SI EL PROYECTO NO HUBIERA sido concebido tras de madura reflexión, si hubiera sido fraudulento, bueno ¿y entonces? ¿Se trata también en este caso de no arrepentirse de nada a fin de no quedar en retardo? Eso depende del género de retardo que pueda temerse. Si se trata de un retardo que nos impida caer cada vez más bajo, lo mejor, evidentemente, es gritar: "No arrepentirse de nada", y comprender las palabras del poeta: *nulla pallescere culpa* (*no palidecer por la preocupación de falta alguna. Horacio*) sobre el descaro de no tener ninguna falta cuya preocupación nos haga palidecer; pero entonces el principio no puede ser más inmoral.

Sin embargo, hay muchas gentes que se precipitan a través de la vida con la precipitación de la angustia. A nada temen más que a la dialéctica, y cuando dicen: "No arrepentirse de nada en lo que concierne al pasado", pueden decir al mismo título: "No pensar nada para el porvenir."

Es así como en Scribe, un alegre camarada, no sin Ingenio, dice que puesto que jamás ha concebido proyecto alguno, tampoco ha tenido preocupación de que le fracasen. Las mujeres actúan así a menudo, sin reflexionar, y se las arreglan muy adecuadamente. A veces es precisamente un hombre muy discreto el que, de otra manera, actúa sin reflexión, o

por un ramalazo de desesperación, a fin de encontrar alguna medida.

Cuando uno está acosado por cualquier cosa y no sabe para qué lado tomar, cuando todo es de una relatividad tan matadora que uno tiene la impresión de sofocarse, puede ser útil actuar súbitamente sobre un punto particular, a fin simplemente, de introducir emoción y vida en la carne muerta.

Un policía, por ejemplo, cuando está perdiendo su latín, y todo le resulta igualmente inverosímil, dirige súbitamente su interrogatorio sobre un solo Individuo en particular, no porque las sospechas apunten sobre todo contra él, pues precisamente lo que le falta es una sospecha decisiva; y persigue esta pista con toda su pasión: a veces la iluminación se produce, pero en otra parte.

Cuando uno no sabe si está sano o enfermo, cuando ese estado comienza a volverse embrutecimiento, hace bien en arriesgar súbitamente algo desesperado. Pero, aunque se actúe sin reflexión, hay de cualquier modo una especie de reflexión.

Por lo demás, cuando se trata de la reflexión, en su carácter de antecedente, y del arrepentimiento en su carácter de consecuencia, importa soportar la dialéctica. El único que actúa, es el que ha agotado la dialéctica en la reflexión, y el único que se arrepiente es el que agota la dialéctica en el arrepentimiento.

A ese título podría parecer inexplicable que un pensador tan prodigioso como Fichte, pueda suponer que el hombre que actúa no tendrá tiempo de arrepentirse, tanto más cuanto que ese filósofo enérgico y sincero, en el noble sentido griego, concebía ampliamente que los actos de un ser humano, sólo

tienen lugar interiormente. La explicación consiste, quizá, en que precisamente por su energía, no notaba, (al menos en su primera época), que esos actos interiores representan esencialmente un sufrimiento, y que, en consecuencia, la suprema acción interna de un ser humano, es el arrepentirse.

Pero arrepentirse no es un movimiento positivo hacia el exterior o hacia cualquier cosa, sino un movimiento negativo hacia el interior; no cualquier cosa que produzcamos, sino el hecho de dejar, automáticamente, que nos ocurra cualquier cosa.

Existen tres esferas de existencia: las esferas estética, ética y religiosa. La metafísica es la abstracción, y no hay nadie que exista metafísicamente. La metafísica, o la ontología es pero no existe, pues cuando existe, se encuentra en la estética, en la ética y en lo religioso; y cuando es, es la abstracción de lo estético, de lo ético y de lo religioso, donde es un prius para estos últimos. La esfera ética no es más que una esfera de transición, y por eso su expresión suprema es el arrepentimiento, en su carácter de acción negativa. La esfera estética es la de la inmediación, la esfera ética, la de la exigencia, exigencia tan infinita, que el individuo va fatalmente a la quiebra; la esfera religiosa es la de la realización; pero no, entiendan bien, la de la realización que consiste en llenar de oro una caña hueca o un saco, ya que el arrepentimiento, precisamente, ha hecho un lugar infinito; de ahí esta contradicción religiosa: encontrarse sobre 70,000 brazas de agua, y aún así, ser feliz al mismo tiempo.

Así como la esfera ética es una etapa que sólo se atraviesa, sin embargo, de una vez por todas, y así como el arrepentimiento es su expresión, así también el arrepentimiento es el más dialéctico.

Nada de asombroso entonces que se le tema, pues si le damos un dedo, agarra cuatro. Así como Jehovah en el Antiguo Testamento *(Ex 22 5)* castigó la iniquidad de los padres en los hijos, en la posteridad más remota, el arrepentimiento se vuelve hacia el pasado, admitiendo constantemente el objeto de su investigación.

En el arrepentimiento, encontramos la sacudida del movimiento, y por eso todo queda derribado. Esta sacudida representa, precisamente, la diferencia entre lo estético y lo religioso, lo mismo que entre lo externo y lo interno. Se ve mejor esta potencia infinitamente fulminante del arrepentimiento, por el hecho de que es también simpáticamente dialéctica. Es raro que se lo tenga en cuenta.

No hablaré aquí de las miserias que consisten en querer arrepentirse de un acto particular y manifestarse nuevamente a continuación como un joven aturdido, o en fingir haberlo hecho y ser creído bajo palabra, aunque todas las manifestaciones de este género, prueban suficientemente que el que se decide a ello, el que nos lo asegura, el que lo cree, no tiene idea alguna del sentido del arrepentimiento; pero aún disertaciones bastante hábiles sobre el arrepentimiento, pierden de vista el aspecto dialéctico relativo al elemento de la simpatía.

Un ejemplo, para iluminar la cuestión. Un jugador ha dejado de jugar, lo sobrecoge el arrepentimiento y renuncia a todo juego; aunque haya estado cerca del abismo, el arrepentimiento lo retiene, sin embargo, y parece que aquello deba dar resultado. Mientras vive retirado, salvado quizá, ve un día que sacan un muerto del Sena: un suicida, un jugador como él lo fuera, que sabía que había opuesto, sin embargo, una viva resistencia a su pasión, y había luchado con desesperación contra ella. Mi jugador había querido a este hombre, no porque fuera jugador, sino porque era mejor

que él. ¿Y después? No es necesario consultar novelas ni cuentos, pues hasta un orador religioso interrumpiría quizá mi relato un poco antes, y lo terminaría haciendo que mi jugador, emocionado por lo que había visto, volviera a su casa para agradecer a Dios su liberación.

¡Alto ahí! Debemos ante todo tener una pequeña explicación, un juicio sobre el otro jugador; toda existencia que no es inconsciente, juzga *eo ipso* (*el hecho*) indirectamente. Si el otro jugador hubiera estado endurecido mi jugador hubiera podido llegar a la conclusión de que el otro no quería ser salvado. Pero el otro no lo estaba. Ahora, mi jugador es un hombre que ha comprendido la vieja frase: *de te narratur fabula*, (*a ti es a quien se refiere. Horacio*), no es un loco moderno que piensa que todo el mundo deba buscar la enorme tarea objetiva, de poder recitar maquinalmente cualquier cosa que se refiera a toda la humanidad, salvo a sí mismo.

¿Qué juicio debe, entonces, formular? No es cosa para dejarla de lado, porque ese *de te* es para él la ley más sagrada de la existencia, puesto que es el pacto de la humanidad.

Si un orador religioso, a falta de poder reflexionar, pudiera de cualquier modo charlar por caridad, y profundamente emocionado, quisiera ayudarlo con semicategorías, mi jugador está bastante maduro para descubrir la mentira; debe pues, llevar el asunto a buen fin. En el momento en que tiene que juzgar, se encuentra ante la humilde expresión de una doctrina de predestinación (la expresión orgullosa la encontramos en la estética con un falso dorado religioso), si cuenta con su propia salvación.

El que no tiene simpatía pero siente horror por el agua, encuentra naturalmente absurdo tomar el destino de otro tan a pecho; pero no hacerlo es poco simpático, y excusable

solamente cuando es por estupidez. Pues la existencia, de cualquier modo, tiene que estar regida por leyes; el estado ético de las cosas no es un ronroneo, en el que uno consigue escaparse de las cosas más terribles, y el otro se rompe la cabeza contra las mejores.

Pero ahora, vamos al juicio. Aquí la idea no es, naturalmente, que esté excitado por una manía de juzgar. Pero no es posible que él mismo se haya salvado por un azar; eso es una falta de reflexión, y si dice que el otro ha sucumbido pese a su buena voluntad, él también sucumbe; y si dice: el otro entonces no lo quería, se estremece, porque de cualquier modo él había visto lo que había de bueno en él, y porque le parece que se está haciendo a sí mismo mejor de lo que es.

Con toda aplicación he llevado las cosas hasta el extremo. Con la ayuda de la dialéctica en el arrepentimiento, relativamente a lo simpático, cualquier hombre que no sea un estúpido fracasa muy de prisa. Este fenómeno basta si yo no soy un jugador, con tal, sin embargo, de que no sea un ángel.

Si una falta, por pequeña que sea, pesa sobre mi conciencia, si tengo aunque sea el más mínimo pensamiento en mi cerebro, todas las telas de araña humanas se desgarran como hilos de coser, lo mismo que todas las tablas de salvataje, hasta que yo haya encontrado la ley de la existencia.

Cualquiera que cruce infatigablemente la vida sobre la categoría de que no es un criminal pero tampoco un inocente, es naturalmente cómico, y hay que acudir en ayuda de la estética para obtener que sea entregado a un estudio cómico, si se desliza en lo religioso para desempeñar allí un papel.

Es bastante curioso ver a un autor que no atiende, es cierto, a la dialéctica del arrepentimiento relativamente a lo simpático, pero que aún así, está atento a algo semejante, a

una manifestación de simpatía, por ejemplo: ver a tal autor, digo, curar ese sufrimiento haciendo empeorar todavía más la enfermedad.

Börne nos cuenta seriamente con cierta emoción, causada por la idea de que es muy fácil en las ciudades de mediana importancia convertirse en misántropo y hasta en blasfemador y rebelde contra la sabia Providencia que en París las estadísticas de los sufrimiento y de los crímenes, contribuyen a curarnos de la impresión que esas mismas nos han producido, lo mismo que han contribuido, sin duda, a la filantropía de Börne. Sí, ¿verdad?, tales estadísticas son una invención precisa, un producto maravilloso de la cultura, un contraste caracterizado a la antigua: *de te narratur fabula.*

Scheleiermacher dice con mucho entusiasmo, que el saber no perturba los sentimientos religiosos, y que el hombre religioso no está sentado con absoluta seguridad al lado de un pararrayos para blasfemias; pero con ayuda de las estadísticas uno se ríe de toda la existencia. Y como Arquímedes estaba absorto en sus cálculos y no advirtió que lo mataban, así me Imagino yo que Börne está absorto en sus estadísticas, y que no advierte.., pero, ¿qué es lo que digo? ¡Oh!, lejos de eso; una naturaleza tan sensible como la de Börne, descubriría sin duda si la vida lo perjudica, pero mientras uno mismo está a salvo de la desgracia (pues evidentemente, Börne puede, en todo caso, salvarse del pecado con ayuda de una ignorancia no socrática), le debe, por cierto, a su bienestar el poseer los medios de ahuyentar el espanto.

Se puede, por ejemplo, cerrar la puerta a los pobres, y si alguien muriera de hambre, no habría evidentemente más que examinar la estadística, para ver cuántas personas mueren de hambre cada año y quedar consolado. Un experimentador psicológico no encuentra lo que busca en las

estadísticas; pero tampoco necesita de tan enorme afluencia de gente.

Ahora he arreglado una vez más para mis experiencias, algo que es un problema para lo religioso: la remisión de los pecados. Cierto es que muchas gentes encontrarán muy natural reunir la inmediación y la remisión de los pecados, en una relación inmediata; ellos pueden hablar así, ¿por qué no? Pueden sin duda determinar también a los demás a creer que ellos mismos han vivido algo semejante, que han existido así; pueden, sin duda, hasta determinar también a muchas otras personas a que hagan la misma cosa y a que piensen que la han hecho ¿por qué no? La única dificultad consiste en que eso es una imposibilidad.

Cuando se trata de los movimientos físicos de la gente, uno no dispone, sin embargo, de tanta audacia en la lengua; y si alguien dijera que camina sobre un brazo, o hasta, quizá, que todo el mundo lo hace, se descubriría bastante rápido que se trata de un forjador de falsas nuevas; pero en el mundo espiritual, un charlatán se contiene menos.

Una relación inmediata entre la inmediación y la remisión de los pecados, significa que el pecado es algo aislado, y que el perdón lo quita. Pero eso no es la remisión de los pecados.

Así un niño no sabe lo que es la remisión de los pecados, pues el niño piensa de sí mismo que en el fondo, él sería un buen chico con tal de que lo que ha pasado ayer no hubiera ocurrido; pero el perdón lo hace desaparecer, y el niño es un buen chico.

Pero si el pecado debe ser profundo – y es el arrepentimiento el que lo descubre, el arrepentimiento que precede siempre al perdón –, esto significa precisamente que la inmediación

está considerada como lo no admitido, y para que sea así, tiene, sin embargo, que haber sido eliminada.

CONOCER A DIOS

R. Descartes

HAY ALGUNOS QUE ESTÁN persuadidos de que es difícil conocer lo que sea Dios, y aún lo que sea el alma, es que no levantan nunca su espíritu por encima de las cosas sensibles y están tan acostumbrados a considerarlo todo con la imaginación – que es un modo de pensar particular para las cosas materiales –, que lo que no es imaginable les parece ininteligible.

Lo cual está bastante manifiesto en la máxima que los mismos filósofos admiten como verdadera en las escuelas, y que dice que nada hay en el entendimiento que no haya estado antes en el sentido, en donde, sin embargo, es cierto que nunca han estado las ideas de Dios y del alma; y me parece que los que quieren hacer uso de su imaginación para comprender esas ideas, son como los que para oír los sonidos u oler los olores quisieran emplear los ojos; y aún hay esta diferencia entre aquéllos y éstos: que el sentido de la vista no nos asegura menos de la verdad de sus objetos que el olfato y el oído de los suyos, mientras que ni la imaginación ni los sentidos pueden asegurarnos cosa alguna, como no intervenga el entendimiento.

En fin, si aún hay hombres a quienes las razones que he presentado no han convencido bastante de la existencia de

Dios y del alma, quiero que sepan que todas las demás cosas que acaso crean más seguras, como son que tienen un cuerpo, que hay astros, una tierra, y otras semejantes, son, sin embargo, menos ciertas; pues, si bien tenemos una seguridad moral de esas cosas, tan grande que parece que, a menos de ser extravagante, no puede nadie ponerlas en duda, sin embargo, cuando se trata de una certidumbre metafísica, no se puede negar, a no ser perdiendo la razón, que no sea bastante motivo, para no estar totalmente seguro, el haber notado que podemos de la misma manera imaginar en sueños que tenemos otro cuerpo y que vemos otros astros y otra tierra, sin que ello sea así. Pues ¿cómo sabremos que los pensamientos que se nos ocurren durante el sueño son falsos, y que no lo son los que tenemos despiertos, si muchas veces sucede que aquéllos no son menos vivos y expresos que éstos?

Y por mucho que estudien los mejores ingenios, no creo que puedan dar ninguna razón bastante a levantar esa duda, como no presupongan la existencia de Dios. Pues, en primer lugar, esa misma regla que antes he tomado, a saber: que las cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas; esa misma regla recibe su certeza sólo de que Dios es o existe, y de que es un ser perfecto, y de todo lo que está en nosotros proviene de Él; de donde se sigue que, siendo nuestras ideas o nociones, cuando son claras y distintas, cosas reales y procedentes de Dios, no pueden por menos de ser también, en ese respecto, verdaderas.

De suerte que si tenemos con bastante frecuencia ideas que encierran falsedad, es que porque hay en ellas algo confuso y oscuro, y en este respecto participan de la nada; es decir, que si están confusas en nosotros, es porque no somos totalmente perfectos.

Y es evidente que no hay menos repugnancia en admitir que la falsedad o imperfección proceda como tal de Dios mismo, que en admitir que la verdad o la perfección procede de la nada.

Más si no supiéramos que todo cuanto en nosotros es real y verdadero proviene de un ser perfecto divino e infinito, entonces, por claras y distintas que nuestras ideas fuesen, no habría razón alguna que nos asegurase que tienen la perfección de ser verdaderas.

JESÚS Y LA RAZÓN

G.W.F. Hegel

INCAPAZ DE CUALQUIER LIMITACIÓN, la razón pura es la divinidad misma. El plan cósmico está ordenado, pues, en conformidad con la razón[1]; es ésta la que enseña al hombre a conocer su destino, la finalidad incondicionada de su vida; aunque con frecuencia haya estado oscurecida, nunca se extinguió por completo y hasta en las tinieblas se conserve un tenue resplandor suyo.

Entre los judíos fue Juan quien hizo que los hombres prestaran atención a esta dignidad que es la suya, dignidad que no tendría que serles extraña, sino que habrían de buscarla en sí mismos, en su propio ser. No es en el linaje, ni en el afán de felicidad o en el servicio de un señor de gran reputación en lo que consiste esta dignidad, sino en el cultivo del destello divino que les ha sido otorgado y que les da testimonio de que, en un sentido más elevado, proceden de la divinidad misma. El cultivo de la razón es la única fuente de verdad y sosiego, fuente que nunca fue considerada por Juan como propiedad exclusiva suya o como una rareza, sino que todos los hombres pueden hacer brotar en sí mismos.

Mayores méritos son los adquiridos por Cristo en pro del perfeccionamiento de las corrompidas máximas de los hombres y en favor de la auténtica moralidad y de la más acendrada adoración de Dios.

El lugar donde nació[2] fue una aldea en Judea, Belén; sus padres fueron José y María[3]; la familia de José hacía derivar su descendencia de David, de acuerdo con los usos judíos, que conceden mucha importancia al árbol genealógico. En conformidad con las leyes judías, Jesús fue circuncidado ocho días después de su nacimiento[4]. De su educación sólo sabemos que pronto dio pruebas de una inteligencia poco común y que se interesó por cuestiones religiosas, de lo que cita un ejemplo[5]: a la edad de doce años se separó de sus padres por vez primera, dejándolos presa de una gran preocupación, y fue hallado entre los doctores del templo de Jerusalén, a los que dejó asombrados por sus conocimientos y su capacidad de juicio, fuera de lo común para su edad.

De su ulterior formación en la juventud hasta el momento en que hizo su aparición en público como hombre cultivado y como maestro, de todo este periodo de desarrollo tan extraordinariamente interesante hasta que tuvo treinta años, sólo nos han llegado las siguientes noticias: trabó conocimiento con Juan – de quien ya hemos hablado más arriba –, a quien llamaban el Bautista porque se dedicaba a bautizar a quienes hacían suyo su llamamiento a perfeccionarse[6]. Juan se sintió impulsado a llamar la atención de sus compatriotas en dirección a una meta más noble que el mero placer, a una aspiración más elevada que la de restablecer el antiguo esplendor del reino judío; de ordinario, moraba y enseñaba en un lugar retirado; por lo demás, sus necesidades eran muy sencillas: su vestimenta se componía de un manto de pelo de camello con un ceñidor de cuero; su comida consistía en langostas – insecto que en aquellas regiones es comestible – y en miel de abejas salvajes. De su doctrina sólo sabemos, en términos generales, que invitaba a los hombres a que cambiaran de modo de pensar y a que este cambio se tradujese en obras; que afirmaba que los judíos se

equivocaban al pensar que por descender de Abraham no tenían necesidad de este cambio para ser gratos a la divinidad y que bautizaba , a aquellos que se acercaban a él cuando daban muestras de estar arrepentidos de su conducta anterior (el bautismo era un acto simbólico que, a semejanza del acto de lavar las impurezas, hacía patente la renuncia a un modo de ser corrompido).

Así, pues, Jesús le fue a ver y se hizo bautizar por él; sin embargo, no parece que Juan haya considerado como un gran honor el tener discípulos y el vincularlos a sí mismo, pues cuando descubrió las grandes dotes de Jesús le aseguró que no tenía necesidad de ser bautizado e indicó a los demás que se dirigieran a él para que les enseñara, dando pruebas de su alegría también más adelante[7] cuando supo que Jesús encontraba tantos oyentes y bautizaba a tantas gentes (aunque no fuese él en persona quien bautizase, sino sólo sus amigos).

Finalmente[8], Juan fue víctima de la vanidad ofendida de Herodes, príncipe de aquellas regiones, y de la de una mujer, pues había censurado las relaciones de Herodes con su cuñada Herodías, por lo que aquél le había hecho encarcelar. Con todo, Herodes no se atrevió a desembarazarse de Juan, pues el pueblo le tenía por profeta. Un día que Herodes festejaba con gran brillantez su cumpleaños, una hija de aquella Herodías dio muestras de su talento como bailarina, de lo que Herodes quedó tan encantado que le autorizó a que le pidiera una gracia, asegurándole que le sería concedida, aunque se tratase de la mitad de su reino. La madre, que hasta entonces había tenido que reprimir la venganza de su ofendida vanidad contra Juan, sugirió a su hija que pidiese la muerte de éste. Herodes no tuvo el valor de desdecirse, y de atestiguar ante sus invitados, que en la promesa que había dado no estaba incluido crimen alguno; la cabeza de Juan le fue presentada en una bandeja a la muchacha, quien se la

llevó a su madre. Los discípulos de Juan enterraron su cadáver.

Fuera de esto, sólo nos han llegado -de este período de la vida de Jesús- algunos otros débiles rasgos del progresivo desarrollo de su espíritu.

En las horas[9] de su meditación en la soledad le vino a las mientes la pregunta de si no merecería la pena intentar conseguir convertir la materia menos noble en otra noble, inmediatamente utilizable por los hombres – algo así como hacer pan de las piedras –, y ello por medio del estudio de la naturaleza y quizá del trato con espíritus superiores; también pensó en la posibilidad de hacerse independiente de la naturaleza en general (despeñarse). Pero rechazó estos pensamientos considerando las limitaciones que la naturaleza ha impuesto al poder que el hombre tiene sobre ella, considerando que es indigno del hombre el ambicionar un poder semejante, siendo así que está en posesión de una fuerza más noble que la naturaleza y cuyo cultivo y desarrollo constituye el verdadero destino de su vida.

En otra ocasión, también le pasó por la imaginación todo lo que entre los hombres es tenido por grande y por digno de constituir el objeto de la actividad de un ser humano: regir a millones de hombres, hacer hablar de sí a medio mundo, ver a millones de personas pendientes de su voluntad o de su capricho, o bien vivir gozando alegremente de la satisfacción de sus deseos: todo cuanto pueda seducir la vanidad o excitar los sentidos. Pero cuando más adelante consideró las condiciones bajo las cuales, únicamente, se hace posible conseguir todo esto, incluso en el caso de que su posesión se quisiese utilizar exclusivamente para el bien de la humanidad, es decir, empequeñecerse dominado por las pasiones propias y ajenas, olvidar su más alta dignidad, renunciar al respeto propio, rechazó sin vacilación el pensamiento de hacer suyo

en alguna ocasión aquel deseo, decidido a permanecer eternamente fiel a lo que estaba escrito en su corazón con caracteres indelebles y a venerar solamente a la eterna ley de la moralidad y a aquel cuya santa voluntad no puede ser afectada por otra cosa que no sea esta ley.

Cuando tenía treinta años hizo él mismo su primera aparición en público como maestro; inicialmente su predicación parece haber estado limitada a algunos individuos; pronto se unieron[10] a él algunos amigos, en parte por el agrado que les producían sus enseñanzas y en parte por responder a su llamamiento, amigos que le acompañaban casi siempre por todas partes; por medio de su ejemplo y de sus enseñanzas Jesús quería desterrar de ellos el limitado espíritu de los prejuicios judíos y de su orgullo nacional y trataba de animarlos con su espíritu, que sólo concedía valor a la virtud que no está vinculada a ninguna nación en particular ni a ninguna institución positiva. Jesús fijó su residencia habitual en Galilea, y dentro de Galilea, en Cafarnaúm, desde donde solía hacer un viaje a Jerusalén en las grandes fiestas judías, especialmente en la Pascua anual.

La primera vez que Jesús fue a Jerusalén[11] después de iniciada su vida pública produjo mucho escándalo una extraña aventura suya: cuando entró en el templo, al que acudían todos los habitantes de Judea y en el que la adoración común se elevaba por encima de los mezquinos intereses de la vida y se aproximaba a la divinidad, encontró allí a una multitud de mercaderes que especulaban con la religiosidad de los judíos, comerciando con las mercancías que éstos precisaban para sus sacrificios y haciendo negocio con ocasión de la afluencia de gente procedente de todas las regiones de Judea en la época de las fiestas; Jesús, lleno de indignación contra ese espíritu mercantil, expulsó a los mercaderes del templo.
La doctrina de Jesús encontró aceptación entre muchos; Jesús conocía sobradamente la inclinación de los judíos por sus

inveterados prejuicios nacionales y su falta de sentido para algo elevado; la conocía demasiado para entrar en relación más estrecha con ellos y dar crédito a su convicción: no pensó que ésta fuese de tal naturaleza que sobre ella se pudiese construir algo grande; además, estuvo muy lejos de caer en la vanidad de sentirse honrado por el aplauso de una gran multitud y de incurrir en la debilidad de tomar esto por un testimonio que le confirmase en su propio convencimiento; no tuvo necesidad ni de aprobación ni de autoridad para creer en la razón.

No parecía que el escándalo que había dado Jesús[12] hubiese causado gran impresióna los doctores del pueblo y a los sacerdotes o, al menos, éstos pusieron cara de mirarle con desprecio; sin embargo, uno de ellos, Nicodemo, se sintió movido por lo sucedido a entablar una amistad más estrecha con Jesús y a enterarse de labios de éste de qué era lo nuevo y lo peculiar de su enseñanza y de si era digna de una cierta atención. Con objeto de no verse expuesto al odio o a la risa fue a verle en la oscuridad de la noche.

«También yo -dijo Nicodemo- me acerco a ti a fin de conocer tus enseñanzas, pues todo lo que acerca de ti oigo me confirma que eres un enviado de Dios, que Dios habita en ti, que procedes del cielo.» «Sí – respondió Jesús –; quien no tiene al cielo por origen, aquel en quien no habita la fuerza divina, no es ciudadano del reino de Dios.» «Pero – replicó Nicodemo – ¿cómo podría despojarse el hombre de sus predisposiciones naturales, cómo podría conseguir otras más nobles?; tendría que volver al cuerpo de su madre y nacer de nuevo, como criatura de otra especie.»

«El hombre en cuanto hombre – replicó Jesús – no es tan sólo un ser puramente sensible; su naturaleza no está limitada a inclinaciones al placer, también se da en él el espíritu, también hay en él un destello de la esencia divina: le ha sido

otorgada la parte de la herencia que corresponde a todos los seres racionales. Al igual que oyes silbar al viento y percibes su soplo pero no tienes ningún poder sobre él ni sabes de dónde vieneni a dónde va, así se anuncia en ti, de forma irresistible, esta capacidad interior, autónoma e inmutable; pero no sabemos cómo está en relación con la otra facultad, con la facultad sensible, sometida al cambio; no sabemos cómo pueda alcanzar aquélla un predominio sobre la capacidad sensíble.»

Nicodemo confesó que ésos eran conceptos que él no conocía. «¿Cómo – dijo Jesús – eres doctor en Israel y no comprendes lo que he dicho? La convicción de esto está tan viva en mí como la certeza de lo que veo y oigo. Pero ¿cómo podría exigiros que lo creaís basándoos en mi testimonio si no hacéis caso del testimonio íntimo de vuestro espíritu, de esa voz celestial? Sólo ella, cuya raíz está en los cielos, es capaz de mostraros lo que constituye una necesidad más alta de la razón; y, sin embargo, sólo teniendo fe en ella y obedeciéndola se puede encontrar paz y verdadera grandeza, la dignidad del hombre; pues hasta tal punto ha distinguido la divinidad al hombre frente al resto de la naturaleza que le ha animado con el reflejo de su esencia, dotándole de razón; sólo teniendo fe en ello cumple el hombre su alto destino. La razón no condena los impulsos naturales, sino que los rige y ennoblece. Sólo quien no la obedece se condena por desconocer esa luz, por no alimentarla en sí mismo y por mostrar en sus obras de qué espíritu es hijo; un ser como ése se aparta del esplendor de la razón, que ordena la moralidad como deber, pues sus malas obras se oponen a aquella iluminación, que le llenaría de vergüenza, autodesprecio y arrepentimiento, Pero quien procede rectamente consigo mismo se aproxima de buen grado al tribunal de la razón, no teme sus reprensiones ni el conocimiento de sí mismo que ella le proporciona y no tiene porqué ocultar sus actos, pues

dan testimonio del espíritu que le anima, del espíritu del mundo racional, del espíritu de la divinidad.»

Jesús abandonó de nuevo Jerusalén[13] cuando oyó decir que los fariseos se habían fijado en el elevado número de gentes que apreciaban su doctrina; acto seguido regresó a Galilea pasando por Samaria. Después de haber mandado por delante a sus discípulos a la ciudad a comprar comida se detuvo en una fuente que, según se decía, ya había pertenecido a Jacob, uno de los patriarcas del pueblo judío. Allí se encontró con una mujer samaritana y le pidió que le sacara un poco de agua; ella se quedó asombrada de que él, un judío, pidiese de beber a una samaritana, pues los dos pueblos se tenían tal odio recíproco por cuestiones patrióticas y religiosas que no se trataban para nada. Jesús replicó: "Si conocieras mis principios no me habrías juzgado con arreglo al modo de ser común de los judíos; tampoco habrías vacilado en pedirme tal cosa y yo habría abierto para ti una fuente distinta, de agua viva; el agua que de ella brota es una corriente que lleva a la vida eterna.» «Oigo decir que eres un hombre sabio – replicó la samaritana –; me atrevería a pedirte que me aclarases el principal objeto de controversia entre nuestra religión y la vuestra. Nuestros padres celebran el culto divino aquí, sobre el monte Garizim, y vosotros sostenéis que Jerusalén es el único lugar donde se debe rendir culto al Altísimo.» «Creéme, mujer – respondió Jesús – llegará el día en que ya no celebraréis culto divino alguno, ni en Garizim ni en Jerusalén; un día en el que ya no se creerá que el culto divino se reduzca a acciones prescritas o a un lugar determinado; llegará el día, y, en realidad, ha llegado ya, en el que los auténticos adoradores de Dios rendirán culto al padre común en el verdadero espíritu de la religión – pues sólo éstos le son gratos –, al espíritu en el que solamente impera la razón y su flor, la ley moral; únicamente en esto ha de estar fundada la auténtica adoración de Díos.»

El relato que acerca de Jesús y de su conversación con él hizo la mujer a sus conciudadanos les llevó a tenerle en gran opinión, lo que dio lugar a que muchos samaritanos salieran y recibiesen sus enseñanzas; mientras Jesús charlaba con ellos, sus discípulos, que habían regresado e nel ínterin, le ofrecieron de comer.

«No os ocupéis de eso – les respondió –; yo no pienso en el alimento del cuerpo; mi ocupación es cumplir la voluntad de Dios y llevar a cabo la tarea de perfeccionar a los hombres. Vuestros pensamientos se ocupan de la comida, de la cosecha que se anuncia. ¡Ampliad vuestras miras! Contemplad la cosecha que viene al encuentro del género humano: hacer que también esta simiente madure, en estos campos que no habéis sembrado. La semilla del bien que la naturaleza depositó en los corazones se ha desarrollado por sí misma aquí y allá; es tarea vuestra el cuidar estas flores, esperar, asumir esa labor que la naturaleza ha comenzado y llevar a sazón esas simientes.» A ruegos de los samaritanos Jesús se quedó dos días con ellos y les dio ocasión de que confirmaran por propia experiencia la alta opinión en que le habían tenido fiándose del relato de la mujer.

Dos días después Jesús prosiguió su camino[14]. Hacia Galilea; por donde pasaba exhortaba a los hombres a que cambiaran de modo de pensar y se hicieran mejores[15]; trataba de hacerles despertar de su sueño y de la estéril y ociosa esperanza de que pronto aparecería un mesías y restablecería el esplendor del culto y del estado judíos. «No esperéis a otro -les gritaba Jesús-; poned manos a la obra de vuestro perfeccionamiento; fijaos una meta más alta que la de volver a ser de nuevo lo que fueron los antiguos judíos; haceos mejores: entonces advendrá el reino de Díos.» Esto enseñaba Jesús por todas partes[16]: en Cafarnaúm, junto al lago Genezaret, en los lugares públicos y en las sinagogas de los judíos. Discutió, entre otros, acerca de un pasaje de los libros

sagrados de sus compatriotas en Nazareth, su lugar de nacimiento, donde decían de él: «¿No es éste el hijo de José, que nació aquí y fue educado entre nosotros?» El prejuicio de los judíos según el cual aquél a quien esperaban como salvador suyo tendría que ser de noble cuna y hacer su aparición con manifiesto esplendor era invencible. Por último, fue expulsadode la ciudad por sus conciudadanos, por lo que le vino a las mientes el proverbio de que «nadie es profeta en su tierra».

Fue en Nazareth donde invitó[17] a que le siguiesen a Pedro y a Andrés, así como a Santiago y a Juan, a quienes encontró ocupados en la pesca, su oficio, por lo que le dijo a Pedro: «Deja la pesca, quiero hacer de ti un pescador de hombres.»

A partir de entonces empezó a ser muy considerable el número de sus partidarios[18]; le acompañaban muchos hombres, venidos de ciudades y pueblos. Probablemente fue ante una muchedumbre tan numerosa, sobre un monte, donde pronunció por vez primera en este período de su vida el siguiente discurso:

«Bienaventurados[19] los humildes y los pobres, a ellos corresponde el reino de los cielos.
Bienaventuradoslos que padecen aflicción; un día serán consolados.
Bienaventurados los pacíficos; lograrán el goce de la paz.
Bienaventurados los que anhelan la justicia; su anhelo será colmado.
Bienaventurados los que son compasivos; también de ellos se tendrá misericordia.
Bienaventurados los que son limpios de corazón; ellos se aproximan al santo.
Bienaventurados los que aman la paz; a ellos corresponde el nombre de hijos de Dios.

Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia y por ello padecen injuria y difamación; alegraos y exultad, sois ciudadanos del reino de los cielos.»

De vosotros, amigos míos, querría poder decir que sois la sal de la tierra, pero ¿con qué se podrá salar cuando ésta se torna insípida?; insensiblemente se confunde con las demás materias comunes. Si se extinguiese en vosotros la fuerza del bien, vuestros actos desaparecerían con los restantes esfuerzos y agitaciones de los hombres. Mostraos como luz del mundo, de tal manera que vuestros actos iluminen a los hombres y que inflamen lo mejor que en ellos habita para que aprendan a levantar los ojos hacia fines más elevados y hacia el padre que está en los cielos.

No penséis que yo haya venido quizá a predicar la no validez de las leyes; yo no he venido a suprimir su obligatoriedad, sino a completarlas, a insuflar esplritu en esa muerta osamenta. El cielo y la tierra podrán perecer, pero no las exigencias de la ley moral ni el deber de obedecerla. Quien se exime a sí mismo y a los demás de su seguimiento no es digno de llevar el nombre de ciudadano del reino de Dios, pero quien las cumple y además enseña a los otros a respetarlas será estimado en el reino celestial. Lo que yo aporto a fin de cumplir el entero sistema de las leyes es la condición principal de que vosotros no os contentéis con observar la letra de las leyes, que sólo puede ser objeto de los juicios humanos –como hacen los fariseos y los escribas de vuestro pueblo –, sino que procedáis según el espíritu de la ley, por respeto al deber. Os aclararé esto mediante algunos ejemplos de vuestro libro de la ley; es considerado como antiguo mandamiento el qué dice: «No matarás; el que cometa asesinato habrá de comparecer ante el tribunal.» Sin embargo, yo os digo que no es la muerte de otro lo que da origen a la punibilidad del crimen. Aunque quien está encolerizado contra su hermano injustamente no pueda ser

castigado por ningún tribunal humano, con todo, de acuerdo con el espíritu de la ley será tan culpable como el criminal.

Así, os está ordenado hacer sacrificios en ciertas épocas. Si al aproximarse al altar os acordáis de que habéis injuriado a un hombre y de que él está descontento por esa razón, dejad vuestra ofrenda ante el altar y dad la mano a vuestro hermano en señal de reconciliación; sólo entonces podréis acercaros al altar, siendo gratos a los ojos de Dios.

Igualmente, uno de vuestros mandamientos dice: «No cometerás adulterio». Yo os digo que no sólo es una falta el acto real, sino que, en términos generales, la concupiscencia prueba que el corazón ya es impuro. Sea cual fuere la inclinación -la más natural, la más querida-, dominadla e incluso lesionadla antes de que seáis conducidos por ella más allá de los límites del derecho y que, a consecuencia de ello, vuestras máximas se destruyan y se corrompan poco a poco, aún cuando no hubieseis faltado a la letra de la ley al llevar a término la satisfacción de vuestras inclinaciones.

Otro ejemplo más es el de la antigua ley: «No has de jurar en falso». Pero, si tenéis respeto por vosotros mismos cada aseveración y cada promesa acompañados de un simple sí o no ha de ser tan sincera, tan santa e inviolable como un juramento ante la divinidad, pues no tenéis que dar vuestro si o vuestro no si no es con el convencimiento de que obrariáis así por toda la eternidad.

Hay también una ley civil que dice: «Ojo por ojo, y diente por diente», pero no dejéis que esta fórmula legal sea la norma de vuestra vida privada a la hora de responder a las ofensas o a la de dispensar mercedes. Indiferentes a la posesión de riquezas, sacrificad a los nobles sentimientos de la mansedumbre y de la bondad la sed de venganza y vuestros propios intereses, a menudo legítimos.

En verdad, también os está mandado el amor hacia vuestros amigos y vuestra nación, pero al lado de esto se os permite odiar a vuestros enemigos y a los extranjeros. Yo os digo, por el contrario: respetad la humanidad también en vuestros enemigos; en caso de que no los podáis amar, desead el bien de quienes os maldicen y haced el bien a quienes os odian; pedid a los demás por quienes ante ellos os denigran y tratan de haceros desdichados por medio suyo. De este modo llegaréis a ser auténticos hijos del Padre que está en los cielos semejantes al Infinitamente Bueno, que hace salir su sol por encima de buenos y malos y deja caer su lluvia sobre justos y pecadores. Pues cuando a vuestra vez amáis a quienes os aman, cuando hacéis el bien a vuestros bienhechores o cuando prestáis para volver a recibir un valor igual[20], ¿qué mérito adquirís con ello? Esto es un sentimiento natural, del que tampoco reniegan los malvados; con ello aún no habéis hecho nada en pro del deber. ¡Que la santidad sea vuestra meta, como es santa la divinidad!

Dar limosnas[21] y ser compasivo son virtudes dignas de recompensa, pero cuando no son practicadas a la manera de los mandamientos de que hemos hablado antes – esto es, con el espíritu de la virtud – sino para hacerse ver, entonces carecen por completo de mérito. Por tanto, si queréis dar limosnas no lo hagáis pregonar por las calles y en los púlpitos o en los periódicos, como hacen los hipócritas, a fin de ser tenidos en gran estima por las gentes; hacedlo secretamente, de manera tal que, por así decir, la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha. Vuestra recompensa, si es que tenéis necesidad de la representación de una recompensa como estímulo, será el tranquilo pensamiento de haber obrado bien y de que, por poco que el mundo conozca a su Creador, en todo caso el efecto de vuestra acción – aunque sea en cosas pequeñas: la ayuda que prestáis a la desgracia, el consuelo que otorgáis a la pobreza – será rico en consecuencias benéficas para la eternidad.

Cuando recéis, que no sea tampoco al modo de los hipócritas que están arrodillados en las iglesias, juntan las manos en la calle o resultan molestos a sus vecinos con sus cantos, todo para hacerse ver de los hombres; en verdad que su oración no tiene fruto. Que vuestra plegaria – lo mismo si la hacéis en la libre naturaleza que si rezáis en vuestra habitación – sea una elevación de vuestro ánimo sobre los mezquinos intereses que los hombres se fijan y sobre las apetencias que los arrastran de un lado para otro por medio del pensamiento en el Santo que hace que os acordéis de la ley que está enterrada en vuestros pechos y que os llena de respeto por ésta, que no puede ser destruida por los estímulos de las inclinaciones. No pongáis la esencia de la oración en muchas palabras, por cuyo medio los hombres supersticiosos se figuran que pueden alcanzar el beneplácito de Dios o adquirir algún poder sobre él o sobre el plan de su eterna sabiduría. No os asemejéis a ellos. Vuestro padre sabe de qué tenéis necesidad antes de que se lo pidáis; por tanto, las necesidades naturales o los deseos de las inclinaciones no podrán ser objeto de nuestra oración, pues ¿cómo podríais saber si la satisfacción de las mismas es un fin del plan moral del Dios Santo? Que el espíritu de vuestra oración sea que vosotros, vivificados por el pensamiento en la divinidad, os hagáis ante ella el firme propósito de consagrar a la virtud vuestro entero paso por la vida. Este espíritu de la oración, expresado en palabras, se habría dejado representar más o menos así:

"Padre de los hombres, a quien todos los cielos están sometidos, sé tú, Santísimo, la imagen que tengamos presente, a la que aspiremos a aproximarnos para que un día pueda llegar tu reino, en el que todos los seres racionales hagan de la ley la única regla de sus acciones.
¡A esta idea se someterán poco a poco todas las inclinaciones y hasta el grito de la naturaleza!

En el sentimiento de nuestra imperfección en comparación con tu santa voluntad, ¿cómo podríamos erigirnos en jueces severos o incluso vengativos de nuestros hermanos?

Más bien queremos trabajar en nosotros mismos solamente a fin de mejorar nuestro corazón, ennoblecer los móviles de nuestras acciones y purificar del mal nuestras intenciones cada vez más, a fin de hacernos semejantes a ti, cuya santidad y bienaventuranza son las únicas infinitas."

«Una señal de vuestro progreso en materia de perfección moral la tenéis en vuestro progreso en amor fraterno y en disposición al perdón. No amontonéis tesoros sobre la tierra, tesoros que nunca podréis llamar por completo vuestros: oro y plata, o belleza, habilidad – que están expuestos a la caducidad, al cambio de las circunstancias, y hasta al moho y a la carcoma de los insectos, o al peligro de que os los roben – que no sean tesoros como éstos los que colmen vuestra alma. Reunid un tesoro imperecedero en vosotros mismos, una riqueza en moralidad, sólo a esto podréis llamar propiedad vuestra en el pleno sentido de la palabra, pues está unido a vuestro propio ser, ni la fuerza de la naturaleza ni la mala voluntad de los hombres o incluso la muerte tienen poder alguno sobre ella. Al igual que el ojo ilumina al cuerpo y, cuando está sano, le dirige en todas sus ocupaciones, pero cuando es defectuoso entorpece al cuerpo en todo, así, cuando la luz del alma, la razón, está entenebrecida, ¿de dónde podría recibir su verdadera dirección un impulso o una inclinación cualquiera? Así como no es posible servir a dos señores con igual celo, así también es incompatible el servicio de Dios y de la razón con el servicio de los sentidos; uno de ellos excluye al otro o surge un desdichado e impotente vaivén de acá para allá entre ambos. Por ello os exhorto: liberaos de la eterna preocupación por el comer y el beber y por el vestido, necesidades que constituyen el ámbito completo del afán de la mayor parte de los hombres y que

según la importancia que le conceden parecen constituir su destino, la finalidad última de su existencia. ¿No hay además en el alma humana una necesidad más elevada que la del alimento y vestido? Mirad a los despreocupados pájaros del cielo, ni siembran ni cosechan ni acumulan en granero; el padre de la naturaleza se ha ocupado de su alimentación, ¿Acaso no tenéis un destino más alto que el suyo y tendríais que emplear la totalidad de las nobles fuerzas de vuestra alma sólo para satisfacer las necesidades del estómago? Dedicáis mucho esfuerzo al adecentamiento y embellecimiento de la figura que la naturaleza os ha otorgado, pero ¿puede vuestra vanidad con todo el esfuerzo de sentidos y cuidados haceros crecer una pulgada? O mirad las flores del campo, que hoy florecen tan magníficamente y que mañana se convertirán en pasto; ¿habría podido Salomón, con todo su esplendor, imitar la libre belleza de la naturaleza? Desembarazaos un poco, pues, de las angustiosas preocupaciones por el alimento y el vestido; que la más alta meta de vuestro afán sea el reino de Dios y la moralidad, que es el único medio de que lleguéis a ser dignos de ser ciudadanos suyos, entonces lo demás se dará por si mismo.»

«No seáis severos en vuestros juicios sobre otros[22], pues la medida que vosotros uséis será precisamente la que emplee con vosotros, y esto podría ser que no siempre redundara en beneficio vuestro. Porque veis de tan buen grado la paja en el ojo ajeno y no os dais cuenta de la viga en el vuestro, e incluso le llegáis a decir: «Amigo mío, déjame que te saque esa paja del ojo» y mira, ¡en vuestro ojo está la viga! Hipócrita, saca ésta primero y empieza a pensar entonces en salvar al otro; ocúpate primero de ti mismo, antes de querer ocuparte de otros. Cómo podrá el ciego mostrar el camino a otro ciego, ¿no caerían los dos en el foso? ¿O puede el maestro hacer al discípulo más hábil de lo que él mismo es?[23]. Si en adelante queréis hacer mejores a los demás, no os dirijáis

descuidadamente a cualquiera sin distinción, no arrojéis lo sagrado (anillos) a los perros, ni perlas a los puercos; no sabrían hacer otra cosa que pisotearlo y volverse contra vosotros mismos y derribaros. Acercaos a los hombres con ruegos y accederán a vuestras peticiones; buscad un lado por donde podáis alcanzarlos; encontraréis uno: *llamad suavemente y seréis admitidos*.»

«Actuad[24] de acuerdo con una máxima tal que podáis querer que, como ley universal entre los hombres, valga también para vosotros: ésta es la ley fundamental de la moralidad, el contenido de todas las legislaciones y de los libros sagrados de todos los pueblos. Entrad por esa puerta del derecho en el templo de la virtud; esa puerta es, desde luego, estrecha, el camino está lleno de peligrosy vuestros compañeros serán pocos. Mucho más buscado es el palacio del vicio y de la corrupción, cuyas puertas son anchas y cuyos caminos son fáciles. En el camino estad prevenidos especialmente contra los falsos maestros, que con el apacible aspecto de un cordero se acercan a vosotros y que bajo ese disfraz esconden los apetitos de lobos feroces. Otro criterio que os permitirá descubrirlos es el disimulo: juzgarlos por sus obras, pues ciertamente no se cogen uvas del zarzal ni higos del abrojo. El buen árbol da buenos frutos y malos frutos el malo; no es árbol bueno el que da malos frutos ni está podrido el que los da buenos[25]. Por sus frutos los conoceréis. De la plenitud de un buen corazón brotan buenas acciones y malos actos de la plétora de uno malo[26]. No os dejéis engañar por las palabras piadosas. No es el que clama a Dios y le ofrece oraciones y sacrificios el que forma parte de su reino, sino sólo aquel que cumple su voluntad, que se manifiesta al hombre en la ley de su razón. Muchos habrá en la eternidad que digan ante el juez del mundo: "¡Señor, Señor!, cuando hacíamos milagros, cuando expulsábamos malos espíritus y llevábamos a cabo grandes cosas, ¿acaso no hacíamos uso de tu nombre, acaso no te alabábamos y te dábamos gracias por todo esto como

obra tuya?" Entonces se les responderá: "¿Qué importancia tienen vuestros milagros, profecías o grandes acciones? ¿Era de eso de lo que se trataba? Dios no os reconoce por suyos; vosotros no sois ciudadanos de su reino, hacedores de milagros, augures, autores de grandes acciones. ¡Hicísteis además algo malo y la moralidad es la única medida del agrado divino! A aquel que habiendo oído estos principios los hace suyos le comparo con el hombre sabio que construyó su casa sobre las rocas; entonces cayó una tormenta, y los torrentes se acercaban y los vientos soplaban y batían también aquella casa, pero no se derrumbó porque había sido construido sobre una roca. A quien habiendo escuchado esta enseñanza no la sigue, le comparo con un necio que construyó su casa sobre arena y cuando vino la tormenta y batió también esta casa la derribó con gran estrépito, pues tenía unos cimientos poco sólidos".»

Estas palabras causaron gran impresión en sus oyentes, pues habló con fuerza y firmeza, y los temas tratados fueron de tal naturaleza que representaban el interés supremo de la humanidad.

A partir de entonces fue mayor la afluencia de gentes para oír a Jesús[27], pero también se acrecentó la atención que le prestaban los fariseos y el clero judío. Para sustraerse al tumulto de la muchedumbre y a las asechanzas de éstos, se retiraba a menudo a la soledad. En el curso de su estancia en Galilea pasó un día ante un despacho de arbitrios y vio allí sentado a un funcionario, llamado Mateo[28], al que también invitó a que le siguiera y al que más adelante estimaría digno de trato de confianza. Almorzó con él en compañía de otros muchos de esos funcionarios. Como entre los judíos publicano y pecador eran términos sinónimos, los fariseos participaron a los amigos de Jesús la extrañeza que tal cosa les causaba. Cuando Jesús oyó esto, les dijo: «No son los

sanos, sino los enfermos quienes tienen necesidad de un médico. Sin embargo, meditad durante el camino en el sentido de lo que en alguna parte[29] de vuestros libros sagrados está escrito: "No son los sacrificios, sino la rectitud lo que me es grato".»

A unos discípulos de Juan les llamaba la atención que mientras ellos y los fariseos ayunaban mucho, los amigos de Jesús no hicieron tal cosa. A su pregunta, Jesús les respondió: «¿Qué motivo tendrían para estar tristes?; llegará el día en que les será arrebatado su maestro, al igual que a vosotros el vuestro, ¡entonces podrán ayunar! ¿Por qué tendría yo que exigir de ellos tal severidad en su modo de vida? No se ajustaría bien ni con la costumbre que hasta ahora han tenido ni con mis principios, que no conceden ningún valor al aire severo y aún menos me permiten que imponga a los demás la observación de ciertas prácticas.»

Como de nuevo iba a ser la Pascua[30], Jesús se encaminó también a Jerusalén. Durante su estancia allí estaban los judíos muy escandalizados de que él hubiese dado una vez una caridad a un pobre en sábado; vieron en ello una profanación de ese día santo y una arrogancia, un no tener por obligatorio un mandamiento que Dios mismo había dado en cierto modo, atribuirse un derecho que sólo corresponde a Dios y equiparar su autoridad a la de la divinidad. Jesús les dio esta respuesta: «Cuando tenéis a vuestros estatutos eclesiásticos y a vuestros movimientos positivos por la suprema ley que ha sido dada al hombre, desconocéis la dignidad humana y su capacidad para crear a partir de sí mismo el concepto de la divinidad y el conocimiento de su voluntad; quien no reverencia en sí mismo esta capacidad, no adora a la divinidad. Lo que el hombre puede llamar su yo y lo que está por encima de la tumba y la descomposición y lo que determinará para sí mismo la recompensa merecida es capaz de juzgarse a sí mismo; este yo se manifiesta como

razón, cuya legislación no depende de ninguna otra cosa y a la que ninguna autoridad en la tierra o en los cielos puede imponer otra medida del juzgar. Esto que yo enseño no lo hago ni por ocurrencias mías ni por propiedad mía; no exijo que nadie tenga que aceptar esto fiándose de mi autoridad, pues no busco mi gloria (someto esto al juicio de la razón universal, que determinará a cada cual a creerlo o a dejar de creerlo). Cómo podríais aceptar a la razón como medida suprema del saber o de la fe si no habéis escuchado nunca la voz de la divinidad, si no prestáis oídos al sonido de esta voz en vuestro corazón, si no prestáis atención a quien pulsa estos acordes; si creéis tener la propiedad exclusiva del conocimiento de lo que constituye la voluntad de Dios y hacéis objeto de vuestra apetencia de gloria a la distinción que debe poneros por encima de todos los demás hijos del hombre; si os remitís a Moisés, y siempre a Moisés, y si fundáis vuestra fe en la autoridad ajena de un único hombre. Basta con que leáis con atención vuestros libros santos, pero tenéis que poner en ello el espíritu de la verdad y de la virtud y encontraréis en ellos el testimonio de este espíritu y, al mismo tiempo, vuestra propia acusación: vuestro orgullo, que se complace en su limitado horizonte, no os permite elevar vuestra vida a nada más alto que vuestra ciencia sin espíritu y vuestros usos mecánicos.»

Algunos otros motivos[31] dieron ocasión a que los fariseos echaran en cara a Cristo y a sus discípulos el que profanaban el sábado. Un sábado que Jesús se paseaba con sus amigos por un sembrado, éstos tuvieron hambre y arrancaron espigas, o las plantas que fuesen – quizá habas orientales –, y se comieron los granos (lo que, por lo demás, estaba permitido). Los fariseos, que vieron esto, llamaron la atención a Cristo sobre que sus discípulos hacían algo que no estaba permitido en sábado. Pero Cristo les respondió: «No os acordáis de aquel episodio de la historia de vuestro pueblo en el que se dice que David cuando tuvo hambre comió el pan

consagrado del templo y lo repartía también entre sus compañeros; no tenéis presente que también los sacerdotes tienen múltiples ocupaciones en sábado. ¿Por ventura santifica el templo estas ocupaciones? Yo os digo: el hombre es más que un templo; es el hombre, y no un lugar determinado, el que santifica esas acciones o las hace impías; el sábado está hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del sábado, pues el hombre es también señor del sábado. Si hubiéseis meditado en lo que dije a algunos de vuestra corporación en otra ocasión acerca de lo que significa la frase "Dios pide amor, no sacrificios", no habríais censurado tan severamente a unos inocentes.» Asimismo[32], le preguntaron los fariseos otro sábado, en una sinagoga, buscando un motivo para acusarle y aprovechando la circunstancia de que estaba presente un hombre que tenía una mano inútil, si estaría permitido curarle en ese día. Jesús replicó: «¿Quién de entre vosotros no sacaría a su oveja si hubiese caído en una fosa en sábado? iY cuánto mayor valor no tiene un hombre que una oveja! Así, pues, está perfectamente permitido el llevar a cabo una buena acción en sábado.» Ya en varias ocasiones habíamos visto la mala voluntad de los fariseos contra Jesús y a partir de entonces se aliaron de hecho con el partido de Herodes para quitarle de en medio en cuanto fuera posible.

Volvemos a encontrar de nuevo a Jesús en Galilea, donde mantuvo oculta su estancia a causa de aquella persecución; también a los que venían a oírle a su casa les recomendó encarecidamente que no diesen a conocer a nadie que estaban allí.

De la multitud de sus oyentes[33], Jesús escogió a doce a fin de tener a algunos a quienes pudiese *insuflar su espíritu* en toda su pureza, con objeto de hacerlos capaces de ayudarle en la difusión de su doctrina y porque él se daba cuenta demasiado bien de que la vida y las fuerzas de un solo hombre no

alcanzaban para formar moralmente a una nación entera. Sus nombres están en Marcos 3 16-19.

En una ocasión[34] en que Juan había enviado a algunos de sus amigos a Jesús para hacerle preguntas acerca de la finalidad de su enseñanza, éste les reprochó a los fariseos la frialdad con que habían acogido el llamamiento de Juan a que se hiciesen mejores: «¿Qué curiosidad – dijo – es la que os impulsó a ir al desierto, pues no fue el anhelo de haceros mejores? ¿Quizá ver a un hombre como vosotros, a un hombre sin carácter, que cambia de máximas de acuerdo con su conveniencia, un junco impulsado de acá para allá por e! viento?, ¿o un hombre en suntuosos vestidos, que gasta a manos llenas? A un hombre así no se le encuentra en un desierto, sino sólo en los palacios de los reyes. ¿O quizá a un adivino o un taumaturgo? ¡Juan fue más que eso! Pronto encontró aceptación entre las gentes sencillas, pero no pudo conmover los corazones de los fariseos y de los escribas ortodoxos ni hacer que estuviesen predispuestos al bien. ¿Con qué compararía ahora a esa clase de hombres? Quizá con chicos que juegan en el mercado y se llaman a voces unos a otros: "¡Hemos silbado para vosotros y no habéis bailado! Entonces ¡hemos cantado canciones tristes, pero tampoco habéis llorado!". Juan no comía pan ni bebía vino, vosotros decíais que el mal humor le alimentaba; yo como y bebo como los demás y entonces decís que soy un glotón y un borracho y frecuento a mala gente. Pero la sabiduría y la virtud encontrarán quienes las honren y quienes justifiquen su valor.»

Sin prestar atención a esta reprensión, un fariseo llamado Simón le invitó a comer. Una mujer, que probablemente tenía mucho que agradecer a la doctrina de Jesús, tuvo noticia de ello, fue a la habitación con un vaso de ungüento precioso y se acercó a Jesús. La visión del virtuoso y el sentimiento de su vida pecadora le hizo verter lágrimas y arrojarse a sus pies; en

el sentimiento de aquello en lo que él habla contribuido a su arrepentimiento y a su retorno la senda de la virtud, le besó los pies, los regó con sus lágrimas, los secó con sus cabellosy los ungió con el precioso ungüento. La bondad con que Jesús acogió esas manifestaciones mediante las cuales encuentra alivio un corazón lleno de arrepentimiento y gratitud, la bondad de Jesús, que no rechazó este sentimiento, ofendió la delicadeza de los fariseos, que dieron a conocer en su gesto la extrañeza que les producía el que Jesús acogiera tan bondadosamente a una mujer de tan mala reputación. Jesús se dio cuenta de ello y le dijo a Simón: «Tendría algo que contarte,» «Habla pues», dijo Simón. «Un acreedor – se puso a contar Jesús – tenía dos deudores, uno de los cuales le debía quinientos denarios y el otro cincuenta; como no estaban en condiciones de pagarle la deuda, él se la perdonó. ¿Cuál de los dos le amará más?» «Seguramente aquel a quien más le habla regalado», dijo Simón. «Sin duda», replicó Jesús. «Y entonces le mostró a la mujer: «Mírala – prosiguió –; vine a tu casa; tú no me ofreciste agua para que me lavara los pies, y ella los ha rociado con sus lágrimas y los ha secado con los cabellos de su cabeza; tú no me besaste, ella no ha considerado indigno ni el besarme los pies; tú no ungiste mi cabeza con aceite, y ella ha ungido mis pies con un ungüento precioso. A una mujer que es capaz de un amor y de una gratitud semejantes le son perdonadas sus faltas, por muchas que sean; la frialdad en tan nobles sentimientos probaría que no se retorna a la virtud desinteresada,» «Es un divino goce – le dijo además a la mujer – el contemplar tu valor y el triunfo de la fe en ti misma, en que aún eres capaz de hacer el bien. ¡Vete en paz!»

Jesús recorría ciudades y pueblos[35] y predicaba en todas partes; sus acompañantes fueron sus doce apóstoles y también mujeres, algunas de las cuales eran ricas y mantenían al grupo con su riqueza. Dio a conocer esta parábola en presencia de una gran multitud (una parábola es

una narración inventada que representa de modo sensible una cierta doctrina; se distingue de las fábulas en las que los personajes que intervienen son animales y de los mitos en los que toman parte demonios o seres alegóricos, mientras que en las parábolas son personas): «Un sembrador fue a sembrar su simiente; una parte cayó en el camino y fue pisoteada y comida por los pájaros; otra cayó en terreno rocoso, en e lque no había mucha tierra, creció pronto, pero se marchitó en seguida a causa del calor, pues no tenia raíces profundas; otra semilla cayó entre unas zarzas que echaron renuevos y la sofocaron; por último, una parte cayó en buena tierra y dio frutos en una proporción de treinta, sesenta y hasta cien veces por cada una». Cuando sus discípulos le preguntaron por qué exponía sus enseñanzas al pueblo veladas mediante parábolas, les dio esta respuesta: «Desde luego vosotros tenéis sentido para las elevadas ideas del reino de Dios y de la moralidad, que da derecho de ciudadanía en él, pero la experiencia me ha enseñado que para los judíos éstas son palabras vanas y, con todo, quieren oír algo de mí; sus inveterados prejuicios no dejan que la verdad desnuda llegue a su corazón. El que tenga disposiciones para acoger en sí mismo algo mejor, podrá sacar partido de mis enseñanzas, pero a quien le falte aquel sentido de lo mejor, de nada le servirá el escaso conocimiento del bien que pueda tener. Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen; por esa razón sólo les he dicho una alegoría que ahora quiero explicaros. El grano sembrado es el conocimiento de la ley moral. A aquel que solamente tuvo ocasión de alcanzar este conocimiento, sin comprenderlo rigurosamente, un tentador podría arrancarle del corazón el poco bien que quizá había sido sembrado allí; esto es lo que significa la simiente que cayó en el camino. El que fue acogido con alegría al no haber echado raíces profundas, pronto se dejó vencer por las circunstancias y cuando la necesidad y la desdicha amenazan a la honestidad son causa de que la simiente se malogre. La semilla que cayó en la zarza es el estado de aquellos que aunque han oído

hablar también de la virtud, ésta es sofocada en ellos por las preocupaciones de la vida y por las engañosas seducciones de la riqueza y queda sin fruto. La semilla que fue sembrada en buena tierra es la voz de la virtud que ha sido comprendida y produce treinta, sesenta y hasta cien veces más de fruto.»

Les enseñó otras nuevas parábolas[36]: «El reino del bien puede ser comparado con un campo en el que su propietario ha sembrado buena simiente. Mientras sus gentes dormían vino un enemigo y sembró cizaña entre el trigo y salió a hurtadillas de allí. Cuando comenzó a brotar en la espiga la semilla empezó a verse también la cizaña. Los siervos preguntaron al amo: «Tú has sembrado simiente sin mezcla, ¿cómo es posible que haya tanta cizaña en el campo?» «Sin duda ha tenido que sembrarla un enemigo mío», respondió el amo. Los siervos le preguntaron: «¿Quieres que arranquemos la cizaña?» «No -replicó el amo con más prudencia-, pues con la cizaña arrancaríais también las espigas de trigo; dejad que ambas crezcan juntas hasta la cosecha y entonces daré orden a los segadores de que aparten la cizaña y la destruyan y de que recojan el grano bueno.» Cuando Jesús se quedó solo con sus discípulos y ellos le preguntaron por la explicación de la parábola, les dijo lo siguiente: «El sembrador de la buena semilla son los hombres buenos que, por medio de su doctrina y de su ejemplo, hacen que los hombres presten atención a la virtud; ¡El campo es el mundo!; la buena semilla son los hombres mejores; la cizaña, los viciosos; el enemigo que siembra la cizaña son las tentaciones y el tentador; el tiempo de la cosecha es la eternidad, que da al bien y al mal lo que se han merecido; entre tanto la virtud y el vicio están una con otro en relación demasiado estrecha como para que pueda ser arrancado de raíz sin perjuicio para aquélla.»

Desde otro punto de vista comparó el reino del bien con un grano de mostaza, que con ser tan pequeño crece basta llegar a ser una planta tan grande que los pájaros pueden llegar a

anidar en ella; o también con un poco de pasta fermentada que amasada con tres fanegas de harina aceda la masa entera. Con el reino del bien pasa lo mismo que con la semilla, que una vez sembrada en la tierra ya no precisa de más esfuerzo, germina y se desarrolla sin que se note; pues la tierra tiene por naturaleza una fuerza propia que hace que la semilla germine, que se llene de tallos y que se cargue de espigas repletas[37].

Comparó también al reino del bien con un tesoro oculto en un campo que alguien descubre y que vuelve a ocultar de nuevo y luego con alegría vende todo lo que tiene y compra aquel campo; o con un comerciante que busca perlas preciosas y encuentra una muy bella que vende todo lo que tiene a fin de hacerse propiamente suyo; o con un pescador que ha pescado peces de todas clases y que los escoge en la orilla, poniendo unos en sus cestos y tirando por la borda a los otros. Así se distinguirá en el gran tiempo de la cosecha a los buenos de los malos, a unos por la recompensa que encuentran en la paz que da la virtud, a los otros por el arrepentimiento, la acusación contra sí mismos y la venganza.

Entre tanto[38], vinieron a visitar a Jesús unos parientes y no pudieron acercarse a él por la muchedumbre de gente que le rodeaba; como quiera que se lo contara a Jesús, éste les respondió: «Mis hermanos y parientes son quienes escuchan la voz de la divinidad y la siguen.»

Al tener noticia[39] de la muerte de Juan, hizo que lo llevaran en barco a la orilla este del lago Tiberíades, pero sólo estuvo poco tiempo entre los gerasenos[40] y volvió de nuevo a Galilea.

Por esa época Jesús[41] envió a sus doce discípulos a que, al igual que él, combatiesen los prejuicios de los judíos, quienes,

orgullosos de su nombre y de su ascendencia -lo que a sus ojos era cosa muy meritoria-, los ponían por encima del único valor, que es el que confiere a los hombres la moralidad.

«No tenéis que hacer grandes preparativos para vuestro viaje – dijo Jesús –, y así daros a conocer por medio de cualquier especie de gastos. En donde se os preste oídos os detendréis por algún tiempo; a quien os reciba de malagana no le importunéis: marchaos de allí inmediatamente y proseguid vuestro camino.» Parece ser que sólo estuvieron ausentes poco tiempo y se presentaron de nuevo al lado de Jesús.

Un día que se encontraba[42] en compañía de fariseos y escribas que venían de Jerusalén, éstos se mostraron extrañados de que los discípulos se sentaran a la mesa con las manos impuras, es decir, sin lavar, pues los judíos, según un precepto basado en la tradición, no se ponen a comer sin antes haberse lavado muy a conciencia y, además, por cuidadosamente que se hayan lavado tienen que rociar con agua todas las copas, los vasos, sillas y bancos antes de cada comida. Preguntáronle a Jesús los fariseos: «¿Por qué tus discípulos no viven según los preceptos de nuestros padres, sino que se sientan a la mesa sin haber purificado sus manos?» Jesús respondió: «Un pasaje de vuestros libros sagrados puede seros aplicado fácilmente: este pueblo me sirve con sus lenguas, pero su corazón está lejos de mí; su adoración carece de alma, pues es la observación de preceptos arbitrarios.» Vosotros no acatáis el mandamiento divino, sino que os atenéis por completo a los usos humanos; así, por ejemplo, a la bendición con agua de las copas y sillas y otras cosas semejantes a éstas; en eso sois escrupulosos. Por ejemplo, un mandamiento divino que vosotros suprimís para seguir siendo fieles a vuestros estatutos eclesiásticos es la ley: «Honra a tu padre y a tu madre; quien profiera palabras sin amor contra el padre o la madre ha de morir». Pero vosotros habéis establecido otra ley: cuando alguien se

encolerice y diga a su padre o a su madre: «que el servicio que yo podría prestaros o el bien que podría haceros sea consagrado al templo», entonces le consideráis algo obligado como si se tratase de un voto a que ya no les haga ningún bien y tenéis por pecado el que preste algún servicio al padre o la madre. Así anuláis aquel mandamiento divino por medio del vuestro. Tenéis aún más preceptos del mismo tipo. Y Jesús dijo a la multitud que le rodeaba: «Escuchadme y comprended lo que os digo: ningún objeto físico, nada de lo que el hombre toma fuera de sí puede mancharle sino sólo aquello que es creación suya, lo que sale de su boca es lo que muestra si su alma está pura o impura.» Sus discípulos querían que reparara en que los fariseos se escandalizaban de aquella predicación. «Dejad que se escandalicen; esas hierbas que salen de los hombres tienen que ser arrancadas – dijo Jesús –. Son ciegos que enseñan el camino a otros ciegos y que yo querría arrancar al pueblo de manos de esos guías ciegos, pues de lo contrario caerá en el foso con aquellos a quienes se confía.» Cuando el pueblo se hubo dispersado y Jesús estuvo de vuelta en la casa, sus amigos le preguntaron que qué explicación tenía lo que había dicho al pueblo sobre las cosas puras y las impuras. «¿Cómo – replicó Jesús – tampoco vosotros habéis sido capaces de captarlo? ¿Acaso no comprendéis que lo que pasa por la boca del hombre es elaborado en el estómago y en los intestinos y eliminado por los conductos de evacuación? Pero lo que sale de la boca, palabras y acciones, procede del alma del hombre y esto puede ser puro o impuro, santo o no santo; es en el alma donde se originan los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, los robos, los falsos testimonios, las difamaciones, la envidia, el orgullo, la lujuria, la avaricia – estos vicios son los que hacen impuro al hombre – y no el que tal vez no se purifique las manos con agua antes de sentarse a la mesa.»

En la época de la fiesta judía de los tabernáculos[43] los parientes de Jesús le animaron a que fuera con ellos a

Jerusalén para que se hiciera oír y se diera a conocer en un escenario mayor que el de las ciudades y pueblos de Galilea, pero Jesús les respondió que para él no era el tiempo oportuno, que podían ir sin temor a que los hombres les odiasen como a él porque había dado testimonio a los judíos de que sus costumbres estaban corrompidas y sus acciones eran malas. Sólo unos días después de que sus parientes se hubiesen marchado de Galilea se fue también Jesús a Jerusalén, pero totalmente en secreto. Allí ya se habían informado acerca de él, pues le esperaban como a un judío; el juicio del pueblo, especialmente de los galileos, emitió diferentes pareceres sobre él: unos le consideraban un hombre recto, mientras que otros veían en él a un seductor; a pesar de todo los galileos no se atrevían a hablar públicamente con él por miedo a los judíos. Sólo hacia la mitad de los días de la fiesta se presentó Jesús en el templo y enseñó allí. Los judíos se quedaron asombrados al enterarse, pues era conocido de todos que Jesús no había estudiado. Jesús les dio esta respuesta: «Mi doctrina no es una invención de los hombres que haya de ser aprendida de otros penosamente. Quien, libre de prejuicios, se haya propuesto seguir la genuina ley de la moralidad podrá verificar en seguida si mi doctrina es una invención mía; desde luego, quien busca su propia gloria, concede un gran valor a las especulaciones y preceptos de los hombres, pero quien busca sinceramente la gloria de Dios, es lo bastante noble como para rechazar todas las invenciones que los hombres han asociado a la ley moral o por las que incluso la han sustituido. Bien sé que me odiáis y que hasta tramáis mi muerte porque yo os he declarado que está permitido curar a un hombre en sábado; si Moisés os da autorización para circuncidar a un hombre en sábado, ¿cuánto más no os la dará para curarlo?» Unos jerosolimitanos que le habían escuchado dieron a entender por medio de sus palabras que habían oído hablar de un proyecto del Sanedrín para quitar de en medio a Jesús; se quedaban asombrados al oírle hablar de modo tan público

y libre y que, sin embargo, aún no lo hubiesen puesto la mano encima, dado que tenían intención de hacerlo; desde luego, Jesús no podía ser el mesías que los judíos esperaban a fin de restablecer el esplendor de su culto y la independencia de su reino, pues de él sabían ya de dónde era, mientras que, según las profecías, el mesías aparecería súbitamente. De esta manera se oponían siempre a Jesús los prejuicios de los judíos, quienes, lejos de buscar un maestro que tratase de perfeccionar sus costumbres y de librarlos de sus prejuicios contrapuestos a la moralidad, querían, por el contrario, un mesías que les liberase de la dependencia de los romanos y no encontraban en Jesús a un tal mesías. Pronto fueron informados los componentes del Sanedrín por sus criados de que Jesús se encontraba en el templo y les recriminaron por no haber traído consigo prisionero a Jesús inmediatamente; los criados se disculparon diciendo que nunca habían oído hablar así a nadie y que no se habían atrevido a cogerle. Al oír estas palabras les dijeron los fariseos: «¿Cómo? Se diría que también a vosotros os ha seducido. ¿Veis que haga mucho caso de él un miembro del Sanedrín o un fariseo? Sólo la plebe, ignorante de nuestras leyes, se deja engañar por él.» Como Nicodemo, que una vez había ido a ver a Jesús de noche, les objetara que de acuerdo con las leyes no se puede condenar a nadie sin antes haberle oído y haberse informado con toda precisión de sus acciones, los otros le criticaron, diciendo que quizás él también fuese un seguidor del galileo y que de Galilea no podría salir ningún profeta. El Sanedrín se disolvió – a lo que parece – sin haber llegado a una conclusión formal respecto a Jesús. Jesús pasó[44] la noche en el Monte de los Olivos, o quizás en Betanía, que está situada al pie de ese monte, donde tenía conocidos, y luego volvió de nuevo a la ciudad y al templo; mientras estaba enseñando allí, unos escribas y fariseos condujeron ante él a una mujer que había sido sorprendida en adulterio, la pusieron en medio de todos, como si fuesen a iniciar un juicio contra ella, y sometieron el caso a Jesús diciendo que la ley de Moisés ordena que se la

lapide y preguntándole que cuál era su opinión. Jesús se percató de su intención de tenderle una trampa, hizo como que no había oído nada, se agachó y comenzó a hacer figuras en el suelo con el dedo. Cuando aquéllos insistieron en que querían conocer su opinión, se levantó y les preguntó: «Aquel de entre vosotros que sepa que está libre de pecado, que le tire la primera piedra», y continuó haciendo figuras en la arena como hasta entonces. A esta respuesta de Jesús los escribas se alejaron sigilosamente de allí uno tras otro y Jesús se quedó solo con la mujer. Entonces se levantó y vio que allí ya sólo quedaba la mujer. «¿Dónde están tus acusadores? – preguntó –; ¿no te ha condenado nadie?» «Nadie», dijo ella. «Tampoco yo te condeno; adiós, y en el futuro no peques nunca más.»

Otra vez[45], cuando Jesús dio una conferencia pública en el templo, le objetaron los fariseos que qué prueba podía mostrar que les garantizara a él y a los demás la verdad de su doctrina; que ellos tenían la suerte de estar en posesión de una organización y unas leyes que habían sido legitimadas por la solemne revelación de la divinidad. Jesús les dio esta respuesta[46]: «Por ventura ¿creéis que la divinidad ha arrojado al género humano en el mundo abandonándolo en manos de la naturaleza, sin una ley, sin una conciencia de la finalidad última de su existencia, sin la posibilidad de encontrar en sí mismo cómo podría llegar a ser grato a la divinidad?[47]; sería cosa de suerte el conocimiento de las leyes morales, conocimiento que sólo a vosotros, a este rincón de la tierra, sin que se sepa por qué, os había sido deparado, quedando exceptuadas todas las otras naciones: eso es lo que os lleva a imaginar la egoísta limitación de vuestras cabezas. Yo me atengo tan sólo a la genuina voz de mi corazón y de mi conciencia; quien obedece a ésta rectamente, es iluminado por su verdad; hacer caso de esta luz es lo único que exijo de mis discípulos. Esta ley interior es una ley de la libertad, ley a la que el hombre se somete libremente como dada por sí

mismo; es eterna, en ella habita el sentimiento de la inmortalidad. Por el deber de darla a conocer a los hombres estoy dispuesto a dar la vida como un fiel pastor por su rebaño; podéis tomarla de mí, no tenéis por qué robármela, sino que yo mismo la sacrifico libremente. Vosotros sois esclavos, pues estáis bajo el yugo de una ley que es y ha sido impuesta desde fuera y que, por tanto, no tiene el poder de sustraeros a la servidumbre de las inclinaciones por medio del respeto a vosotros mismos.».

La acogida que Jesús había encontrado en Jerusalén[48], el ánimo de los judíos y en especial de los sacerdotes, contra él, que habían tomado la decisión de excomulgar y de excluir de la participación al culto divino y la enseñanza pública[49] a aquellos que habían tomado a Jesús por el Mesías que los judíos esperaban – de lo que él nunca se había calificado públicamente –, todo este ánimo hostil le hizo presentir las violencias (quizás incluso la muerte) que tendría que soportar aún; hizo partícipes de estos pensamientos a sus discípulos. «Esperamos que no suceda tal cosa – dijo Pedro –. ¡No lo quiera Dios!» «¿Cómo -respondió Jesús-, eres lo bastante débil como para no estar preparado para ello o quizás como para no creerme preparado a mí? iDe qué forma tan sensible piensas todavía! Aún no conoces la fuerza divina que impone el respeto al deber para, por amor de él, triunfar del requerimiento de las inclinaciones e incluso del amor a la vida!» Entonces, volviéndose hacia los restantes discípulos, les dijo: «Quien quiere seguir la virtud, tiene que saber imponerse privaciones; quien desea permanecer inconmoviblemente fiel a ella, tiene que estar dispuesto a sactificar incluso su vida; quien ama su propia vida perderá su alma; quien la desprecia, permanece fiel a su mejor yo y le salva de la coerción de la naturaleza. ¿Qué valor le quedaría al hombre para quien el mundo entero se convirtiese en botín y que degradara así su propio ser? ¿Qué precio podría ser una

compensación por la virtud perdida? Un día brillará en la gloria el oprimido y la razón restablecida en sus derechos asignará a cada cual la recompensa de sus actos.»

Después de haberse detenido en Jerusalén más tiempo del que acostumbraba (pues se quedó allí desde la fiesta de los tabernáculos hasta la de la dedicación del templo en diciembre[50)], Jesús regresó, y, por cierto, por última vez, a la región[51] que fue el escenario habitual de su vida, a Galilea. En esa época de su estancia allí no parece que haya enseñado como hasta entonces[52], ante una gran muchedumbre de gentes del pueblo, sino que se ocupó sobre todo de la formación de sus discipulos.

En Cafarnaúm[53] le reclamaron el tributo anual en beneficio del templo. «Tú qué piensas, Pedro – le dijo cuando entraba en casa con él –, ¿los reyes de la tierra exigen, por ventura, el pago de impuestos a sus hijos, o más bien a los otros?» «A los otros», dijo Pedro. «Entonces, de este modo, los hijos estarán exentos – replicó Jesús – y nosotros, que adoramos a Dios en el verdadero espíritu de la palabra, no tenemos por qué contribuir en forma alguna al mantenimiento de un templo del que no tenemos ninguna necesidad para servir a Dios, pues tratamos de hacer eso por medio de una buena conducta. Con todo, para que no se escandalicen y para que nosotros no demos muestras de desprecio con respecto a algo que para ellos es tan sagrado, paga por nosotros.»

Entre los discipulos de Jesús se produjo[54] una disputa por el rango que a cada cual correspondería, en especial en el reino de Dios, en el momento en que por fin se manifestara, pues ellos todavía asociaban a éste muchas ideas sensibles y no estaban completamente libres de la concepción judía de un reino temporal: aún no se representaban puramente la idea del reino de Dios como un reino del bien en que sólo

imperaban la razón y las leyes. Jesús escuchó con tristeza esta disputa, llamó después a un niño y les dijo: «Sí no cambiáis y retornáis a la inocencia y al candor e ingenuidad que tiene ese niño, en verdad no seréis ciudadanos del reino de Dios; quien se siente en oposición a otros o incluso a un niño como éste, o se excede contra él o cree estar autorizado a tratarle con indiferencia, es un ser indigno; pero a aquel que ofende la santidad de la inocencia y daña su pureza, mejor le sería que le colgaran del cuello una piedra de molino y le ahogaran en el mar. Desde luego, en el mundo nunca faltarán ofensas a un sentimiento puro, ¡pero pobre del hombre que dé un tal escándalo! ¡Guardaos bien de despreciar a nadie y mucho menos al candor del corazón, es la más tierna y noble flor de la humanidad, el más puro trasunto de la divinidad; sólo a él se le otorga un rango, y precisamente el más alto; ese candor se merece que le sea sacrificado todo aquello que constituye vuestras más queridas inclinaciones, todo deseo de la vanidad y de la ambición o de la falsa vergüenza, todo tener en cuenta la utilidad o el provecho; si aspiráis a alcanzarlo, si sabéis estimar la dignidad a la que todo hombre está destinado y de la que todo hombre escapaz y si, por último, meditáis en que no todos los árboles pueden estar revestidos de la misma corteza[55] y en que aquel que no está contra vosotros en aquello que hace falta al hombre está fundamentalmente con vosotros, aunque en lo demás, en lo que es indiferente, tenga otras costumbres y otros usos, en tal caso no os tentará ni la vanidad ni la arrogancia frente a los demás. Pero si pensáis que algo está realmente perdido, entonces, en lugar de despreciarlo, tomaos el trabajo de mejorarlo, de llevar a los hombres a la senda de la virtud. ¿Qué pensáis? ¿Acaso no vagará por los montes el pastor que de cien ovejas haya perdido una, buscando a la que se ha extraviado? Y cuando tiene la suerte de encontrarla, su alegría por haber dado con ella será mayor que la que tenga por las noventa y nueve que no se extraviaron.»

«Pero cuando un hombre te ha ofendido en algo trata de ponerte de acuerdo con él; haz que se explique y entiéndete con él. Si te escucha, será culpa tuya si no puedes ponerte de acuerdo con él; si no te escucha, lleva contigo a una o dos personas para deshacer el equívoco; que esto tampoco resulta, entonces somete vuestra disputa al juicio de varios árbitros. Si en tal caso no te da la mano en señal de reconciliación y tú, por tu parte, has hecho todo lo posible, huye de él y no tengas nada más que ver con él. Ofensas e injusticias que los hombres se hayan perdonado unos a otros y haciendo bien las hayan reparado, también están perdonadas en el cielo. Cuando vosotros estéis juntos de esa manera, en el espíritu del amor y de la conciliación, estará entre vosortos el espíritu con que quería vivificarse.»

Al oír esto, Pedro le preguntó a Jesús[56]: «¿Cuántas veces tengo que perdonar a un hombre que me ha ofendidoo que me ha hecho una injusticia, quizás hasta siete veces?» «¿Por ventura crees que eso sería mucho? – replicó Jesús –; yo te digo, hasta setenta veces siete. Escuchad una historia: un prlncipe quiso hacer cuentas con sus servidores; a uno le descubrió una deuda de diez mil talentos, y como quiera que éste no tenía esa suma, le ordenó que vendiera todo aquello a lo que podía dar el nombre de propiedad suya, incluso a su mujer y a sus hijos como esclavos, y que le pagara. El siervo cayó a sus pies y le suplicó que tuviese paciencia y que le diera una prórroga, pues quería pagarle todo. El señor se compadeció de su situación y le perdonó la deuda entera. Cuando este siervo se alejaba de su señorse encontró con otro siervo suyo, que le debía cien denarios (una suma que guarda con la anterior la proporción de uno a más de un millón), le increpó y le exigió violentamente el pago de la deuda; no prestó oídos a la súplica que le hacía el hombre arrodillado pidiéndole que tuviese paciencia, sino que hizo que le llevaran a la cárcel hasta que estuviera saldada la deuda entera. A otros siervos que habían presenciado esto les

entristeció muchísimo este trato y se lo comunicaron al príncipe, quien hizo que compareciera ante él aquel hombre despiadado y le dijo: «¡Hombre sin corazón!, a petición tuya te he perdonado tu gran deuda: ¿no habrías debido de apiadarte del otro al igual que yo me apiadé de ti? ¡Llevaoslo!» Y el príncipe ordenó que fuera encerrado en la cárcel hasta que hubiera satisfecho todo. En este ejemplo veis cómo la condescendencia es una señal distintiva de un alma purificada, que es la única que es aceptada, como siendo perfectamente válida, por la santa divinidad – en lugar de la acción que a menudo es imperfecta – y que es la única condición bajo la cual podéis esperar el veros libres de condena por la eterna justicia, de la que os ha hecho merecedores vuestra vida pasada, y la condición que hace posible que por medio de un cambio en vuestro modo de pensar lleguéis a ser hombres diferentes.

Jesús[57] decidió regresar a Jerusalén y tomando precisamente el camino que pasaba por Samaria; envió por delante a algunos de su grupo para que preparasen lo necesario en un pueblo. Pero como los samaritanos habían tenido noticia de su decisión de ir a Jerusalén para la Pascua no querían mostrar hospitalidad alguna para con él e incluso les negaban el paso. Algunos acompañantes de Jesús tuvieron la ocurrencia de pedir al cielo que destruyera con sus rayos el pueblo. Jesús se volvió hacia ellos indignado: «¿Es ése el espíritu que os anima, el espíritu de la venganza? ¡Un espíritu que si tuviese a su disposición las fuerzas naturales castigarla con la destrucción una acogida hostil! ¡Que vuestra meta sea construir el reino del bien y no destruir!» Y acto seguido volvieron sobre sus pasos.

En el camino[58] se ofreció un escriba para acompañar continuamente a Jesús, quien le dijo: «Pero piensa que los zorros tienen madrigueras y los pájaros nidos, y yo, sin

embargo, no tengo un sitio que pueda considerar mío propio, donde pudiera descansar mi cabeza.»

Entonces[59] Jesús tomó otro camino algo más largo hacia Jerusalén, enviando siempre por delante a dos de los que iban con él para prevenir a la gente de su llegada, pues su acompañamiento era muy numeroso; les dio reglas de conducta para el camino: no pretender arrebatar por la fuerza ningún servicio, seguir adelante cuando no quisieran acogerles, concentrar su atención en todas partes en incitar a los hombres a hacer el bien diciendo que en esa obra aún quedaba mucho por hacer y que los trabajadores eran muy pocos.

Sus discípulos[60] comunicaron que habían sido bien recibidos aquí y allá. Jesús pronunció entonces unas palabras: «Honor y gratitud te sean dadas, Padre del cielo y de la tierra, porque no es propiedad de la erudición y de los conocimientose el conocer lo que para cada cual es un deber, porque todo corazón no corrompido puede sentir por sí mismo la diferencia entre el bien y el mal. ¡Ojalá los hombres se hubieran quedado detenidos aquí y no hubiesen encontrado, además del deber que la razón impone, una multitud de cargas para atormentar a la pobre humanidad, cargas que llegan a ser una fuente de orgullo y en las que no se encuentra ningún sosiego, si no es a expensas de la virtud!»

En este viaje encontró Jesús a un escriba, quien entabló una conversación con él para conocer y probar los principios de Jesús: «¿Qué he de hacer, maestro, para ser digno de la bienaventuranza?» «¿Qué está indicado en la Ley?» – le preguntó Jesús a su vez –. Haz de amar con toda tu alma a la divinidad, como prototipo de la santidad, y a tu prójimo como a ti mismo» – respondió aquél – «Has contestado bien – replicó Jesús –; sigue ese camino y serás digno de la suprema bienaventuranza.» El escriba quiso dar a entender que con

esa sencilla respuesta aún no estaba satisfecho su profundo espíritu: «Esto aún requiere otra explicación: ¿a quién hemos de considerar como a ese nuestro prójimo al que nos está mandado amar?» «Quiero darte una explicación por medio de una historia: un hombre fue de viaje de Jerusalén a Jericó por un camino que pasaba por un desierto y no era seguro; cayó en manos de unos bandidos que le despojaron, le hicieron varias heridas y le dejaron tendido medio muerto. Por casualidad, inmediatamente después de este hecho pasó por la misma carretera un sacerdote y vio al herido, pero prosiguió su camino; lo mismo sucedió con un levita que iba por el mismo camino y pasó de largo sin tener piedad de él. Sin embargo, un samaritano que iba de viaje por allí se apiadó del herido en cuanto le vio, se acercó a él, vendó su heridas y las lavó con aceite y vino, le puso en su mula y le llevó a un albergue, donde hizo que le cuidaran, y como él proseguía el viaje al otro día, además le dejó dinero al posadero para sufragar los gastos de aquello de lo que el enfermo aún pudiese tener necesidad, diciéndole que si los gastos sobrepasaran ese dinero no tenía que escatimar nada, que él le reembolsaría lo restante a la vuelta. ¿Cuál de esos tres, pues, se ha mostrado como prójimo para con el infortunado? ¿Cuál le ha considerado como su prójimo?» El escriba le replicó: «Aquel que cuidó del otro compasivamente.» Así, pues, mira tú también como tu prójimo a cualquiera que tenga necesidad de tu ayuda o de tu compasión, sea cual fuere su nacionalidad, su fe y su color.»

Los fariseos[61], inaccesibles a las doctrinas de Jesús, que les hacía representar la insuficiencia de su comportamiento legalista para con la moral, exigieron de él en diversas ocasiones, como confirmación de sus palabras, que negaban el valor de su legislación, una especie de fenómeno atmosférico extraordinario, algo semejante a como cuando Jehová había sancionado su solemne revelación; Jesús les dio esta respuesta: «Al atardecer decís: "Mañana hará buen

tiempo: hay una bella puesta de sol", pero si por la mañana el cielo está rojo turbio entonces profetizáis lluvia. ¿Así, pues, entendéis del aspecto del cielo lo bastante como para predecir el tiempo, pero no sois capaces de juzgar los signos del tiempo presente? ¡No os dais cuenta de que han aparecido entre los hombres necesidades más altas, que ha despertado la razón que os pedirá cuentas por vuestras arbitrarias enseñanzas y preceptos, por vuestro envilecimiento de la finalidad última de los hombres, la virtud, que subordináis a aquéllos, y que os pedirá cuentas por la coacción con que queréis mantener la autoridad de vuestra fe y de vuestros mandamientos entre vuestro pueblo! No os será dado otro signo que no sean maestros, de lo que también podríais aprender vosotros lo que es conveniente para vuestro propio bien y para el de la humanidad.»

En esta ocasión invitó a comer a Jesús[62] un fariseo, que se extrañó de que Jesús no se lavase las manos antes de sentarse a la mesa[63]. Jesús le dijo: «Vosotros, desde luego, laváis el exterior de la copa y de la mesa, pero ¿está limpio por ello el interior? Quien tiene bien en orden su aspecto externo, ¿tiene su interior en regla? Donde el alma está santificada allí está santificado también el aspecto exterior. Pagáis correctamento el diezmo de la mejorana, de la ruda y de cada insignificante yerba que crece en vuestros jardines: en esa ansiedad por pequeñeces que hacéis pasar por la perfección, ¿no olvidáis que existen deberes aún superiores: la justicia, la compasión y la sinceridad, cuya observación establece la esencia de la virtud y al lado de los cuales hay que hacer también todo lo demás? ¿Acaso no están dirigidos solamente a lo exterior vuestros conceptos acerca de lo que tiene valor? AsI, aspiráis ante todo a tener un puesto importante en las sinagogas, o la presidencia en los banquetes o a ser saludados por todo el mundo en la calle. Cargáis al pueblo con una multitud de penosos preceptos y vosotros os atenéis a lo exterior; tenéis la pretensión de ser los guardianes del templo

de la verdad pero os cerráis el paso a él a vosotros mismos y a los demás por medio de mandamientos innecesarios.» Tales represiones que, con expresiones a menudo aún más fuertes, Jesús dirigía a los fariseos y los escribas – en cuyas manos estaba el gobierno del país – contribuyeron a exasperar los cada vez más y a que madurara en ellos la decisión de proceder judicialmente contra él.

Ante una gran muchedumbre de gentes del pueblo[64] Jesús habló de forma aún más perentoria del peligro de dejarse contagiar por el espíritu de los fariseos. «Tened cuidado – dijo – con el fermento de los fariseos que, imperceptiblemente y sin cambiar el aspecto exterior del conjunto, le da al todo un sabor completamente distinto: ¡me refiero a la hipocresía! Esta disimulación no engañará al ojo del que todo lo ve. Ante él permanece abierto el ánimo del corazón por mucho que se le quiera ocultar; él, el omnisciente, no tiene que juzgar a los hombres según sus actos – la exterior y con frecuencia engañosa manifestación de su carácter –, sino que los juzga según la bondad interior de la voluntad. Yo os digo: amigos míos, no temáis a los hombres que sólo pueden matar al cuerpo y cuyo poder no llega más lejos, pero temed a quienes envilecen la dignidad de vuestro espíritu y os hacen dignos ante la razón y la divinidad de la pérdida de la bienaventuranza. Es una despreciable hipocresía el no atreverse por temor a los hombres a exteriorizar en actos los principios de la verdad y de la virtud o a profesarlos con palabras. Hablar mal de mí o de otro maestro de la virtud es una cosa aún excusable, pero quien llega a maldecir del santo espíritu de la virtud es un infame. No tengáis un temor infantil a veros en una situación embarazosa si se os piden explicaciones ante los tribunales o en las sinagogas sobre vuestra libre declaración del bien; vivificados por el espíritu de la virtud no os faltarán ni el valor ni las palabras para defenderla.»

Saliendo de entre la muchedumbre allí presente un hombre se acercó a Jesús y le rogó encarecidamente que tratase de inducir a sus hermanos a partir con él su herencia, en la esperanza de que el prestigio de Jesús conseguiría de ellos más que él. Pero Jesús le dio esta respuesta: «¿Quién me ha puesto como juez o como árbitro entre vosotros?» Y volviéndose a los otros les dijo: «No os entreguéis a la avaricia; el hombre no cumple su destino volviéndose cada vez más rico; quiero haceros más comprensible esto por medio de un ejemplo. A un hombre rico le producían tantos frutos sus propiedades que llegó a verse embarazado por la plétora de cosecha, teniendo que hacer agrandar sus graneros para conservarla; luego pensó para sus adentros: "Cuando esto esté en orden conserva todo con mucho cuidado y tendrás para vivir ricamente por muchos años; así, pues, descansa, come, bebe y date la gran vida. Pero entonces escuchó la voz de la muerte: "¡Insensato! Esta noche se te reclamará el alma; ¿para quién has atesorado?» Así, se somete a un trabajo vano para un fin bajo quien amontona tesoros y no piensa en una riqueza y en un destino cuya finalidad es eterna. ¡Que no llene vuestra alma la preocupación por la riqueza, que vuestro espíritu se consagre sólo al deber y vuestra labor al reino del bien! Manteneos dispuestos a vivir y a morir como hombres, de lo contrario el amor a la vida dará con el espanto armas a la muerte contra vosotros y el temor a la muerte os robará la vida. No lo dejéis para otro día y penséis, quizá, que no corre ninguna prisa el dedicarse a más altos fines que a acumular tesoros o a vivir para el placer. Cada momento que habéis sustraído al servicio del bien está perdido para vuestro destino o bien la muerte os sorprende y vosotros os asemejáis a un intendente cuyo amo está ausente y a quien le ha confiado entre tanto el gobierno de la casa; el guarda se dice entonces para sus adentros: "Mi amo todavía tardará en volver", y empieza a maltratar a la servidumbre, a regalarse y a emborracharse. Pero, en el momento en que él menos se lo espere, el amo le

sorprenderá y le dará su merecido. Y así como el siervo que conoce la voluntad de su amo pero que no la cumple es castigado más duramente que aquel que, aunque haya obrado de modo punible, no conocía la voluntad de su amo, así también se exigirá mucho del hombre al que se le confió mucho y que tuvo disposiciones y ocasión para hacer mucho bien. ¿Acaso creéis que os he invitado aun tranquilo goce de la vida, que un despreocupado y dichoso futuro sea el destino que para mí espero y exijo? ¡No, mi destino será la persecución, al igual que lo será el vuestro! Discordia y lucha serán las consecuencias de mi doctrina. Esta lucha entre el vicio y la virtud y entre el apego a las tradicionales opiniones y usos de la fe, que han sido instaurados por alguna forma de autoridad en las cabezas y en los corazones de los hombres y entre el retorno al renaciente servicio a la razón, restablecida en su derecho, esta lucha provocará desavenencias entre las familias y entre los amigos; esta lucha honrará a la mejor parte de la humanidad, pero será funesta si aquellos que derriban lo antiguo, porque aherrojaba la libertad de la razón y profanaba las fuentes de la moralidad, ponen en su lugar de nuevo una fe impuesta que se atenga a las palabras y que una vez más prive a la razón de su derecho a crear la ley a partir de sí misma y a creer libremente en ella y someterse libremente a ella. ¡Ay, y cuando arruinen esta fe impuesta con la espada y con la fuerza exterior e inciten a padres contra hijos, a hermanos contra hermanos y a madres contra hijas y conviertan a la humanidad en traidora a la humanidad!»

Le contaron a Jesús[65] un suceso que había tenido lugar por aquel tiempo. Pilatos, el procónsul de Judea, había hecho ejecutar – no se sabe por qué razón – a unos galileos mientras estaban haciendo los sacrificios. Conociendo el modo de pensar de sus discípulos[66], que ya en otra ocasión, cuando hablan encontrado a un ciego de nacimiento, llegaron rápidamente a la conclusión de que ese ciego o sus padres

tenían que haber sido grandes pecadores, Jesús aprovechó la ocasión para hacerles la siguiente advertencia: «¿Al oír esto quizá se os ocurra pensar que esos galileos debieron de ser los peores de su pueblo, pues han tenido ese destino, o que aquellos ocho o diez sobre los que recientemente se desplomó la torre de Siloé, matándolos, han debido de ser los más corrompidos del pueblo de Jerusalén? ¡No!; juzgar despiadadamente a hombres a los que sobrevienen una tal desgracia no es la forma de considerar un suceso semejante, sino que, despertando por medio de ello de la tranquilidad con que os entregáis a la autocomplacencia, debéis hacer examen de conciencia y preguntaros lealmente si no es que vosotros os habéis hecho merecedores de un destino semejante. Escuchad la siguiente historia: El propietario de una Villa había plantado allí también una higuera; cada vez que iba a coger frutos de este árbol se encontraba con que no había ninguno, por lo que le dijo al jardinero: "Hace ya tres años que vengo a ver este árbol inútilmente; tálale para que el lugar que ocupa pueda ser utilizado mejor". El jardinero respondió: "No lo toques aún para que yo remueva el suelo en torno a él y que le ponga más abono; así espero conseguir frutos de él, y si no lo cortaré a hachazos." A menudo se retrasa así el destino merecido y se da tiempo al criminal para que se corrija y al despreocupado para que conozca fines más altos. Si deja pasar descuidadamente este plazo, le llega su hora y le toca el castigo merecido.»

Entre tanto, Jesús prosiguió su camino hacia Jerusalén, deteniéndose aquí y allá en los lugares donde encontró ocasión de dar buenas enseñanzasa los hombres. En aquel trayecto le preguntaron también si serían pocos los que alcanzarían la bienaventuranza. A esta pregunta Jesús respondió: «Cada uno de nosotros lucha por sí mismo para alcanzar el estrecho camino del buen modo de vivir; muchos de los que lo intentan lo yerran. Cuando el dueño de una casa ha cerrado con llave las puertas y entonces vosotros llamáis y

gritáis que os abra, él os contestará: "No os conozco"; cuando aleguéis que en otro tiempo habéis comido y bebido con él y que habéis escuchado sus palabras, él os dirá: es cierto que habéis comido y bebido conmigo y que habéis escuchado mis palabras cuando enseñaba, pero os habéis hecho viciosos; ya no os reconozco como amigos míos, ¡marchaos! Así habrá muchos del oriente y del occidente, del sur o del septentrión, muchos que adoren a Zeus, a Brahma o a Wotan que hallarán merced ante el juez del mundo, y serán condenados muchos de los que, orgullosos de su conocimiento de Dios, deshonran con su vida este conocimiento mejor y se figuran que son los primeros.»

Unos fariseos – no se sabe si con buena intención o por cualquier otra razón – aconsejaron a Jesús que abandonara la región de Herodes, porque éste quería atentar contra su vida. La respuesta de Jesús fue que sus actos eran de tal naturaleza que en manera alguna podrían inquietar a Herodes; y además sería extraño que Jerusalén – escenario habitual de la muerte de tantos maestros que intentaron curar al pueblo judío de su obstinación en sus prejuicios y del engaño con que en favor de éstos infringían todas las normas de la moralidad y de la sabiduría –, que Jerusalén no fuese también el lugar donde él se encontrase con un destino semejante.

En otra ocasión Jesús almorzó[67] nuevamente en casa de un fariseo; allí observó la prisa que algunos se daban para escoger los primeros lugares, que ellos creían que debían de ocupar de acuerdo con su rango, e hizo observar que apiñarse en losprimeros puestos podría convertirse con frecuencia en causa de bochorno, pues cuando se presentase alguien de rango superior habría que soportar la vergüenza de renunciar, ceder el sitio y cambiarlo por otro inferior; por el contrario, el que está sentado en el último lugar y es llamado por el dueño de la casa para que ocupe un lugar superior, recibirá más honra a causa de ello. En términos generales,

quien se eleva a sí mismo será humillado, mientras que el que es humilde será ensalzado. Al dueño de la casa le señaló que, además de la hospitalidad de invitar a comer a sus parientes o amigos o a sus vecinos ricos, que normalmente corresponderían a una prueba de amistad semejante con la reciprocidad en la invitación, conocía otra forma de generosidad aún más noble, la de dar de comer a pobres, enfermos u otros desdichados que no podrían devolver el favor a su vez más que por medio de la sincera expresión de su gratitud y del sentimiento de su aliviada preocupación, por la conciencia que estas acciones dan a quien las hace de haber vertido un bálsamo en las heridas de los desdichados y de haber hecho un bien a la pobreza. «¡Bienaventurado aquel que se cuenta entre los que así obran – exclamó uno de los comensales –, pues es ciudadano del reino de Dios!» Jesús aclaró este concepto del reino de Dios por medio de la imagen de un príncipe[68] que quería festejar la boda de su hijo con una gran comida y convidó a muchos invitados; el día de la fiesta envió a sus criados a que fueran a pedir a los invitados que viniesen, que el banquete les estaba esperando. Entonces uno se disculpó por no poder ir, pues había comprado unas fincas que tenía que ir a ver; otro dijo que tenía que examinar cinco pares de bueyes que acababa de comprar; un tercero disculpó su ausencia refiriéndose a su matrimonio, que hacía poco que había celebrado; otros llegaron a tratar con desprecio a los criados, de tal manera que no apareció ninguno de los invitados. El príncipe, encolerizado por ello, ordenó a sus criados que, ya que el gasto estaba hecho, fuesen a las calles y plazas de la ciudad a invitar a los pobres ciegos, tullidos y demás enfermos. Los criados cumplieron lo ordenado, pero como quedara sitio aún, el señor les envió de nuevo para que buscasen en los caminos y por las cercas y trajeran a quien se encontrasen, a fin de que la casa estuviera llena. Asi pasa con el reino de Dios: para muchos son más importantes fines mezquinos que su destino superior; muchos, puestos por la naturaleza o por la suerte en un

círculo de actividad más amplio, descuidan irresponsablemente la ocasión de poder hacer muy buenas obras y a menudo está desterrada la honradez a humildes cabañas o confiada a talentos limitados. Poder hacer sacrificios es uno de los principales atributos de un ciudadano del reino de Dios; aquel para quien las relaciones como hijo, o como hermano, como marido, como padre, aquel para quien su felicidad o su vida son más queridas que la virtud, no es lo bastante hábil ni para trabajar en la propia perfección ni para conducir a otros hacia ella. En especial, quien quiera trabajar para otros, que antes examine bien sus fuerzas para ver si está en condiciones de hacerlo; al igual que es objeto de la burla de la gente un hombre que comienza a construir una casa pero que tiene que dejarla sin acabar por no haber calculado previamente el costo total, o asi como un príncipe prueba sus fuerzas previamente antes de arriesgarse a atacar a otro que le amenaza con la guerra y cuando no encuentra que sus fuerzas sean equiparables a las del otro trata de hacer las paces con él, así también habrá de examinarse aquel que quiera consagrarse al mejoramiento del hombre, para ver si en esa lucha será capaz de renunciar a todo lo que antes tenía atractivo para él.»

Una vez más se escandalizaron los fariseos[69] de ver recaudadores de impuestos y mala gente entre los que escuchaban a Jesús y de que él no expulsara a tales gentes. A esto replicó Jesús: «Cuando una oveja se ha descarrriado del rebaño de un pastor, ¿no se alegra más por la oveja que ha encontrado que por las otras que no perdió? ¿Acaso no es también una alegría para los hombres buenos ver cómo retorna a la virtud un alma que se habia descarríado? Quiero contaros una historia: «Un hombre tenía dos hijos. A petición del más joven para que le diera su parte de la herencia, el padre la repartió entre sus hijos, el más joven cogió sus bienes pocos días después y, a fin de poder gozar de ellos sin trabas y a su gusto, se marchó a una remota región donde

despilfarró en juergas todo su haber. Se encontraba ya en la miseria cuando ésta se vio acrecentada aún por una gran carestía, con lo que llegó a su grado máximo; finalmente encontró ocupación en casa de un hombre que le envió al campo para que guardara cerdos, con los que tuvo que compartir las bellotas que le servían de sustento. Entonces su triste destino hizo que se acordara de nuevo de la casa de su padre. «¡Cuánto mejor – se dijo a sí mismo – viven los jornaleros de mi padre, a los que nunca falta el pan, que yo, a quien consume el hambre aquí. Voy a volver a casa de mi padre y confesarle: "¡Ay, padre!, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; acéptame tan sólo como a uno de tus jornaleros".» Puso en práctica este pensamiento; su padre le vio venir desde lejos, fue a su encuentro, le abrazó y le besó. «iAy – dijo el desdichado arrepentido –, mis errores me hacen indigno de ser llamado aún hijo tuyo!» Pero el padre dio orden a sus criados de que le buscaran el mejor vestido y de que le calzaran: «y matad al ternero cebado; vamos a celebrarlo todos, pues mi hijo, que para mí estaba muerto, ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido encontrado de nuevo.» Entre tanto el hijo mayor volvió del campo; al acercarse a la casa oyó el ruido de la fiesta y preguntó que qué pasaba. Cuando un siervo se lo dijo se encolerizó y no quiso entrar en casa. El padre salió fuera y le explicó lo sucedido; el hijo no quería oír ni palabra: «Tanto tiempo hace que estoy en tu casa, que trabajo para ti y me atengo en todo a tu voluntad y tú nunca me has permitido que dé una fiesta para mis amigos; ¡y viene este hijo, que disipó su fortuna con mujeres, y le organizas fiestas!» «¡Hijo mío! – dijo el padre – tú estás siempre en mi casa, no te falta nada, todo lo mío es tuyo. Tendrías que alegrarte y que estar de buen humor porque tu hermano, que estaba perdido, se ha recuperado; tu hermano, a quien habíamos renunciado, está sano de nuevo.»

En otra ocasión[70], que, sin embargo, nos es desconocida, Jesús refirió a sus amigos la siguiente historia: Un hombre rico tenía un administrador que fue denunciado ante él, acusado de derrochar los bienes que le eran confiados; el señor le hizo llamar y le dijo: "¿Qué oigo decir de ti? Ríndeme cuentas de tu administración, pues no puedes conservar por más tiempo tu cargo." Entonces el administrador pensó qué podría hacer: perdía su cargo; no se sentía con fuerzas para trabajar a jornal y se avergonzaría de pedir limosnas; finalmente se le ocurrió un medio para salir del apuro: hacerse amigo de los deudores de su amo para que cuando tuviese que abandonar su puesto le admitiesen en su casa; los llamó uno a uno, y a uno de ellos, que debía cien barriles de aceite, hizo que le preparasen otro recibo en el que constaba que la deuda sólo se elevaba a cincuenta barriles; a otro le rebajó su deuda de cien fanegas de trigo a ochenta, y asi hizo con los restantes. Cuando el amo se enteró de ello después, al menos tuvo que darle al infiel administrador el testimonio de la sagacidad en la que casi siempre son aventajados los hombres buenos por los malos, pues la astucia de estos últimos no tiene el menor escrúpulo en faltar contra la honradez. De la historia que os he contado saco en provecho vuestro el consejo de que vuestra sagacidad en el empleo del dinero que quizás tengáis, consista en haceros amigos entre los hombres, especialmente entre los desdichados; pero no, como aquel administrador, a expensas de la honradez, pues quien es desleal en las cosas pequeñas lo será aún más en las grandes; si no podéis ser honestos en los asuntos de dinero, ¿cómo seréis sensibles al interés superior de la humanidad?; si tenéis tanto apego a algo que tendríais que tratar como ajenos a vosotros que por ello os olvidáis de la virtud, ¿qué otra cosa excelente se podrá esperar de vosotros? Considerar el provecho como la más alta de la propia vida es incompatible con conferirle idéntico rango a la virtud.»

Unos fariseos que habían escuchado estas palabras y que tenían mucho apego al dinero se burlaban de que Jesús menospreciara tanto el valor de la riqueza. Jesús se dirigió a ellos y les dijo: «Sólo os esforzáis en presentar una apariencia de santidad a los ojos de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones. Lo que para el modo sensible de juzgar aparece como digno de ser considerado como grande, como digno de respeto, desaparece en su nada ante la divinidad.» Había una vez un hombre rico que se vestía con púrpura y seda y que día tras día vivía en la abundancia. Ante su puerta se sentaba a menudo un pobre, llamado Lázaro, a cuyo cuerpo enfermo – estaba lleno de llagas – nadie daba alivio de no ser a veces los perros que le lamían; muchas veces habría saciado su hambre con gusto sólo con las últiInas migajas de la mesa del rico. El pobre murió y fue a morar a los campos de los bienaventurados. Poco después murió también el rico y fue enterrado con pompa, pero su destino fue distinto del del pobre; cuando alzó sus ojos y vio a Lázaro junto a Abraham, gritó con fuerza: «¡Ay, padre Abraham, apiádate de mí y envía a Lázaro para que me dé alivio en mi tormento con una gota refrescante, al igual que un enfermo de fiebre se refresca con una gota de agua!» Abraham respondió: «Hijo mío, acuérdate de que mientras tú gozabas de tu rlqueza en aquella vida, Lázaro, por el contrario, era desdichado. Ahora él es consolado y tú penas.» «Entonces, solamente te pido, padre, que le envíes a la casa de mi padre, pues aún tengo cinco hermanos, a fin de que Lázaro les instruya de mi destino y les prevenga para que no se hagan merecedores de un destino semejante.» «Tienen una ley en su razón y tienen también las doctrinas de los hombres buenos; a los que tienen que oír.» «Esto no les basta – respondió el desdíchado – pero si se les apareciese un muerto salido de su tumba, si que se harían mejores.» «Al hombre – repuso Abraham – le está dada la ley de su razón; ni del cielo ni de la tumba le puede venir otra enseñanza, pues una tal enseñanza sería completamente opuesta al espíritu de

aquella ley, que exige una sumisión libre, y no una sumisión servil, arrancada por medio del temor.»

En otra ocasión[71], igualmente desconocida, los amigos de Jesús le hicieron el extraño ruego de que fortaleciese su valor y su firmeza. Jesús les respondió: «Esto sólo puede conseguirse por medio del pensamiento en vuestro deber y en la gran meta del destino que ha sido asignado al hombre; de este modo no pensaréis nunca que habéis dado fin a vuestro trabajo y que ya estáis autorizados a gozar. Cuando un siervo regresa a casa del campo, su amo no le dirá: "vete y date buenavida", sino "¡prepárame ahora la cena y sírveme, luego podrás cenar tú también!"; y cuando el siervo ha hecho esto, el amo no piensa que le deba gratitud por ello. Igualmente, cuando vosotros hayáis hecho lo que debíais, no penséis: "hemos hecho algo más de lo que debíamos; el tiempo del trabajo ha terminado ya y ahora tiene que empezar el tiempo del goce", sino más bien: "no hemos hecho otra cosa que lo que era nuestra obligación"».

En otra ocasión, los fariseos, que no podían desprenderse de su representación sensible del reino de Dios, le preguntaron a Jesús, que hablaba del reino de Dios con frecuencia, que cuándo vendría éste. Jesús les respondió: «El reino de Dios no se manifiesta por medio del esplendor o mediante acontecimientos externos; tampoco se puede decir "mira, aquí está o allá está", pues, véis, el reino de Dios ha de ser edificado en vuestro interior.» Acto seguido, se dirigió a sus discípulos: «A menudo, también vosotros desearéis ver edificado el reino de Dios en la tierra; con frecuencia os dirán que aquí o allá hay una tal confraternidad de hombres bajo la ley de la virtud: no persigáis tales ilusiones; no esperéis ver el reino de Dios en la forma de una agrupación de hombres de esplendoroso aspecto – quizás como un estado, una sociedad o bajo las leyes públicas de una iglesia –; en lugar de una disposición tan tranquila y brillante, será la persecución el

destino de los verdaderos ciudadanos del reino de Dios, de los virtuosos, quienes, a menudo, serán perseguidos especialmente por aquellos que, quizás, como los judíos, se tienen mucho como miembros de una tal sociedad. De dos que profesan la misma fe, que forman parte de una misma iglesia, uno de ellos puede ser un virtuoso y el otro un depravado. No permanezcáis aferrados a la forma externa, no os sumerjáis en una perezosa tranquilidad, confiados en haber cumplido vuestro deber con observar puntualmente aquella forma, que de ello sacaría provecho también el amor a la vida y al disfrute de la vida, pues quien no es capaz de sacrificar esto al deber, se hace, precisamente por ello, indigno de él. Tampoco[72] tiene que abandonaros la perseverancia si no véis que se cumpla pronto vuestra esperanza de hacer el bien por medio de vuestra lucha, teniendo como resultado el que, cansados y tristes, os dejéis arrastrar por la corriente general de la perdición. Al igual que a menudo un cliente no es protegido por la honradez del juez en su situación, sino porque éste querría verse libre de su persistente súplica, así también lograréis alcanzar mucho bien por medio de vuestra perseverancia: cuando hayáis comprendido con toda el alma la grandeza de la meta que determina el deber, entonces vuestro esfuerzo, al igual que esa meta, será para la eternidad y nunca desfalleceréis, lo mismo si habéis visto madurar en esta vida los frutos que si no lo habéis alcanzado a ver.»

Refiriéndose a los fariseos, que por tan perfectos se tenían y que a causa de esta presunción despreciaban a los demás hombres, Jesús refirió la siguiente historia: «Dos hombres fueron al templo a rezar: uno de ellos era un fariseo y el otro un publicano; el fariseo oró en estos términos: "Te doy gracias, ¡oh Dios!, porque yo no soy como los demás hombres, un bandido, un inicuo, un adúltero o uno de esos publicanos; ayuno dos veces por semana, asisto regularmente al culto divino y doy escrupulosamente mi

diezmo para tu templo." El publicano estaba de pie lejos de este santo: no se atrevía a levantar la mirada al cielo, sino que golpeaba su pecho e imploraba: "¡Ay, Dios mío, ten piedad de mí, pecador!" Yo os digo: éste volverá a casa con una paz de conciencia más auténtica que la de aquel fariseo».

Un joven de familia noble[73] se acercó a Jesús: «Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer – le preguntó – para ser virtuoso, para ser digno ante Dios de la beatitud después de esta vida?» «Por qué me llamas bueno – replicó Jesús –; perfectamente bueno no lo es nadie, excepto Dios; por lo demás tú ya conoces los mandamientos de vuestros moralistas: "no cometerás adulterio; no matarás; no serás testigo falso; honrarás a tu padre y a tu madre".» A estas palabras el joven le replicó: «He guardado todos estos mandamientos desde mi juventud.» «Pues bien – dijo Jesús – si sientes que puedes hacer aún más, dedica tu riqueza a socorrer a los pobres y a fomentar la moralidad, y colabora conmigo en ello.» El joven oyó aquello con pesadumbre, pues era muy rico. Jesús se dió cuenta de ello y les dijo a sus discípulos: «¡Con qué fuerza puede enredar al hombre el amor a la riqueza! ¡Qué gran obstáculo para la virtud puede llegar a ser para él! La virtud exige sacrificios, el amor a la riqueza ganancias siempre nuevas; aquél, limitarse a sí mismo; éste, extenderse, incrementar siempre lo que se pueda llamar propio.» Los amigos de Jesús le preguntaron: «¿Pero cómo se puede esperar que este impulso de la naturaleza humana no imposibilite el ser virtuoso? «El antagonismo de esos impulsos es suprimido por el hecho de que Dios ha concedido a uno de ellos una fuerza legisladora propia, que ordena el deber, permitiéndole alcanzar un predominio sobre los otros y otorgándole la fuerza de alcanzarlo.» Al oír esto Pedro, uno de sus amigos replicó: «Sabes que hemos abandonado todo para dedicarnos a seguir tus enseñanzas y para consagrarnos solamente a la moralidad.» «La ganancia de la conciencia de haber vivido

sólo para el deber es una buena compensación por todo aquello a lo que habéis renunciado, en esta vida y para toda la eternidad.»

Jesús había llegado[74] a las cercanías de Jerusalén con su acompañamiento, que se componía solamente de sus doce amigos escogidos, a los que dio a conocer los sombríos presentimienros que tenía respecto al modo como sería recibido y tratado allí, presentimientos que estaban en franca contradicción con lo que sus discípulos se prometían de su recibimiento y estancia en Jerusalén. Hasta ellos, que gozaban del trato diario y de la enseñanza de Jesús, tenían en sus cabezas judías la fantástica esperanza de que Jesús pronto se presentaría públicamente como rey, de que restablecería el esplendor del estado judío y su independencia de los romanos y que, como amigos y colaboradores, les recompensaría con poder y honor por aquello de lo que hasta entonces habían estado privados; aún no habían desterrado estas esperanzas, aún no habían hecho suyo el sentido espiritual del reino de Dios como soberanía de las leyes de la virtud entre los hombres. De este modo, se acercó entonces a Jesús la madre de Juan y de Santiago, cayó a sus pies y, a la pregunta de que por qué quería, le hizo la siguiente súplica en unión de sus hijos – pues creían que estaba próxima la realización de sus esperanzas –: «Cuando fundes tu reino, eleva a mis hijos al rango más próximo de ti.» Jesús les respondió: «¡No sabéis lo que pedís! ¿Estáis dispuestos a vivir para el deber, que habéis tomado sobre vosotros mismos, de hacer más perfectos a los hombres y de compartir mi destino sea lo que fuere lo que me espera?» Ellos – probablemente esperando que ese destino podía por menos de ser espléndido – dijeron: «Sí, estamos dispuestos.» «Entonces – dijo Jesús – cumplid con vuestro deber, someteos tranquilamente a vuestro destino, pero no esperéis ver colocadas las esperanzas de que habéis dado muestras en vuestro ruego; sólo la pureza de vuestra alma, que

permanece abierta ante la divinidad, y no ante mí, puede determinar el valor que tenéis ante ella.» Los restantes amigos de Jesús se encolerizaron mucho ante el ruego de los dos hermanos. Jesús les hizo la siguiente advertencia: "Vosotros sabéis que la ambición es una pasión muy seductora y muy común entre los hombres; se manifiesta tanto en los grandes círculos de la vida, cuanto en los limitados; que sea desterrada de entre vosotros; poned vuestro honor en ser amables unos con otros y en servíos los unos a los otros, al igual que la meta de mi vida no ha sido nunca dominar a otros, sino servir a la humanidad y sacrificar hasta mi vida por ella.» En relación con las expectativas de los acompañantes de Jesús de que su amistad les proporcionaría un gran beneficio en el período de su poder que se aproximaba y en razón del cariño que les tenía, expuso Jesús su doctrina sobre la diferencia de valor entre los hombres mediante la siguiente parábola: «Una vez un príncipe fue de viaje a un remoto país para hacerse cargo del gobierno del mismo; antes de partir de aquél, del que era ya regente, confió sus servidores diez talentos para que los hicieran fructificar. Los ciudadanos le enviaron posteriormente una legación para explicarle que ellos nunca le reconocerían como a su príncipe. A pesar de ello, a su regreso conservó el trono y pidió cuentas a sus servidores sobre el uso del dinero que les había confiado. El primero dijo: "Con el talento que me has confiado he ganado diez." "Bien, – replicó el príncipe –, quiero ponerte al frente de más: te confío el gobierno de diez ciudades." Otro había ganado cinco talentos con el suyo; el príncipe le dio cinco ciudades para que las gobernara. Un tercero dijo: "Te devuelvo intacto tu talento; lo he guardado cuidadosamente; temía arriesgarlo en algo, pues tú eres un amo exigente y quieres recoger donde no has puesto y cosechar donde no has sembrado." "Tu justificación te condena – respondió el príncipe –; si sabías que soy un amo exigente que quiero cosechar donde no he sembrado, ¿por qué no has dado tu dinero a los banqueros y entonces habrías

podido devolverme tu talento con los intereses? Pierdes tu dinero, y que sea para aquel que ha ganado diez." A los otros siervos les causó extrañeza el que aquel que había ganado ya diez talentos, recibiese también ése, pero el príncipe les dijo: "A quien ha empleado bien lo que le ha sido confiado, le será aumentado aún, pero quien ha hecho mal uso de lo que le ha sido entregado o que incluso no ha hecho uso alguno, tampoco es digno de lo que le había sido dado. Y ahora conducid ante mí a los que se han negado a obedecerme para que los castigue." Al igual que ese príncipe, Dios juzga del valor de los hombres de acuerdo con el fiel uso de las fuerzas que les han sido otorgadas y de acuerdo con la obediencia a las leyes morales bajo las cuales están.»

También aquí (Jesús estaba entonces a unas seis horas de Jerusalén) los fariseos volvieron a manifestar su desaprobación de que Jesús entrara en casa de un publicano llamado Zaqueo; éste estaba subido a un árbol para ver a Jesús, a quien no se podía acercar a causa de la muchedumbre y porque era de pequeña estatura, y se vio sorprendido por el honor de que Jesús eligiera su casa para descansar. Como podía figurarse la idea que se iba a hacer Jesús de su carácter según el cargo que había desempeñado hasta entonces y se daba cuenta de que tenía que aparecer bajo una luz desfavorable, informó a Jesús de que había corregido su antiguo modo de pensar y le dijo: «Doy a los pobres la mitad de la fortuna que he ganado y a quien haya podido perjudicar le devolveré la pérdida cuadruplicada.» Jesús le manifestó su agrado por este retorno a la honradez y le mostró que su obligación en la tierra era conducir a los hombres por ese camino.

Por aquel entonces había caído de nuevo la fiesta de Pascua[75] y por esa razón la mayor parte de los judíos se encontraban entonces en Jerusalén. Jesús se detuvo aún unos días en las cercanías de Jerusalén, en una ciudad llamada Efrén, y

especialmente en Betania[76]; en un banquete que le fue ofrecido allí estaba presente, entre otros, una mujer, María, una amiga de Jesús, quien ungió los pies de éste con un precioso bálsamo y los secó con sus cabellos; al ver esto, un apóstol de Jesús, Judas, que administraba el dinero del grupo, hizo la observación de que se habría podido hacer un mejor uso de ese bálsamo si se le hubiera vendido y se hubiese repartido el dinero entre los pobres. Judas había tenido la esperanza de guardarse luego ese dinero en su bolsillo y al repartirlo entre los pobres no se habría olvidado de sí mismo. Pero Jesús le hizo la advertencia de que no habría apenado el corazón de María con su reproche si hubiese percibido en la acción de ésta la expresión de su amistad, acción que era semejante al amor que se tiene por los muertos al embalsamarlos. Por otra parte, Judas tendría ocasión de mostrar en cualquier momento su pretendida caridad para con los pobres.

Entretanto[77] el sanedrín de Jerusalén, que esperaba que Jesús, como cualquier otro judío, vendría a la fiesta, había tomado el acuerdo de hacerle preso en aquella ocasión y conseguir que fuera condenado a muerte: pero se convino en aplazar esto hasta después de la fiesta porque temían que intentasen liberarle sus compatriotas los galileos, que estarían allí durante el tiempo de las fiestas. El sanedrín[78] dispuso que cuando Jesús fuera visto en el templo les fuese anunciado inmediatamente y aquellos que tenían el encargo de hacerlo se quedaron desconcertados al no verle en parte alguna en los primeros días de la fiesta. Sólo seis días después de aquella comida fue Jesús a Jerusalén; cuando alcanzó a ver la ciudad se le llenaron los ojos de lágrimas. «¡Ay –
-dijo – si te dieras cuenta de lo que te conviene! ¡Pero eso permanece oculto para ti, pues vuestro orgullo, vuestra obstinación en vuestros prejuiciosy vuestra intolerancia excitarán contra vosotros a vuestros enemigos y os sitiarán y

os rodearán por todas partes hasta aniquilar vuestro estado, vuestra constitución – el objeto de vuestro orgullo – y seréis enterrados bajo sus ruinas, sin tener el sentimiento ni la gloria de haber perecido en la noble defensa de una causa buena y grande!».

Jesús se montó en un burro al modo oriental; una muchedumbre del pueblo, que le conocía, le salió al encuentro y le acompañó con ramos de olivo en la mano: Jesús entró en la ciudad entre sus cantos de júbilo.

Jesús[79] no se quedó en Jerusalén a pasar la noche, sino en Betania, pero regresó por la mañana a la ciudad, se mostró públicamente en el templo y enseñó allí. Sus enemigos[80] trataron de inducirle a que mostrara algún punto flaco por medio de preguntas insidiosas: por una parte querían encontrar un pretexto para acusarle y por otra querían hacerle odioso entre el pueblo, que les tenía intranquilos; en especial la gran concurrencia de gentes cuando llegó a la ciudad había hecho que aumentaran sus aprensiones. Así, en una ocasión en que estaba sentado en el templo ante una gran muchedumbre que le escuchaba, le preguntaron en nombre de qué poder cumplía esa misión de enseñar en público. Jesús les dijo: «Permitid que yo, a mi vez, os haga una pregunta: los móviles que llevaron a Juan a enseñar públicamente, ¿fueron el celo por la verdad y la virtud o perseguía con ello fines egoístas?» Los que le habían preguntado, pensaron: «Si contestamos lo primero, entonces Jesús nos preguntará de nuevo: "¿Porqué no habéis prestado oídos a sus enseñanzas?" Si contestamos lo segundo, alzaremos al pueblo en contra nuestra".» Entonces respondieron que no sabían. «En tal caso -dijo Jesús-, yo tampoco puedo contestar a vuestra pregunta. Pero juzgad en un caso como éste: Un hombre[81] que tenía dos hijos ordenó un día a uno que fuera a la viña a trabajar; éste le contestó que no iría, pero se arrepintió de ello después y fue; el padre

dio la misma orden al segundo, que dio pruebas de buena disposición y prometió ir, pero luego no fue. ¿Cuál de los dos ha dado pruebas de obediencia al padre?» Le respondieron: «El primero.» «Lo mismo sucede con vosotros – respondió Jesús –. Hubo gentes que tenían reputación general de estar pervertidos moralmente y que al ser exhortados a ello por Juan prestaron oídos a la voz de la virtud y hoy os aventajan en punto a buenos sentimientos, a vosotros que siempre tenéis en los labios el nombre de Dios y que pretendéis vivir únicamente para su servicio.»

Jesús les refirió entonces otra historia: «Un hombre plantó un gran viñedo, lo hizo rodear de muros, lo fortificó, lo dio a cultivar a unos viñadores y se fue de viaje. En otoño envió gentes a recoger lo que el viñedo había producido, pero los viñadores los maltrataron de todas las maneras posibles; lo mismo sucedió con los siguientes que envió el propietario de la finca; entonces envió a su hijo esperando que tendrían más respeto por él; al ver esto los viñadores, pensaron: "Este es el heredero y con su muerte entraríamos en la plena posesión de la finca." Así pues mataron también al heredero. "¿Qué hará ahora el dueño del viñedo?", preguntó Jesús a quienes le rodeaban. Ellos le contestaron: "Castigará a los viñadores con el rigor a que se han hecho merecedores y dará el viñedo a otros viñadores de los que él conseguirá los frutos debidamente." "De igual manera -dijo Jesús- los judíos han tenido la suerte de adquirir antes que muchas otras naciones conceptos más dignos de la divinidad y de aquello que constituye su voluntad en lo que concierne al hombre, pero vosotros no producís los frutos que hacen a los hombres gratos a los ojos de Dios; por eso es una vana ilusión el que creáis ser los únicos favoritos de la divinidad en virtud de aquella preferencia y es un crimen el que maltratéis a quienes sienten que es algo más elevado lo que confiere al hombre su verdadero valor y que os lo dicen." Los miembros del sanedrín, que habían dado ocasión al reproche que se les

había hecho, se habrían apoderado inmediatamente de Jesús si no fuese porque temían al pueblo.»

Unos judíos griegos[82], que también habían venido a la fiesta, quisieron hablar con Jesús y – a lo que parece – se dirigieron a algunos de sus amigos para solicitar que les concediese una entrevista privada. Parece ser que Jesús no dio muestras de tener en ello ningún gusto porque pensó que tendrían las ideas sobre el mesías que eran comunes entre los judíos y que querrían enconmendarse de antemano a él, como al futuro rey y señor de los judíos. En relación con este particular, dijo a sus discípulos en aquella ocasión: «Esos hombres se equivocan cuando me creen capaz de la ambición de erigirme en un mesías como aquel que ellos esperan, cuando creen que yo exijo que me sirvan o que me siento halagado cuando se ofrecen a fin de engrosar mi acompañamiento. Si ellos obedecen a la santa ley de su razón, en tal caso somos hermanos, formamos una única comunidad; cuando tienen al poder y a la gloria por mi meta, desconocen el elevado destino del hombre o creen que yo lo desconozco. Así como una semilla que es depositada en la tierra empieza muriendo a fin de que su germen se abra en tallo, igualmente yo no pido contemplar los frutos de lo que fue la finalidad de mi trabajo, al igual que mi espíritu no ha cumplido su destino en la envoltura de este cuerpo. ¿Habría yo de hacerme infiel a lo que reconozco como mi deber a fin de conservar esta vida? Contemplo con pesadumbre adonde conducen las intrigas de los gobernantes de este pueblo: me quieren quitar la vida, pero ¿tendría por ello que desear o que pedir a Dios: ¡Padre, apártame de este peligro! ¡No!, mí afán por llamar a los hombres al verdadero servicio de la divinidad, a la virtud, me ha puesto en esta situación y estoy dispuesto a someterme a cualquier consecuencia que pueda seguirse de ello. Esto contradice de nuevo vuestras expectativas de que el mesías que esperáis no morirá. ¡Así pues, la vida es para vosotros algo tan grande y la muerte algo tan temible, que no podéis

hacer que convenga a un hombre que haya de ser digno de vuestro respeto! ¿Pero exijo yo respeto por mi persona o fe en mí? ¿O quiero imponer como invención mía una medida para estimar el valor de los hombres y para juzgarlos? ¡No así!; respeto por vosotros mismos, fe en la santa ley de vuestra razón y atención al juez interior en vuestro pecho, a la conciencia, una medida que es también la de la divinidad: esto es lo que querría despertar en vosotros.»

Entonces los fariseos y los partidarios de la casa de Herodes enviaron[83] unas gentes a Jesús para que entablasen una conversación con él en la que pudieran encontrar un motivo para acusarle ante las autoridades romanas. Para darse cuenta de lo capciosa que era la pregunta y de lo fácilmente que Jesús habría podido atentar en la respuesta o bien contra estas autoridades o bien contra los prejuicios de los judíos, hay que tener presente el modo de pensar de éstos que consideran completamente insoportable el tener que pagar impuestos a un príncipe extranjero, porque ellos querrían pagarlos a su Dios y a su templo. Los que habían sido enviados a verle le hablaron de esta manera: «Sabemos, maestro, que tú eres honrado en lo que dices, que te atienes a la verdad auténtica y que no pretendes agradar a nadie. Dinos, ¿es justo que tributemos impuestos al emperador romano?» Jesús se dio cuenta de su intención y dijo: «¡Hipócritas!, ¿qué buscáis, hacerme caer en una trampa? Mostradme un denario: ¿de quién es este retrato y la leyenda?» Ellos respondieron: «Del César.» «Pues bien, si vosotros le reconocéis al César el derecho a acuñar monedas para vuestro uso, dad al César lo que es del César y a vuestro Dios lo que se exige para su servicio.» Tuvieron que contentarse con esta respuesta, sin que hubiera por dónde cogerle. También los saduceos – una secta judía que creía en la inmortalidad del alma –, quisieron confrontar sus opiniones a su vez con las de Jesús y le dijeron: «De acuerdo con nuestras leyes, un hombre cuyo hermano muere sin descendencia

tiene que casarse con su viuda; sucede entonces que de acuerdo con esa costumbre una mujer se casó con siete hermanos, uno tras otro, pues habían ido muriendo uno tras otro sin engendrar descendencia con ella; si los hombres continuasen viviendo después de la muerte, de quién tendría que ser esta mujer.» Jesús respondió a esta estúpida objeción: «Desde luego, en esta vida los hombres se casan, pero los inmortales, que han ingresado ya en la sociedad de los espíritus puros, abandonarán tales necesidades al abandonar el cuerpo.» Un fariseo, que había escuchado ya la acertada respuesta de Jesús a las preguntas de los otros, le planteó a su vez – parece ser que sin mala intención – la pregunta de que cuál es el principio supremo de la ética; Jesús le respondió: «Hay un único Dios y a él has de amar con todo tu corazón, y tienes que consagrarle tu voluntad, tu alma entera y todas tus fuerzas: éste es el primer mandamiento; el segundo tiene la misma obligatoriedad que el primero y dice así: ama a todos los hombres como a ti mismo; no hay mandamiento más alto.» El fariseo se asombró de la excelencia de la respuesta y repuso: «Has contestado con arreglo a la verdad. Consagrar a Dios el alma entera y amar al prójimo como a sí mismo es más que todos los sacrificios e ínciensos.» Jesús se alegró de que el hombre tuviera tan buenos sentimientos y le dijo: «Con esos sentimientos no estás muy lejos de ser un ciudadano del reino de Dios, en el que no se ha de pretender obtener el favor divino por medio de sacrificios, expiaciones, culto con palabras o renuncia a la razón. En una parte[84] del templo estaba colocada un arca en donde se depositaban las ofrendas para el templo. Jesús vio que entre los que iban a llevar su contribución, al lado de los ricos que daban grandes sumas, estaba también una pobre viuda que depositaba dos céntimos, y entonces dijo: «Esta ha dado más que todos los otros, pues todos han dado algo que era superfluo para ellos, mientras que ésa ha dado en ese poco toda su fortuna.»

A raíz[85] de esos intentos de los fariseos contra Jesús, éste aprovechó la ocasión para prevenir al pueblo y a sus amigos contra los fariseos. «Los fariseos y escribas – dijo – se han sentado en la cátedra de Moisés; respetad las leyes que ellos os ordenan respetar, pero no sigáis su ejemplo, su modo de proceder, pues aunque interpreten las leyes de Moisés, no las respetan ellos mismos. Sus acciones no tienen otra finalidad que la de conferirles una apariencia exterior de honestidad ante los hombres. Os coméis el bien de las viudas y os dáis buena vida en su casa con el pretexto de rezar con ellas. Sóis semejantes a *sepulcros blanqueados*, que por fuera están pintados y en cuyo interior mora la putrefacción; os revestís de una apariencia exterior de santidad, pero por dentro no tenéis más que hipocresía e injusticia.» Compendió además muchos otros rasgos que ya les había censurado individualmente en todas las ocasiones que se le habían presentado.

Mientras se paseaban[86] por las diversas dependencias del templo, los amigos de Jesús charlaban sobre el esplendor del edificio. Entonces Jesús dijo que tenía el presentimiento de que ese culto divino, lleno de pompa, y hasta las mismas edificaciones llegarían a desaparecer; les sorprendió mucho oír esto y cuando después estuvieron solos con él en el Monte de los Olivos, desde donde se les ofrecía el panorama de las bellas edificaciones del templo y de una gran parte de la ciudad, le preguntaron: «¿Cuándo tendrá lugar eso de lo que nos has hablado antes y en qué signos reconoceremos la aproximación del cumplimiento del reino del mesías?» Jesús les respondió: «Esta esperanza de un mesías ha de llevar a mis compatriotas a que se expongan aún a grandes peligros, y, en unión de los otros prejuicios y de su ciega obstinación, prepararán su completa ruina; esa quimérica esperanza hará de ellos el juguete de arteros embusteros o desatinados visionarios. Tened cuidado de que no os haga caer en el error

también a vosotros. A menudo dirán: aquí o allá está el mesías esperado; muchos se harán pasar por mesías; bajo ese título se erigirán en caudillos de sublevaciones o en cabecillas de sectas religiosas, anunciarán profecías y harán milagros a fin de confundir también a los buenos a cualquier precio; a menudo dirán: allá en el desierto está el mesías esperado, acá en las tumbas está escondido; no dejéis que os inciten a correr tras ellos. Tales usurpaciones y rumores darán lugar a sublevaciones políticas y a cismas de la fe; tomarán partido por alguna causa y en ese espíritu de partido se odiarán y traicionarán unos a otros; creerán que está justificado el sacrificar a ese ciego celo por palabras y nombres los más sagrados deberes de la humanidad. La ruina del estado, la disolución de todos los lazos de la sociedad y de la humanidad y, como consecuencia de ello, la peste y el hambre, convertirán a ese desdichado país en botín de enemigos extranjeros. ¡Ay de las mujeres embarazadas y de los niños de pecho! No dejéis que os arrastren a tomar partido en esos tumultos; muchos serán contaminados por ese espíritu mendaz y, sin saber siquiera qué les pasó, serán arrebatados por el torbellino, se alejarán a cada paso de la moderación y finalmente se verán comprometidos en los crímenes y en la ruina de su partido, sin poder volverse atrás. ¡Huid, huid, si podéis, de este escenario de ruina y crueldad, sustraeos a todas las relaciones domésticas, no titubeéis por cuidados de esto o por salvar aquello!; permaneced inconmoviblemente fieles a vuestras principios en todas las ocasiones; si el fanatismo os acomete y os maltrata, predicad la moderación y exhortad al amor y a la paz y no os intereséis por ninguno de esos partidos religiosos y políticos; no penséis ver realizado el plan de la divinidad en alborotos como ésos o en asociaciones que juren por el nombre o la fe en una persona; el plan de la divinidad no se limita a un solo pueblo o a una sola fe, sino que abarca con amor imparcial al género humano en su totalidad; podréis decir que ha sido realizado cuando no sea el culto de nombres y de palabras el que sea

reconocido y practicado en la tierra entera, sino el de la razón y la virtud; la firme relación con esta esperanza de la humanidad, y no la vanidosa esperanza de los judíos, será la que os liberará del espíritu sectario, conservándoos también inflexibles y animosos siempre. Que en medio de estas escisiones vuestra paz y vuestro valor se apoyen en la auténtica virtud; permaneced alerta para que no se introduzca furtivamente en vuestros corazones una falsa y negligente tranquilidad, fundada en la propensión a usar fórmulas religiosas, en la inclinacióna un culto meramente verbal y a la meticulosa observación de las ceremonias de una iglesia. Sería como[87] cuando diez doncellas salieron con lámparas a esperar al novio, que lleva a casa a la novia; cinco de ellas se habían provisto prudentemente de aceite, pero las otras cinco descuidaron neciamente el hacerlo; tras larga espera, llega por fin el novio por la noche y quieren salir a su encuentro; con las prisas las cinco que no tenían aceite quisieron comprar más, mientras que las otras no les pudieron prestar nada, pues tenían precisamente lo justo para sí mismas; mientras aquéllas estaban fuera, llegó e! novio y las cinco prudentes le acompañaron a casa para e! banquete de bodas; las otras, que contaban con la invitación pero que descuidaron lo fundamental, fueron excluidas del banquete. Así, no penséis que baste con haber abrazado una fe, cuando dejáis que falte lo más necesario, la práctica de la virtud, y además no creáis que en la necesidad o al acercarse la muerte baste con reunir precipitadamente algunos buenos principios y no penséis en adornaros con méritos ajenos, de los que cada cual cree que tiene lo justo para sí mismo, sin poder proporcionar nada a los demás. No podréis comparecer ante el santo juez del mundo solamente con vuestra fe eclesiástica o con la falaz esperanza en el mérito ajeno. Comparo su tribunal con el de un rey que reúne a su pueblo y separa a los buenos de los malos como el pastor separa a los carneros de las ovejas; a aquéllos les dirá: «Acercaos a mí, amigos míos; gozad de la dicha de que os

habéis hecho dignos; pues tuve hambre y me dísteis de comer; tuve sed y me dísteis de beber; estuve entre vosotros como extranjero y me acogísteis; estuve desnudo y me vestísteis; enfermo y me cuidásteis; en prisiones y me visitásteis.» Lleno de asombro preguntarán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento que hubiéramos podido saciar tu hambre o tu sed, o desnudo o como extranjero o enfermo o en prisión que hubiésemos podido vestirte, acogerte o visitarte?. Pero el rey les respondió: «Lo que hayáis hecho a uno de entre los más humildes de mis hermanos y de los vuestros, eso os lo premio como si me lo hubiéseis hecho a mí.» Pero a los otros les dirá: «Alejaos y recibid el pago de vuestros actos; cuando tuve hambre o sed no me dísteis de comer ni de beber; cuando estuve desnudo o enfermo o en prisión no os ocupásteis de mí.» Le preguntarán también: «¿Dónde te vimos hambriento o sediento o desnudo, enfermo o en prisión que hubiéramos podido prestarte servicio?» El rey les dará la misma respuesta: «Lo que hayáis dejado de hacer al más humilde lo tendré en cuenta como si me lo hubiéseis hecho a mi mismo.» De esta manera el juez del mundo pronunció la sentencia de condenación de aquellos que sólo adoran a la divinidad de palabra y con gestos piadosos, pero no en su imagen, la humanidad.»

Durante el dia Jesús se detenía en los edificios y patios del templo y por la noche fuera de la ciudad, junto al Monte de los Olivos. El sanedrín no se atrevía a poner en práctica su decisión de hacer prisionero a Jesús; por ello nada les podría haber llegado tan oportunamente como la propuesta de Judas – uno de los doce amigos de confianza de Jesús – de denunciar por una suma de dinero el lugar donde Jesús pasaba la noche y de ayudarles a que lo hicieran preso allí en secreto. La codicia parece haber sido la pasión dominante de Judas, pasión que el trato con Jesús no había conseguido que fuera sustituida por mejores sentimientos y que había sido el

motivo original de que se hubiese hecho partidario suyo, ya que esperaba poder satisfacerla cuando Jesús hubiese edificado su reino como Mesías; cuando Judas empezó a comprender que un tal reino no era la meta de Jesús y cuando vio defraudadas sus esperanzas, trató de conseguir de su amistad con él un provecho todo lo grande que fuese posible recurriendo a la traición.

Según la costumbre de los judíos, Jesús hizo preparar en Jerusalén un banquete pascual, cuyo principal manjar era un cordero; era la última tarde que pasaba con sus amigos y se la dedicó por entero para que les quedara una honda impresión de ella.

Al comienzo[88] de la cena Jesús se levantó, se quitó su túnica, se arremangó, cogió un lienzo y lavó los pies a sus amigos (función que normalmente era cosa de sirvientes); Pedro no quiso dejarle hacer esto, pero Jesús le dijo que en seguida sabría el motivo de su acción; cuando hubo terminado de lavar a todos, dijo: «Ved lo que he hecho; yo, a quien vosotros llamáis vuestro maestro, os he lavado los pies; con ello os he querido dar un ejemplo de cómo debéis de comportaros unos con otros. A los príncipes[89] les gusta el poder y por ello se hacen llamar bienhechores del género humano; no hagáis tal cosa vosotros, que nadie se eleve por encima de los demás ni se exceda con ellos, sino que, como entre amigos, sea amable y servicial y no haga que sus servicios valgan para los otros como favor o condescendencia. Sabéis esto; dichosos vosotros si lo ponéis en práctica también. No hablo de todos vosotros, pues puedo hacer uso aquí de lo que está dicho en alguna parte. "uno que come pan conmigo, me pega con su pie, pues uno de vosotros me traicionará".» Este pensamiento entristeció a Jesús y turbó también a sus amigos; Juan, que era el que estaba más cerca de Jesús, le preguntó en voz baja que quién era; Jesús le dijo: «Aquel a

quien yo dé este trozo de pan, ése es», y se lo ofreció a Judas con estas palabras: «Lo que vas a hacer, házlo pronto.» Ninguno de los restantes entendió el significado de esta frase; creyeron que se trataba de algún encargo, pues Judas administraba la caja de la comunidad. Judas, quizás temiendo que Jesús le avergonzara públicamente, pues vio que no le era desconocida su intención, o pensando que una estancia más prolongada le haría flaquear en su propósito, abandonó rápidamente la reunión.

Jesús continuó diciendo entonces: «Vuestro amigo, queridos amigos, habrá cumplido pronto su destino; el padre de los hombres le acoge en las moradas de su bienaventuranza; dentro de poco os seré arrebatado. La riqueza que os dejo en herencia es el mandamiento de que os améis los unos a los otros y el ejemplo de mi amor por vosotros; sólo por este amor recíproco se os ha de reconocer como amigos míos,» Pedro le dijo a Jesús: «¿A dónde piensas ir, ya que quieres dejarnos?» «Por el camino por el que voy – dijo Jesús –, tú no puedes acompañarme.» «¿Por qué no habría de poder seguirte? – preguntó aquél –. ¡Estoy dispuesto a hacerlo aun con peligro de mi vida!» «¿Quieres sacrificar tu vida por mí? – dijo Jesús –. Te conozco lo bastante como para saber que tú aún no tienes fuerzas suficientes para ello; antes de que amanezca de nuevo serás puesto a prueba. No os entristezcáis porque sea separado de vosotros; venerad el espíritu que en vosotros habita; por medio de él aprended a conocer la voluntad de la divinidad y a emparentaros con ella, a ser de su linaje; sólo en este espíritu se hace patente el camino hacia la divinidad y la verdad; prestad oídos a su no falseada voz, pues aunque nuestras personas sean diferentes y estén separadas, nuestra esencia es una y no estamos lejos unos de otros. Hasta ahora he sido vuestro maestro y mi presencia ha guiado vuestras acciones; ahora os abandono, pero no os dejo huérfanos; os dejo en herencia un guía en vosotros mismos; he despertado en vosotros la semilla del

bien que la razón había puesto en vuestro interior, así como el recuerdo de mi doctrina y de mi amor por vosotros conservará vivo en vuestro interior este espíritu de la verdad y de la virtud, al que si los hombres no rinden homenaje es porque ni lo conocen ni lo buscan en sí mismos. Os habéis hecho hombres que por fin pueden ser abandonados a sí mismos, sin andadores extraños; que vuestra desarrollada moralidad sea vuestra guía cuando yo tampoco esté entre vosotros; venerad mi recuerdo y mi amor por vosotros siguiendo el camino de la honradez por el que yo os he conducido. El santo espíritu de la virtud os protegerá del pecado, os enseñará de forma más completa aquello que aún no sois capaces de recibir ahora y os hará recordar muchas cosas y dará sentido a lo que aún no comprendéis. Os dejo mi bendición, no el saludo que es dado sin prestar atención, sino el que es rico en frutos del bien. También para vosotros es mejor que yo os abandone, pues sólo adquiriréis independencia por medio de vuestra propia experiencia y de vuestra propia actividad, y aprenderéis a gobernaros a vosotros mismos. El que yo me aleje de vosotros no tiene que llenaros de congoja, sino de alegría, pues emprendo un camino superior en mundos mejores, donde el espíritu, libre de limitaciones se eleva hasta la fuente originaria de todo bien y entra en su patria, en el reino de la infinitud.»

«He anhelado el goce de este banquete en vuestra compañía; haced que circulen los platos y la copa; dejad que se renueve para nosotros la alianza de la amistad.» Y entonces repartió entre todos aquel pan según la costumbre oriental – al igual que, aún hoy en día, entre los árabes se establece una amistad inviolable compartiendo el pan y bebiendo de la misma copa –; después de comer hizo que circulara la copa, diciendo al mismo tiempo: "Cuando comáis juntos en un grupo de amigos como éste, acordaos también de vuestro viejo amigo y maestro, y, al igual que para vosotros la Pascua es una imagen de la pascua que vuestros antepasados

comieron en Egipto y la sangre un recuerdo de la víctima sangrienta por medio de la cual Moisés (Éx 24 8) concluyó una alianza entre Jehová y su pueblo, en el futuro acordaos también, a la vista del pan, de su cuerpo, que sacrificó, y ante la copa de vino, de su sangre que derramó. Conservad en vuestro recuerdo a quien dio su vida por vosotros y que mi recuerdo y mi ejemplo sean para vosotros un poderoso medio de robustecer vuestra virtud. Os veo en torno a mí como vástagos de una cepa, que, alimentados por ella, dan frutos, y al ser separados de ella, pronto llevan a sazón el bien por propia fuerza vital. Amaos los unos a los otros; amad a todos los hombres como yo os he amado; el que yo haya dado mi vida por el bien de mis amigos es la prueba de mi amor. Ya no os llamo discípulos o alumnos quienes siguen la voluntad de quien les educa sin que muchas veces sepan la razón por la que han de obrar así; habéis despertado a la autonomía del hombre, a la libertad de su propia voluntad; produciréis frutos por la fuerza de vuestra propia virtud, si el esplritu del amor, la fuerza que os inspira a vosotros y a mí es la misma».

«Cuando os persigan y maltraten, acordaos de mi ejemplo y de que a mí y a muchísimos más no les ha correspondido mejor suerte. Si tomáseis partido por los vicios y prejuicios dominantes, encontraríais suficientes amigos, pero al ser amigos del bien os odiarán. La vida de un hombre honesto es un continuo reproche para el malvado, quien se exaspera al darse cuenta de ello; y si no encuentran un pretexto mejor para perseguir al hombre bueno y libre de prejuicios, convertirán la causa de los prejuicios, de la opresión y de los vicios en causa divina y se convencerán a sí mismos y a los demás de que con el odio al bien se presta un servicio a la divinidad. Pero el espíritu de la virtud, cual un rayo venido de mundos mejores, os vivificará y hará que os elevéis por encima de los mezquinos e inmorales fines de los hombres. Os prevengo de ello para que no os coja de sorpresa. La angustia de la parturienta se convierte en alegría cuando ha

traído al mundo a un hombre: así, la aflicción que os espera se convertirá un día en bienaventuranza.»

Entonces Jesús levantó la vista hacia el cielo: «¡Padre mío – dijo –, mi hora ha llegado, la hora de que muestre en su dignidad al espíritu, cuyo origen es tu infinitud, la hora de retornar a tu morada! El destino del espíritu es la eternidad y la elevación sobre todo lo que tiene principio y fin, sobre todo lo que es finito. Mi destino sobre la tierra – conocerte a ti, Padre, y al parentesco que une a mi alma contigo, honrarme por medio de la fidelidad a este parentesco y ennoblecer a los hombres, despertando en ellos la concienciade esta dignidad – este destino terrenal ha sido cumplido. El amor por ti me ha procurado amigos que han aprendido a comprender que yo no quería imponer a los hombres algo extraño o arbitrario, sino que era tu ley lo que yo les enseñaba; tu ley que, muda tan sólo y desconocida para los hombres, habita en todos los pechos. Mi propósito no fue ganar honor para mí mediante algo peculiar o excelente, sino restablecer el perdido respeto por la humanidad degradada, y ha sido mi orgullo el carácter general de los seres racionales, la disposición a la virtud, que a todos les ha sido otorgada. ¡Guárdalos, oh tú perfectísimo, a fin de que el amor al bien sea la suprema ley que en ellos impere y que, de esa manera, sean una sola cosa, permaneciendo unidos a ti y a mí. Voy a ti y te dirijo esta plegaria: que fluya hacia ellos el ánimo alegre que me vivifica; les he comunicado tu revelación y, como la han comprendido, el mundo les odia, como me odia a mí, que te obedezco. No te pido que te los lleves de este mundo – una petición semejante no podría ser presentada ante tu trono –, sino que los santifiques por medio de tu verdad, que sólo irradia de tu ley. Tu alto llamamiento a formar a los hombres para la virtud, llamamiento que yo seguí, lo he puesto en sus manos; que también ellos, por su parte, lo completen y que eduquen amigos que ya no se arrodillan ante un ídolo y que no conviertan a ninguna palabra o creencia en vínculo de su

unión, como no sea la virtud y el acercamiento a ti, ¡oh, santo!»

Después de pronunciadas estas palabras, el grupo se levantó, abandonó Jerusalén (entonces ya era de noche) como de costumbre, atravesó el arroyo Ridron y fue a una alquería llamada Getsemaní, situada en las proximidades del Monte de los Olivos[90]. Judas también conocía este lugar donde Jesús pasaba la noche, pues había estado allí con él a menudo; Jesús ordenó a sus discípulos que permaneciesen juntos y se retiró con tres de ellos a un lugar apartado para entregarse a sus pensamientos. Allí, y durante algún tiempo, la naturaleza fue restituida en sus derechos; el pensamiento de la traición de su amigo, de la injusticia de sus enemigos y de la dureza de su inminente destino se apoderaron de Jesús en la soledad de la noche, conmoviéndole profundamente y llenándole de angustia; pidió a sus discípulos que se quedaran junto a él y que velaran en su compañía; se paseaba intranquilo de un lado para otro; de pronto hablaba un momento con ellos y los despertaba de nuevo cuando caían presa del sueño; de cuando en cuándo se apartaba y, a veces, rezaba: «¡Padre mío, si es posible, aleja de mí el amargo cáliz del sufrimiento que me aguarda!; pero que no se cumpla mi voluntad, sino la tuya; si esta hora no puede serme evitada, me entrego a tu voluntad.» El sudor le manabaa grandes gotas. Cuando estuvo de nuevo con sus discípulos les exhortó a mantenerse despiertos; oyó que se acercaban unos hombres. «¡Despertad – les gritó a sus discípulos –; vayamos, el que me ha traicionado se acerca!».

Entonces se acercó Judas acompañado de hombres armados y de antorchas; Jesús, que había recuperado su firmeza, fue a su encuentro: «¿A quién buscáis?», preguntó. «A Jesús Nazareno», le dijeron. «Yo soy», respondió Jesús. Se quedaron turbados sin saber si estaban en lo cierto. Él les volvió a hacer la misma pregunta y respondió lo mismo,

añadiendo: «Si es a mí a quien buscáis, dejad tranquilos a mis amigos.» Entonces Judas se acercó y dio a sus acompañantes la señal que había convenido con ellos a fin de darles a conocer a Jesús. Dijo, pues: «Te saludo, maestro», y se le abrazó. Jesús respondió: «Amigo, ¿con un beso me traicionas?», y fue hecho prisionero por los soldados. Cuando Pedro vio lo que pasaba, sacó su espada, golpeó con ella y le cortó una oreja a un sirviente del sumo sacerdote. Jesús le reprendió: «Deja eso y respeta el destino que la divinidad me ha reservado.» Cuando vieron que la tropa se había apoderado de Jesús, atándolo y llevándoselo, todos sus amigos huyeron y se dispersaron, menos un discípulo que se había despertado de golpe y que con las prisas no se había echado encima más que un manto: quiso seguir a Jesús, pero fue detenido por los soldados y sólo consiguió salvarse gracias a que escapó, dejando la capa en sus manos. Mientras caminaban, Jesús dijo a quienes le conducían: «Venís a mí armados para prenderme como a un bandido y, sin embargo, todos los dlas me siento públicamente en el templo entre vosotros y no me prendéis; pero la medianoche es vuestra hora y la tiniebla vuestro elemento.» Primeramente Jesús fue conducido ante Anás, el antiguo sumo sacerdote y suegro de Caifás, y luego fue llevado ante este último, que aquel año era el sumo sacerdote y en cuya casa todo el sanedrín reunido de Jerusalén esperaba al prisionero: Caifás les había inculcado la máxima de que era un deber el sacrificar a uno solo por el bien del pueblo entero. Pedro había seguido de lejos a los esbirros y no se habría atrevido a entrar en el propio palacio de no ser porque Juan, que conocía muy bien al sumo sacerdote y tenía entrada libre en su casa, había dicho a la portera que dejase entrar a Pedro; la portera le hizo la siguiente pregunta: «¿No eres tú también uno de los seguidores de ese hombre» Pedro negó esto rotundamente y se puso junto al brasero entre los servidores del templo y los sirvientes para calentarse allí con ellos.

El sumo sacerdote, ante quien estaba Jesús entonces, le hizo diversas preguntas concernientes a su doctrina y a sus discípulos. Jesús les contestó: «He hablado libre y públicamente ante todo el mundo; he enseñado en el templo y en las sinagogas, que es donde acostumbran a ir los judíos; no tengo doctrina secreta, ¿por qué me preguntas a mí?; pregunta a quienes han escuchado lo que yo enseñaba: todos te lo podrán decír.» A uno de los esbirros le pareció que esa respuesta de Jesús al sumo sacerdote era arrogante. «¡Así respondes al sumo sacerdote!», dijo, y le dio una bofetada. Jesús, con tranquila resignación, le dijo: «Si no he contestado bien señálame mi falta; pero si he contestado bien, ¿por qué me pegas?»

Fueron convocados[91] muchos testigos para que presentaran pruebas contra Jesús, pero los sacerdotes no pudieron hacer uso de ellas, en parte porque no eran lo bastante concluyentes y en parte porque no concordaban entre sí, Finalmente se presentaron algunos que declararon que le hablan oído hablar irrespetuosamente del templo, pero estos testimonios tampoco concordaron en sus términos. Al oír esto, Jesús permaneció tranquilo y en silencio; por último, el sumo sacerdote, que estaba impaciente, se adelantó: «¿No das ninguna respuesta a estas acusaciones? Entonces te conjuro por el Dios vivo a que nos digas si eres un hombre santo, un hijo de la divinidad.» «Si, lo soy – respondió Jesús – y a este hombre despreciable, que se había consagrado a la divinidad y a la virtud, le veréis un día revestido de gloria y elevado por encima de las estrellas.» El sumo sacerdote desgarró sus vestiduras y gritó: «¡Has blasfemado contra Dios! ¿Qué necesidad tenemos de otros testimonios? Habéis escuchado el suyo propio. ¿Cuál es vuestro parecer?» «Se ha hecho reo de muerte», fue su sentencia. Para los esbirros, esta sentencia fue como una señal para que aplicaran malos tratos y escarnios a Jesús, quien quedó en sus manos, pues el sanedrín se disolvió por unas pocas horas para volver a

reunirse por la mañana temprano. Entre tanto, Pedro había permanecido todo el tiempo junto al fuego[92], y de nuevo otra mujer que estaba al servicio del sumo sacerdote reconoció a Pedro y dijo a los circunstantes: "De seguro, éste es también uno de los acompañantes del prisionero.» También en esta ocasión contestó Pedro con un categórico «no»; pero un servidor del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro había herido unas horas antes, le dijo: «¿No te he visto con Jesús en la alquería?» Los otros también estuvieron de acuerdo, y su propio dialecto le delataba como siendo de Galilea. Ante tantas circunstancias que contra él testificaban, Pedro, en la turbación y el temor, se olvidó de sí mismo hasta tal punto que aseveró y juró que no comprendia qué era lo que querían; que él no conocía en modo alguno al hombre que creían que era amigo suyo. Entretanto cantaron los gallos anunciando la mañana que ya apuntaba, y precisamente en el momento en que Pedro estaba protestando, Jesús fue conducido junto a él, se volvió y le miró. Pedro se sintió profundamente conmovido, se dio cuenta de lo despreciable de su conducta, sintió hasta qué punto Jesús había tenido razón al dudar de su firmeza en la conversación de la tarde, firmeza que tanto se había preciado pensando que saldría triunfante de la prueba; se alejó rápidamente y derramó amargas lágrimas de vergüenza y arrepentimiento. Ya habían transcurrido las pocas horas de la noche que faltaban cuando el sanedrín se había reunido de nuevo; habían considerado a Jesús reo de muerte, pero como ya no tenían ni el derecho de dictar una sentencia semejante ni el de ejecutarla, por la mañana la asamblea, llevando consigo a Jesús, se dirigió inmediatamente a casa de Pilatos, el gobernador romano de aquella provincia, a fin de entregárselo y hacer imposible de esta manera el que surgiese un movimiento en defensa suya, como habría sucedido si hubiese quedado en sus manos. Cuando Judas el traidor se dio cuenta de lo lejos que iban las cosas con Jesús, que había sido condenado a muerte, se arrepintió de lo que había hecho, devolvió el dinero (30

denarios) y dijo: «He cometido una injusticia al entregaros a un inocente», pero ellos le respondieron que eso era cosa suya, que su acto no les concernía en nada. Judas arrojó el dinero en las arcas del templo y se ahorcó; entonces los sacerdotes tuvieron escrúpulos de conciencia en juntar ese dinero, que era dinero manchado de sangre, con el dinero del templo y compraron con él un campo, que destinaron a lugar de enterramiento de los extranjeros.

Como aquel día era todavía un día de fiesta, los miembros del sanedrín no entraron en el palacio mismo para no quedar profanados. Pilatos salió fuera al vestíbulo y les preguntó: «¿De qué crimen acusáis a este hombre, pues que exigís su condena?» «Si no fuese un criminal no te lo habríamos entregado», respondieron los sacerdotes. Pilatos repuso: «Siendo así, hacedIe un proceso y juzgadIe según vuestras leyes.» «No nos está permitido dictar sentencias de muerte», replicaron ellos. Cuando Pilatos oyó decir que el crimen podría ser merecedor de la pena de muerte, ya no pudo rechazar el juzgar a Jesús e hizo que le expusieran las acusaciones del sanedrín contra él. El sanedrín judío sabía muy bien que no podría conseguir de Pilatos ningún juicio condenatorio contra Jesús con la acusación de que se había declarado hijo de la divinidad, lo que según la mentalidad judía era una blasfemia contra Dios, siendo considerado por el sanedrín como un crimen digno de ser castigado con la muerte; por eso acusaron a Jesús de corromper al pueblo, de inducirle a que fuese indiferente para con la constitución, de lo que fInalmente se originaría la negativaa pagar el tributo al César, acusándole igualmente de hacerse pasar por rey. Cuando Pilatos hubo escuchado los puntos de la acusación se retiró a su palacio, hizo llamar a Jesús ante él y le preguntó: «¿Es cierto que te haces pasar por rey de los judíos?» Jesús, a su vez, le preguntó: «¿Te has visto inclinado tú por ti mismo a tener la sospecha de que me hago pasar por tal o me preguntas únicamente porque otros me acusan de ello?»

Pilatos respondió: «¿Soy yo acaso un judío que espere por mi cuenta un rey para vuestra nación? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han acusado de ello ante mí; ¿qué has hecho tú que les incitase a acusarte?» Jesús respondió: «Ellos me acusaron de pretender un reino, pero ese reino no es lo que normalmente se asocia con el concepto de un reino; si así fuese habría tenido súbditos y partidarios que habrían luchado por mí para impedir que cayese en manos de los judíos.» «¿Te tienes por rey – replicó Pilatos –, pues que hablas de tu reino?» «Si así lo quieres llamar, sí – respondió Jesús –. Creí que había nacido para enseñar la verdad y ganar partidarios para ella; creí que ése era mi destino en el mundo, ¡Y quien la amaba escuchaba mi voz!» «¿Qué es la verdad?», repuso Pilatos con el gesto del cortesano que, superficialmente, condena las cosas serias con una sonrisa, y tomó a Jesús por un visionario que se sacrificaba por una palabra, por una abstracción que para el alma de aquél carecía de sentido, considerando todo como un asunto que sólo tenía que ver con la religión de los judíos y que ni constituía un crimen contra las leyes civiles ni suponía un peligro para la seguridad del Estado. Dejó solo a Jesús y salió fuera con los judíos y les dijo que no encontraba culpable a aquel hombre. Los judíos repitieron su acusación de que por medio de su doctrina Jesús provocaba desórdenes en todo el país, desde Galilea hasta Jerusalén. Pilatos, reparando en que ellos habían mencionado a Galilea diciendo que era el país donde Jesús había empezado a enseñar, se informó de si aquel hombre era un galileo; cuando supo que sí, pareció alegrarse por quitarse de encima ese enojoso asunto, pues Jesús, en cuanto galileo, estaba bajo la autoridad de Herodes, príncipe de aquella región, y le envió a él, que precisamente se encontraba en Jerusalén para la fiesta. A Herodes le causó alegría ver a Jesús, cosa que hacía mucho tiempo que deseaba que pasase, porque había oído hablar mucho de Jesús y esperaba que obrara algún prodigio. Le hizo muchas preguntas y, además, los sumos sacerdotes y las gentes que

les acompañaban repitieron allí sus acusaciones; Jesús no respondió nada a todo ello y también mantuvo una actitud resignada cuando Herodes y sus cortesanos le hicieron objeto de sus burlas y, por último, le pusieron un manto que era un signo de la dignidad principesca. Como Herodes no sabía qué hacer con Jesús, y como pensaba que era objeto de burla y no de castigo, le devolvió a Pilatos; por otra parte, la atención de Pilatos para con Herodes al respetar su jurisdicción sobre Jesús en su calidad de galileo tuvo por resultado el restablecer la amistad entre ambos, amistad que antes se había visto interrumpida. Pilatos volvió a verse en un aprieto; convocó a los sumos sacerdotes y a los miembros del sanedrín y les dijo que ellos habían acusado ante él a aquel hombre como provocador de desórdenes, pero que él, lo mismo que Herodes, no encontraba nada que pudiera ser considerado como delito merecedor de la muerte; no podía hacer otra cosa que mandarle azotar, después le devolvería la libertad. Los judíos no se conformaron con este castigo, sino que exigieron la pena capital. Pilatos estaba asombrado de la serenidad de Jesús en medio de aquellas discusiones y no aceptaba en modo alguno el servir de instrumento para el sacrificio de Jesús al odio religioso judío, habiéndole enviado además su mujer a una persona, interesándose por él; el cónsul encontró otra escapatoria gracias a la costumbre de que el gobernador romano concediera la libertad y la vida a un prisionero judío en la fiesta de Pascua. Además de Jesús estaba en la cárcel por aquel entonces otro judío, llamado Barrabás, a quien sus compatriotas habían acusado de robos y asesinatos. En la esperanza de que los judíos no renunciarían a poner en práctica esa costumbre y que antes exigirían la libertad de Jesús que la del asesino, Pilatos les propuso que eligieran entre los dos, entre Barrabás y el rey de los judíos, que era como él, por burla, designaba a Jesús. Los sacerdotes convencieron fácilmente al pueblo allí presente para que pidieran la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Cuando Pilatos les preguntó que por quién se habían

decidido y que a quién tenía que dar la libertad, gritaron: «¡A Barrabás!» Pilatos gritó indignado: «¿Qué tengo que hacer con Jesús?» «¡Crucifícale!», gritaron. «¿Pero qué ha hecho de malo?», preguntó de nuevo Pilatos. Ellos gritaron con más fuerza aún: «¡A la cruz, a la cruz con él!» Entonces Pilatos hizo que azotaran a Jesús y los soldados trenzaron una corona de espinas (acanto, heracleum), se la pusieron en la cabeza, le vistieron con un manto de púrpura y le pusieron en la mano una caña que hacía las veces de cetro, gritando: «¡Te saludamos, rey de los judíos!», mientras le golpeaban. Pilatos esperaba que por medio de esto aplacaría la cólera de los judíos; les dijo: «Os repito que yo no encuentro que sea culpable»; le hizo salir con ese atavío y dijo: «Ahí le veis, deleitad vuestros ojos con ese espectáculo.» El verle así no los aplacó, sino que reclamaron su muerte a voces. «Entonces tomadlo – gritó Pilatos, que estaba aún más impaciente –; crucíficadlo, yo no lo encuentro culpable.» Los judíos replicaron: «De acuerdo con nuestras leyes es reo de muerte, pues se hace pasar por hijo de la divinidad.» Pilatos, que pensó entonces que se trataba de un hijo de Dios según el concepto romano, se quedó aún más perplejo y le preguntó a Jesús: «¿De dónde eres tú, a decir verdad?», pero Jesús no respondió nada. «¿Cómo – dijo Pilatos –, tampoco a mí me respondes? ¿No sabes que tu vida y, tu muerte dependen completamente de mí?» Jesús respondió: «Sólo en la medida en que mi vida o mi muerte entran en el plan de la providencia, aunque esto no hace menor la culpa de quienes me entregaron.» Pilatos, cada vez tenía una posición más favorable a Jesús y estaba inclinado a dejarle en libertad. Entonces los judíos, que vieron esto, asumieron el papel de súbditos leales, y sólo preocupados por los intereses del César, un papel que tenía que resultarles bastante amargo, pero que no podría por menos de dar en el blanco fácilmente: «Si dejas libre a ése no serás amigo del César, pues quien se hace pasar por rey es un rebelde contra nuestro príncipe.» Pilatos se sentó solemnemente para celebrar juicio e hizo que

compareciera Jesús: «Aquí tenéis a vuestro rey. ¿He de mandar que crucifiquen a vuestro rey?» «¡Crucifícale! ¡No reconocemos a más rey que al César!» Cuando Pilatos vio que el ruido y el alboroto se hacían cada vez mayores y que quizá tendría que temer una sublevación, a la que los judíos podrían dar una apariencia de celo por la gloria del César – cosa que sería muy peligrosa para él –, y se dio cuenta de que la obstinación de los judíos era invencible, hizo que le trajeran un recipiente con agua clara, se lavó las manos delante del pueblo y dijo: «¡Soy inocente de la sangre de este justo! ¡Vosotros tendréis que responder por ella!» Los judíos gritaron: «¡SI, que su muerte caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» El triunfo de los judíos era ya cosa decidida; Barrabás fue puesto en libertad y Jesús condenado a morir en la cruz (un procedimiento de ejecución romano, pero tan deshonroso como lo es hoy en día la muerte en la horca). Jesús permaneció expuesto a las brutales burlas y a las crueldades de los soldados, hasta que fue conducido al lugar del suplicio; normalmente el condenado también tenía que arrastrar el madero hasta allí, pero a Jesús se le evitó que hiciera esto y dieron el madero para que lo llevase un hombre llamado Simón que entonces estaba por allí. La afluencia de gente fue muy grande; sus amigos no se atrevieron a acercarse a él, sino que solamente le siguieron y contemplaron la ejecución dispersos y desde lejos; más cerca de él estaban algunas mujeres que le habían conocido y que ahora lloraban y se lamentaban de su destino. Jesús se volvió hacia ellas en el camino y les dirigió la palabra: «No lloréis por mí, mujeres de Jerusalén, sino más bien por vosotras y por vuestros hijos; vendrán tiempos en los que se tendrán por dichosas las estériles, a los pechos que nunca amamantaron, a las mujeres que no parieron. Ved lo que me pasa a mí; imagináos hasta dónde podrá llegar un espíritu semejante en un pueblo.»

Jesús fue conducido junto con dos criminales, y su cruz fue puesta en medio de las de ellos; mientras le sujetaban allí (con clavos las manos y, probablemente, sólo[93] con cuerdas los pies) Jesús exclamó: «¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!» Según costumbre, los soldados se repartieron entre sí sus vestiduras. Pilatos hizo que fijaran sobre su cruz una inscripción en hebreo, griego y latín: «Este es el rey de los judíos»; esto contrarió a los sacerdotes, que pensaron que Pilatos habría tenido que escribir que Jesús sólo se había hecho pasar por tal. Pilatos, que estaba encolerizado contra ellos a causa de toda la acusación, observó con gusto que percibían lo que de humillante para ellos había en su inscripción y les dio la siguiente respuesta a su petición de que la cambiase: «Lo que he escrito, escrito queda.» Entre tanto Jesús se vio expuesto, además de al dolor corporal, a la triunfante burla del pueblo judío – tanto aristocracia cuanto populacho --, así como a la burda chanza de los soldados romanos. Tampoco le hizo tener una actitud más amistosa con Jesús a uno de los criminales el que compartieran un mismo destino; esto no impidió que uniese su burla al escarnio de la muchedumbre; al otro, sin embargo, no le habían sido completamente desconocidos los sentimientos más humanos y la conciencia en medio de sus crímenes; le reprochó al otro el que pudiera ser duro en semejantes circunstancias contra alguien que se encontraba padeciendo los mismos sufrimientos que él; y añadió: «Nuestro destino es justo, pues recibimos lo que nuestros actos han merecido, ¡Y a éste le ha tocado en suerte un destino semejante siendo inocente! «Acuérdate de mí – le dijo a Jesús – cuando estés en tu reino.» «Pronto nos recibirán a ambos en el país de la bienaventuranza», replicó Jesús.
Presa de profunda aflicción, la madre de Jesús estaba al pie de la cruz con algunas de sus amigas; de todos los amigos fieles de Jesús, Juan era el único que estaba con ellas y compartía sus sufrimientos. Viéndolos juntos, Jesús dijo a su madre: «Mira en él a un hijo, en lugar mío!»; y a Juan:

«Considérala como tu madre»; conforme al deseo de su amigo moribundo, Juan la recogió en su casa y se cuidó de ella.
Llevaba ya varias horas pendiendo de la cruz cuando exclamó, dominado por el dolor: «¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?» Después que hubo gritado que tenía sed y después que hubo tomado un poco de vinagre que le habían acercado en una esponja, dijo aún[94]: «Está consumado», y finalmente en voz más alta: «¡Padre, en tus manos encomiendo mí espíritu!», inclinó la cabeza y expiró.
Hasta el capitán romano que había tenido el mando en la ejecución se quedó asombrado de la tranquila resignación y de la inalterable dignidad con que murió Jesús. Sus amigos habían contemplado desde lejos el fin de su querido maestro.

Por otra parte, como los crucificados sólo morían lentamente y a menudo seguían vivos en el poste varios días, y el día siguiente era una gran fiesta para los judíos, le pidieron a Pilatos que mandara que rompieran las piernas a los ajusticiados y que los descolgaran para que al día siguiente los cuerpos no estuvieran en la cruz; esto fue lo que sucedió en el caso de los dos malhechores que habían sido ajusticiados con Jesús, porque vivían aún; pero en el caso de Jesús vieron que eso no era necesario; se limitaron a clavarle una espada en el costado, del que manó agua (linfa) mezclada con sangre. José de Arimatea, un miembro del Sanedrín, de Jerusalén, amigo de Jesús, que, por lo demás, nos es desconocido, solicitó de Pilatos que le fuese confiado el cadáver de aquél, lo que le fue concedido. José, en unión de Nicodemo, otro amigo, descolgó el cadáver, lo embalsamó con mirra y áloe, lo envolvió en un lienzo (telas) y le sepultó en su panteón, que estaba excavado en una roca en su jardín, el cual, por otra parte, estaba junto al lugar de la ejecución; de este modo pudieron dar término a estas operaciones antes del comienzo de la fiesta, en la que no habría estado permitido ocuparse de cadáveres.

VEN, SÉ MI LUZ

Madre Santa Teresa de Calculta

D**EL DOLOR DE MI CORAZÓN** que me causa esta soledad, ese dolor en lo más profundo de mi corazón, este continuo anhelo de Dios. La oscuridad es tal que realmente no veo ni con la mente ni con el corazón.

El lugar de Dios en mi alma está vacío. No hay Dios en mí.

Cuando el dolor del anhelo es tan grande sólo añoro una y otra vez a Dios y es entonces cuando siento Él no me quiere; Él no está allí. Dios no me quiere.

A veces sólo escucho a mi corazón gritar “Dios mío” y no viene nada más. No puedo explicar la tortura y el dolor.

El amor exige sacrificios. Pero si amamos hasta que duela, Dios nos dará su paz y alegría. El sufrimiento en sí mismo no es nada; pero el sufrimiento compartido con la Pasión de Cristo es un don maravilloso.

Si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo « piadoso » y cumplir con mis « deberes religiosos », se

marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación « correcta », pero sin amor.

Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama.

Los Santos han adquirido su capacidad de amar al prójimo de manera siempre renovada gracias a su encuentro con el Señor eucarístico y, viceversa, este encuentro ha adquirido realismo y profundidad precisamente en su servicio a los demás.

Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento.

DIOS ES EL SUMO BIEN Y LA SUMA VERDAD

(fragmentos)

Santo Tomás de Aquino

REALMENTE EL BIEN Y EL SER son lo mismo. Sólo se diferencian con distinción de razón. Esto se demuestra de la siguiente manera. La razón de bien consiste en que algo sea apetecible. El filósofo dice en la ética que el bien es lo que todos apetecen. Es evidente que lo apetecible lo es en cuanto que es perfecto, pues todos apetecen su perfección. Como quiera que algo es perfecto en tanto en cuanto está en acto, es evidente que algo es bueno en cuanto es ser; pues ser es la actualidad de toda cosa, como se desprende de lo dicho anteriormente (q.3 a.4; q.4 a.1 ad 3). Así resulta evidente que el bien y el ser son realmente lo mismo; pero del bien se puede decir que es apetecible, cosa que no se dice del ser.

Como quiera que el bien es lo que todos apetecen, y esto tiene razón de fin, resulta evidente que el bien tiene razón de fin. Sin embargo, la razón de fin presupone la razón de causa eficiente y de causa formal. Pues observamos que lo primero que se da en el causante es lo último que se da en lo causado. Ejemplo: El fuego calienta los cuerpos antes de infundirles la forma de fuego; sin embargo, el calor se deriva de la forma sustancial del fuego. Así, pues, en la causalidad encontramos

primero el fin y el bien que impulsan la causa eficiente; segundo, la acción que impulsa la consecución de la forma; tercero, la llegada de la forma. Por su parte, en lo causado hay que invertir el orden. Primero, la forma por la que es ser; segundo, la fuerza efectiva por la que se convierte en ser perfecto (como dice el filósofo en IV Meteor., nada hay perfecto si no puede hacer algo semejante a sí mismo); tercero, la razón de bien por la que en el ser se fundamenta la perfección.

Ser bueno le corresponde señaladamente a Dios. Pues algo es bueno en cuanto es apetecible. Cada uno apetece su perfección. En el efecto la perfección y la forma tienen cierta semejanza con el agente, ya que el que obra hace algo semejante a Él. Por eso, el agente es apetecible y tiene razón de bien, pues lo que de Él se apetece es la participación de su semejanza. Como quiera que Dios es la primera causa efectiva de todo, resulta evidente que la razón de bien y de apetecible le corresponde. De ahí que Dionisio atribuya al bien a Dios como primera causa eficiente, diciendo que Dios es llamado bueno como aquello en lo que todo subsiste.

Dios es absolutamente el sumo bien, y no sólo en algún género o en algún orden de cosas. Así, pues, y como ya se ha dicho (a.1), se atribuye a Dios el bien en cuanto todas las perfecciones deseadas dimanan de Él como primera causa. No es que dimanen de Él como de un agente unívoco, como quedó demostrado (q.4 a.3), sino como de un agente que no se corresponde con los efectos ni por razón de la especie ni por razón del género. La semejanza del efecto se encuentra en la causa unívoca uniformemente; en cambio, en la causa equívoca se encuentra de forma más sublime, como el calor se encuentra de forma más sublime en el sol que en el fuego. Así, pues, como quiera que el bien está en Dios como la primera causa no unívoca, es necesario que el bien esté en Él de modo más sublime. Y por esto se le llama *Sumo Bien*.

Sólo Dios es bueno por esencia. Se dice que algo es bueno en cuanto que es, perfecto. Y la perfección de algo puede ser contemplada desde tres puntos de vista. *Primero*, la perfección como constitutiva del ser de algo. *Segundo*, la perfección a la que se le añade algo indispensable para un obrar perfecto. *Tercero*, la perfección a la que tiende algo como a su fin. Ejemplo: En el fuego la primera perfección sería el ser que tiene por su forma sustancial; la segunda perfección sería su calidad, como ligereza, sequedad y similares; la tercera perfección la tiene en cuanto está detenido en un lugar. Sin embargo, esta triple perfección no es propia, por esencia, de ningún ser creado. Sólo le corresponde a Dios, pues sólo en Él su esencia es su mismo ser. Pero lo que de los otros se dice accidentalmente, como ser poderoso o sabio, de Él se dice esencialmente, como quedó establecido (q.3 a.6). Y Él no está ordenado a algo como a su fin, sino que Él es el último fin de todas las cosas. De donde se concluye que sólo Dios tiene por esencia todo tipo de perfección. Así, Él es el único bueno por esencia.

Por gracia tenemos un conocimiento de Dios más perfecto que el tenido por razón natural. Se demuestra por lo siguiente: El conocimiento que tenemos por razón natural requiere dos elementos: las imágenes que se toman de lo sensible, y la luz natural inteligible con cuyo poder abstraemos de aquello los conceptos. En ambos elementos el conocimiento humano es ayudado por la revelación de la gracia. Por una parte, la luz natural del entendimiento es fortaleza con la infusión de la luz de la gracia. Por otra parte, las imágenes formadas divinamente en la imaginación del hombre expresan las cosas divinas mejor que las imágenes tenidas naturalmente por los sentidos, como sucede en las visiones proféticas. También algunas cosas sensibles, incluidas las voces, son formadas divinamente para expresar algo divino; como sucedió en el bautismo, que el Espíritu

Santo fue visto en forma de paloma, y se oyó la voz del Padre: “Este es mi Hijo amado” (*Mt 3 17*).

Como ya se dijo (a.1), la verdad se encuentra en el entendimiento en cuanto que aprehende las cosas como son; y en las cosas en cuanto que son adecuables al entendimiento. Todo esto es así en Dios en grado sumo. Pues su ser no sólo se conforma a su entendimiento, sino que también es su mismo entendimiento. Y su conocer es la medida y causa de cualquier otro ser y entendimiento. Y Él mismo es su ser y su conocer. Por lo tanto, en Él no sólo está la verdad, sino que Él mismo es la primera y *Suma Verdad*.

POEMAS

A AQUEL QUE FUE CRUCIFICADO

W. Whitman

Mi espríritu con el tuyo, hermano querido.

No te importe que muchos pronuncien tu nombre sin comprenderte,
yo no pronuncio tu nombre, pero te comprendo.

Yo te señalo con alegría, ¡oh, mi camarada!
para saludarte y para saludar a quienes están contigo,
antes y desde entonces,
y también a los que vendrán,
para que todos trabajemos juntos, transmitiendo la misma carga y la misma herencia.

Nosotros, los pocos iguales,
que somos indeferentes a los países,
indiferentes a los tiempos.

Nosotros, que abarcamos todos los continentes,
todas las castas,
que aceptamos todas las teologías.

Compasivos, comprensivos,
medios de comunicación entre los hombres.

Caminamos silenciosos en medio de las disputas
y afirmaciones.

Oímos la vocinglería y el estruendo.

Nos llegan de todas partes las discordias,
rivalidades y recrimaciones.

Nos acorralan apremiantemente y nos rodean,
mí camarada.

No obstante, caminamos expeditos,
libres,
por toda la tierra.

Viajamos al norte y al sur
hasta haber dejado nuestra huella
imborrable
en el tiempo y en las épocas diversas.

Hasta haber saturado al tiempo
y a las épocas,
para que los hombres y mujeres
de todas las razas
en los siglos venideros,
puedan ser hermanos y amantes,
como todos nosotros.

PLEGARIA LATINA

Sor Juana Inés de la Cruz

Ante tus ojos benditos
las culpas manifestamos,
y las heridas mostramos,
que hicieron nuestros delitos.

Si el mal, que hemos cometido,
viene a ser considerado,
menor es lo tolerado,
mayor es lo merecido.

La conciencia nos condena,
no hallando en ella disculpa,
que respecto de la culpa,
es muy liviana la pena.

Del pecado el duro azar
sentimos, que padecemos
y nunca enmendar queremos
la costumbre de pecar.

Cuando en tus azotes suda
sangre la naturaleza,
se rinde nuestra flaqueza,
y la maldad no se muda.

Cuando el pecado mancilla
la mente con fiera herida,
padece el alma afligida,
y la cerviz no se humilla.

La vida suelta la rienda
en su acostumbrado error,
suspira por el dolor,
y en el obrar no se enmienda.

Puestos entre dos extremos,
en cualquiera peligramos;
si esperas, no la enmendamos;
si te vengas, nos perdemos.

De la aflicción el quebranto
nos obliga a la contricción
y en pasando la aflicción,
se olvida también el llanto.

Cuando tu castigo empieza
promete el temor humano;
y en suspendiendo la mano,
no se cumple la promesa.

Cuando nos hieres, clamamos
que el perdón nos des, que puedes,
y así que nos lo concedes.
otra vez te provocamos.

Tienes a la humana gente
convicta en su confesión,
que si no le das perdón,

la acabarás justamente.

Concede al humilde ruego
sin mérito a quien criaste,
Tú que de nada formas
a quien te rogará luego.

NACIMIENTO DEL NIÑO DIOS

Estribillo

¿Cómo será esto, mi Dios,
que yo creo en Vos,
y aunque creo lo que veo
no veo todo lo que creo?

Copla

Si la Fe y la vista son
tan encontradas, ¿por qué
aquí ha de hacer fe la vista
y no hacer vista la Fe?

Niño os miro, y que lo sois
es necesario creer;
mas también sé que sois Grande,
y mis ojos no lo ven.

Cuando allá en la Eucaristía

estáis, más fácil me es,
porque ya sé que al contrario
de la vista he de creer.

Pero aquí ¿qué me mandaís?
Que crea mi sencillez
lo que veo y lo que no veo,
y lo que es y no es.

Hombre parecéis, y sois,
Señor, lo que parecéis;
pero lo Dios no se os mira,
y sé que sois Dios también.

En fin, el sentido aquí
no se engaña, pero es
Infinito más lo que hay
que lo que se alcanza a ver.

ZONA
(fragmento)

G. Apollinaire

En la capilla del colegio rezas toda la noche
mientras eterna y adorable profundidad de amatista
gira para siempre la flameante gloria del Cristo
es el hermoso lirio que todos cultivamos
es la antorcha de cabellos rojos que el viento no apaga
es el hijo pálido y bermejo de la madre dolorosa
es el árbol siempre frondoso de todas las oraciones
es la doble hora del honor y de la eternidad
es la estrella de seis puntas
es Dios que muere el viernes y resucita el domingo
es Cristo que sube al cielo mejor que los aviadores
y detenta el récord mundial de altura

Pupila Cristo del ojo
en la vigésima pupila de los siglos sabe convertirse
y trocado en pájaro este siglo asciende como Cristo
los diablos en sus abismos levantan la cabeza y lo contemplan
dicen que imita a Simón el Mago en Judea
gritan si sabe volar que lo llamen volador
del lindo volantinero los ángeles revolotean en derredor
Ícaro Enoch Elías Apolonio de Tiana
flotan en torno al primer aeroplano
a veces se apartan para dejar pasar a los que llevan la Santa Eucaristía
esos sacerdotes suben eternamente elevando la hostia
finalmente sin cerrar las alas el avión se posa
y entonces el cielo se llena de millones de golondrinas.

UN POEMA

Ha entrado
se ha sentado
no mira al pirógeno de cabellos rojos
el fósforo arde
se ha marchado.

CXX

E. Pound

He intentado escribir el Paraíso

¡No os movaís!
¡Dejad hablar al viento!
¡Ese es el Paraíso!

CONTRA EL ESPÍRITU CREPUSCULAR DE LA POESÍA MODERNA
(fragmento)

¡Gran Dios!, si estamos condenados a no ser hombres,
sino
sólo sueños,
entonces permítenos ser sueños tales que conmuevan
al mundo,
y sepa que seremos sus gobernantes aunque en sueños,
entonces permítenos ser sombras tales que conmuevan
al mundo
y sepa que seremos dueños aunque en sombras.

¡Altísimo Dios!, si lo hombres se convirtieron en pálidos
enfermos fantasmas
que sólo pueden vivir en estas mortecinas y temperadas

luces
y temblar por el fuerte llamado de horas opacas
o taconear muy violentos al pasarlas;

¡Gran Dios!, si esta almas tuyas se volvieron tan fláccida
efemeridad,
te invoco a desatar el caos y provocar
una nueva ova titánica que apile los montes y agite
otra vez esta tierra.

SANGRE MALA
(fragmentos)

A. Rimbaud

Me nació la razón.
El mundo es bueno. Bendeciré la vida.
Amaré a mis hermanos.
No son ya promesas infantiles.
Ni la esperanza de escapar a la vejez
y la muerte.

Dios hace mi fuerza
y yo alabo a Dios.

¿Le habla a Dios?
Tal vez yo debería dirigirme a Dios.
Estoy en lo más profundo del abismo,
y no sé rezar.

LETANÍA NOCTURNA

¡ Oh, Dios! Purifica nuestros corazones
¡Purifica nuestros corazones!

PADRE NUESTRO
(glosado)

F. Quevedo

Padre nuestro

Padre nuestro te llamo, no de todos;
pues aunque eres de todos Padre eterno,
y cuida tu gobierno
de buenos y de malos,
ya dispenses castigos, ya regalos,
sólo los que tu santa ley creemos,
llamarnos hijos tuyos merecemos;
y si por el pecado
perdemos el ser hijos, Tú, Sagrado
Padre por tu bondad, que es infinita,
a quien nuestra miseria no limita,
ni pierdes el ser padre del gusano,
que llama padre al Hijo soberano;
atrévome a llamarte
Padre, porque tú me lo ordenas
con entrañas de amor y piedad llenas.
Óyeme en tus palabras, pues te pido
de tu boca enseñado y instruido.

Que estás en los cielos

Tú, que estás en los cielos, que criaste,

y me criaste a mí para poblarlos,
si yo sé conquistarlos;
Tú, que los despoblaste
de la familia angélica, que, osada,
por la soberbia mereció tu espada;
a mí, que vivo en tierra y que soy tierra,
sombra, ceniza, enfermedad y guerra,
mírame con los ojos que miraron
a Pablo, a quien del suelo
arrebataron al tercero cielo,
y en Vaso le mudaron
de Elección, siendo vaso de veneno.
Aquel mesmo relámpago, aquel trueno
me derribe, me ciegue y me dé vista,
cuando más obstinado me resista.

Santificado sea el tu nombre

Para que, renovado el primer hombre
en mí, santificado sea tu nombre
de padre de las luces,
que al más perdido hijo le reduces;
el nombre de mi padre,
que santifico en tanto
que te sé obedecer, tres veces Santo,
que reinas uno y trino.
Porque en las alas de tu amor divino

Venga a nos el tu reino

Venga tu reino a los que no podemos
entrar en él, si Tú no nos le envías

y a la entrada nos guías.
Grandes son los tesoros
de tu magnificencia soberana,
pues que permite a la flaqueza humana,
esclava del pecado,
por más engrandecella,
que pida que tu reino venga a ella.
Pudo el Ladrón decir que te acordaras
dél en tu reino, cuando en él te vieras,
pues con voces, piadosas como claras,
en las ansias postreras,
vio que de tus contrarios
te acordabas, pidiéndole a tu Padre
el perdón de sus yerros temerarios;
que quien contigo en cruz, como Tú, muere
cuando mueres por él crucificado,
por tu gracia y tu lado,
tal premio alcanza y tal corona adquiere.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo

Hágase, pues, Señor, hágase en todo,
tu voluntad; y en mí, ceniza y lodo,
se haga de la suerte que en el cielo
se cumple y obedece, y en el suelo,
que afirmado en el viento,
yace firme en el mismo movimiento.
La tierra vivo, tierra al cielo miro;
por merecer su habitación suspiro;
de ellos aprenderé, la noche y día,
a hacer tu voluntad, y no la mía.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy

Mas, porque el ser humano
en el bocado del primer manzano
comió desmayo y hambre, que se hereda,
y la muerte que en vínculo nos queda,
cuyos efectos en mis obras muestro,
dadnos hoy el pan nuestro
de cada día, pues sin él sería
muerte y noche del alma cada día.
No vive sólo en pan el hombre humano;
mas en tu pan de vida
sólo puede vivir, pues es comida
en él, siendo verdad, vida y camino,
quien da su carne en pan, su sangre en vino.

Perdónanos nuestras deudas

Y porque no podemos,
siendo viles gusanos,
pagar los beneficios de tus manos,
como ellas, infinitos,
te pedimos con lágrimas y gritos,
acreedor eterno,
que tu corazón tierno
nuestras deudas perdone en sus procesos;
si no, por deudas moriremos presos.

Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores

Y por no parecer en la fiereza
(ingrata a tu piedad y tu grandeza

al deudor que pidió le perdonases
las grandes cantidades que debía,
y se las perdonó tu mano pía,
y encontrando, al salir, en el camino
un mísero doliente,
que le debía un dinero solamente,
porque no le pagaba,
sin querer esperarle le ahogaba,
por lo cual tu justicia,
juntando a su fiereza su avaricia,
le condenó a prisiones y rigores
y le arrojó a tinieblas exteriores,
nosotros, que pedimos
que nos perdones lo que a ti debemos,
porque en su culpa escarmentar queremos,
a los deudores nuestros perdonamos,
y, perdonando, del perdón gozamos.

No nos dejes caer en la tentación

Y porque es precipicios esta vida
y está en despeñaderos repartida,
y nuestro pie resbala
en la comodidad que le regala,
y nuestras penas y castigos veo
en concedernos Tú nuestro deseo,
no nos dejes, Señor, no nos consientas,
caer en tentaciones tan violentas.

Mas líbranos de mal. Amén

Y líbranos del mal; no digo sólo

de aquellas cosas que por mal tenemos
los que pobreza y muerte aborrecemos,
desprecios y prisiones, que Tú, a veces,
por bienes nos ofreces,
sino de las riquezas,
de la prosperidad y las grandezas,
de los puestos y cargos,
que apetecen por bienes los mortales,
siendo castigos, siendo nuestros males
dulces al apetito, al seso amargos.
Líbranos, pues, de mal, Dios soberano :
que librarnos de mal tu santa mano
en tan ciegos abismos,
será librarnos de nosotros mismos.

Jaculatoria al Dios ignoto

L. C. Aragón

De perdón tejido y fatalidad
Por el ángel tristísimo del sueño,
Siento la luz de un día, allá, del otro lado,
Su precisa pureza, su insatisfecha furia.
Héme aquí conteniendo con mis párpados
Que no quieren cerrarse ¡oh, Dios Ignoto!
Ni bajo el peso de tu propio olvido,
La infinita invasión de la tierra.
Acaso dentro de mi muerte vas volando,
De la piedra a la tal vez, a nunca, al fuego.
Y del fuego volando al imposible
Y del sueño a tu mineral palabra.
¿Quién soy, si no sé qué me dice
Tú ya casi palpable ausente rostro
Que me nombra y me olvida y me nombra,
Como ser maldito, amado, aborrecido?
Nada sé. Sólo soy presentimiento.
Es necesario. El Paraíso existe.
Yo quiero nada más recordarme. ¡Nada más!
Voces escucho y repito los ecos:
Tiembla en mi voz incógnito lamento.
Yo quiero nada más acordarme. ¡Nada más!
Alguien quiere que yo diga. ¡Que yo diga!
Alguien que me habla allá ¡más allá!
Donde las cosas viven y los hombres sueñan.
Donde tú, Dios Desconocido…
Ni luz. Ni sombra. Nada.
Sólo Tú lo sabes.
(Imposible terminar este poema.
Como todo poema, nunca acaba).

LA NEGACIÓN DE SAN PEDRO

Ch. Baudelaire

¿Qué hace Dios entonces de esa ola de anatemas
que sube cada día hacia sus Serafines?
Como un tirano ahíto de carnes y de vinos
lo acuna el dulce ruido de horrorosas blasfemias.

Los sollozos de mártires y los de ajusticiados
son una sinfonía sin duda embriagadora,
y a pesar de la sangre que voluptuosos cuestan,
¡los cielos no se encuentran todavía saciados!

— ¡No olvides, Jesús, al Huerto de los Olivos!
en tu simplicidad orabas de rodillas
a quien reía en su cielo del ruido de los clavos
que verdugos innobles plantaban en tus carnes,

cuando viste escupir en tu divinidad
la crápula del cuerpo de guardia y las cocinas, y en tu cráneo
sentiste hundirse las espinas,
allí donde vivía la inmensa Humanidad;

Cuando tu cuerpo roto con pesadez horrible
tus dos brazos tendidos alargaba,
y tu sangre y tu sudor corrían de tu pálida frente,
cuando ante todos fuiste posado como un blanco,

¿soñabas en los días tan brillantes y bellos
en que a colmar viniste tú la eterna promesa,
cuando a pisar llegaste, sobre un dulce borrico,
los caminos sembrados de flores y de ramos,

cuando, colmado el pecho de esperanza y valor,
azotabas los viles mercaderes con fuerza,
siendo maestro al fin? ¿No fue el remordimiento el que
entró a tu costado mucho antes que la lanza?

— Por cierto, yo saldré, para mí, satisfecho
de un mundo en que la acción no es la hermana del sueño;
¡poder usar la espada y morir por la espada!
San Pedro renegó de Jesús... ¡hizo bien!

UN VIAJE A CITERIA
(fragmento)

¡ Oh, Señor!

Dame el valor y la fuerza
para contemplar
sin repulsión
mi alma
y mi cuerpo.

TESTAMENTO
(fragmento)

F. Villon

Soy pecador, lo sé muy bien.

Pero que muera no quiere Dios,
sino que me convierta y viva en el bien
que en vez del pecado muerda otra cosa.

Y aunque en pecado pueda morir,
Dios vive, y su misericordia,
si conciencia me remuerde,
que por su gracia perdón me otorgue.

LAS VICTORIAS DE DIOS
(fragmento)

P. Claudel

¡Oh, cuán grávido de alabanzas está mi corazón
y cuanto le cuesta elevarse hacia Vos,

como el pesado incensario de oro colmado de incienso
y de brasas,
que vuela por un instante en el extremo de su cadena
desplegada,
y vuelve a descender, dejando en su sitio
una gran nube en el rayo de sol de espeso humo!

¡Que el ruido se transforme en voz
y que en mí la voz se haga palabra!

En medio de todo el universo que tartamudea,
¡dejadme preparar mi corazón
como alguien que sabe qué decir!

¡Pero que yo encuentre solamenta la palabra justa,
que exhale solamente
esa palabra de mi corazón, y habiéndola encontrado,
que incline enseguida,
la cabeza sobre mi pecho, habiéndola dicho,
como el anciano sacerdote que muere consagrando!

ESTAR CONTIGO

¡Señor !

¡no es necesario que yo muera
para que Tú vivas!

Tú estás tanto en este mundo visible
como en el otro.

Tú estás aquí.

Tú estás aquí
y yo no puedo estar en otra parte.

¡Señor!

¡yo sólo puedo estar contigo!

Al nacimiento de Cristo Nuestro Señor

L. Góngora y Argote

Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno:
¡Qué glorioso que está el heno,
porque ha caído sobre él!

Cuando el silencio tenía
todas las cosas del suelo
y coronada del yelo
reinaba la noche fría,
en medio la monarquía
de tiniebla tan cruel.

Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno:
¡Qué glorioso que está el heno,
porque ha caído sobre él!

De un solo clavel ceñida
la Virgen, aurora bella,
al mundo se le dio, y ella
quedó cual antes florida;
a la púrpura caída
solo fue el heno fiel.

Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno:
¡Qué glorioso que está el heno,
porque ha caído sobre él!

El heno, pues, que fue dino,
a pesar de tantas nieves,
de ver en sus brazos leves
este rosicler divino,
para su lecho fue lino,
oro para su dosel.

Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno:
¡Qué glorioso que está el heno,
porque ha caído sobre él!

PLEGARIA A DIOS

D. Alighieri

¡ Oh, excelsa luz que tan alta estás
sobre el concepto de los mortales, a mi mente
otorga algo de lo que parecías,

y haz que mi lengua sea tan poderosa,
que una chispa tan sólo de tu gloria
pueda dejar a la gente futura!

EL NIÑO Y EL VIENTO

D. Ramírez

–¿Dónde está Dios, abuelito? – dijo mi nieto Andrés de cinco años.
De pronto no supe qué contestar ante esta sencilla pregunta. Estábamos caminando en el jardín.

¡Alma de niño!

Alcé la mirada al cielo y ví una bandada de alegres golondrinas que jugueteaban persiguiéndose.

– ¿Observas esas golondrinas? – dije a mi nieto.
– Sí – respondió.
– Allí está Dios jugando con ellas – le contesté.
– No, no lo veo, abuelito – dijo Andrés.
– Yo tampoco lo veo pero sé que Él está allí con ellas.
"– Dios está jugando con ellas".
"– Dios es el viento. Él está en todas partes; no lo vemos, pero lo sentimos; nadie sabe de dónde viene ni a dónde va".
– ¿Sientes el viento, Andrés? – le dije.
– Sí, abuelito – dijo con su carita sonriente.

¡Alma de niño!

Si Dios no fuera el viento ¿cómo podrían volar las golondrinas?

Soneto a Cristo crucificado

Anónimo

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

EN LA ASCENCIÓN

Fray Luis de León

¡ Y dejas Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto,
y tú rompiendo el puro
aire te vas al inmortal seguro ¡

¿Los antes bien hadados,
y los agora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de Ti desposeídos,
a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura
que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

Aqueste mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno?
¿Quién concierto al viento fiero, airado?
estando tú cubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay!, nube envidiosa,
aun de este breve gozo, ¿qué te quejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ¡ay! Nos dejas.

BIBLIOGRAFÍA

Aquino, Santo Tomás, *Suma contra los gentiles*, Edit. Porrúa, Col. Sepan Cuantos, México, 2010.

Armand, F. y Maublanc, R., *Fourier*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

Barjon, Louis, *Paul Claudel*, Editorial La Mandrágora, Buenos Aires, Argentina, 1954.

Bartra, Agustí, *Poesía de Apollinaire*, Editorial Joaquín Mortíz, México, 1967.

Baudelaire, Charles, *Les Fleurs du Mal*, Brodard et Taupin, France, 1985.

Cardoza, Aragón Luis, *Poesías completas y algunas prosas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977.

Descartes, René, *Discurso del método y Meditaciones metafísicas*, Grupo Editorial Tomo, México, 2018.

Favier, Joan, *François Villon*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

Góngora, Argote Luis, *Selección poética de Góngora*, Editorial Kapelusz, Buenos Aires, Argentina, 1983.

Hegel, G. W. F., *Historia de Jesús*, Editorial Taurus, Madrid, 1981.

-*Introducción a la historia de la filosofía*, Editorial Gradisfco, Buenos Aires, Argentina, 2009.

-*Fenomenología del espríritu*, Fondo de Cultura Económica, México, 2009.

Inés de la Cruz, Sor Juana, *Obras Completas*, Editorial Porrúa, Colección Sepan Cuantos número 100, México, 1989.

La Casa de la Biblia, *Biblia de América*, Imprenta GRAFO, Madrid, España, 1994.

León, Fray Luis de, *Poesías completas*, Editorial Afrodisio Aguado, Madrid, 1958.

Kempis, Thomas, *Imitación de Cristo*, Editorial Edibesa, Madrid, España, 2014.

Kierkegaard, Sören, *El Amor y la Religión*, Grupo Editorial Tomo, México, 2013.

Nietzche, Federico, *El Anticristo*, Editorial Mexicanos Unidos, México, 1971.

Papini, Giovanni, *Historia de Cristo*, Edit. Porrúa, Col. Sepan Cuantos, México, 1985.

- *Dante Vivo*, Editorial Novaro, México, 1989.

Pound, Ezra, *Personae*, Editorial Domés, México, 1981.

Quevedo, Francisco, *Poesía original completa*, Editorial Palaneta, Barcelona, España, 1981.

Renan, Ernest, *Vida de Jesús*, Editorial EDAF, España, 1985.

Rimbaud, Arthur, *Una temporada en el Infierno, Las Iluminaciones, Carta del Vidente,* Monte Ávila Editores, Venezuela, 1986.

Sajonia, Ludolfo, *Vida de nuestro adorable Redentor Jesucristo*, Editor Imprenta de Juan R. Navarro, México, 1853.

Spinoza, Baruch, Ética, Edit. Universitaria, Nuestros Clásico, UNAM, México, 1977.

Struik, Dirk J., *The Economic and Philosophic Manuscripts of 1844 by Karl Marx*, International Publisher, New York, 1972.

Teresa de Jesús, *Las Moradas o El Castillo Interior*, Edimat Libros, S. A., España, 2010.

Vázquez, Amaral José, *Cantares completos de Ezra Pound*, Editorial Joaquín Mortíz, México, 1975.

Whitman, Walt, *Hojas de Hierba*, Novaro Editores, México, 1964.

Wilde, Oscar, *De Profundis*, M.E. Editores, Madrid, 1993.

CITAS

G.W.F. Hegel: Jesús y la razón

1 Jn 1
2 Mt 1,2
3 Quienes por otra parte, están avecindados en Nazareth y Galilea, pero que tuvieron que ir de viaje a Belén, lugar de origen de la familia de José, para hacerse incribir en la lista de la población judía que había sido confeccionada siguiendo una orden del emperador romano Augusto.
4 Lc 2,21 y ss
5 Lc 2, 41
6 Lc 3; Mt 3
7 Jn 3, 27 y ss
8 Mt 14
9 Lc 4; Mt 4
10 Jn 1, 35-51
11 Jn 2, 13 y ss
12 Jn 3
13 Jn 4
14 Jn 4, 43; Mt 4, 12 y ss; Lc 4, 14
15 Mt 4, 17
16 Lc 4, 16-32
17 Mt 4, 18-22
18 Mt 4, 25
19 Mt 5
20 Lc 6, 35
21 Mt 6
22 Mt 7
23 Lc 6, 40
24 La regla general de la prudencia es: haced a los demás lo que deseeís que ellos os hagan a vosotros; la regla de la moralidad (frase tachada por Hegel)
25 Lc 6, 43
26 Lc 6, 45
27 Mt 9; Mc 2, 13
28 Con mucha probabilidad se trata de la misma historia y de la misma persona de quien se habla en Lucas 5,27 y en Marcos 2, 14, sólo que aquí es el nombre de Leví
29 Os 6
30 Jn 5
31 Mt 12, 1-8; Lc 6, 1-5
32 Mt 12, 9-12

33 Lc 6, 12-13
34 Lc 7,18
35 Lc 8
36 Mt 13
37 Mc 4, 26 y ss
38 Lc 8, 19
39 Lc 8, 22; Mt 14, 13
40 Lc 8, 37
41 Lc 9
42 Mc 7
43 Jn 7
44 Jn 8
45 Jn 8, 12-20
46 Jn 8, 21-31
47 Goethe: “La escucha aquel en cuyo pecho fluye pura la fuente de la vida”, Ifigenia, V, 3
48 Lc 9, 21 y ss
49 Jn 9, 22
50 Jn 10, 22
51 Mt 17, 22
52 Mc 9, 30
53 Mt 17, 24-27
54 Lc 9, 46-50
55 Cfr. Lessing, *Nathan*, IV, 4
56 Mt 18, 21-35
57 Lc 9,51
58 Lc 9, 57
59 Lc 10
60 Lc 10, 17 y ss; cfr. Mt 11, 25-30
61 Lc 11, 16 y Mt 16,1
62 Lc 11, 37; cfr. Mt 23
63 Vid supra
64 Lc 12
65 Lc 13
66 Jn 9
67 Lc 14
68 Mt 22
69 Lc 15
70 Lc 16
71 Lc 17, 5
72 Lc 18, 18
73 Lc 18
74 Lc 18, 31; Mt 20, 17
75 Jn 11, 54

76 Jn 12
77 Mt 26, 3
78 Jn 11, 56-7
79 Mt 21, 17
80 Lc 20
81 Mt 21, 28
82 Jn 12, 20
83 Lc 20, 20
84 Lc 21, 1
85 Mt 23
86 Mt 24
87 Mt 25
88 Jn 13
89 Lc 22, 25
90 Lc 22, 39
91 Según Jn 18, 24, parece que todo esto haya ocurrido en el palacio de Anás; sin embargo, el sanedrín estaba reunido en casa de Caifás y fue allí donde propiamente tuvo lugar el interrogatorio; en tal caso no concuerda el lugar en el que Pedro renegó de Jesús: ¿sólo en casa de Caifás?
92 Mt 14, 66 y ss
93 *Paulus Memorabilien*, 1793, pp. 36-64, -Antiguo problema sobre los clavos en los pies de los cruficados-
94 Al margen: déjale ahora, no lo atormentes más, no sea que muera demasiado pronto; nos veríamos privados del placer de ver a Elías cuando venga a ayudarlo. Mc 15, 36

✦ ✦ ✦